

Juego de Mentiras

DEMONIOS DEL HOCKEY



UNA NOVELA ROMÁNTICA NEW ADULT ESCRITA POR:

HELÔ OLIVEIRA

*Juego de
Mentiras*

Copyright © 2026.

HELÔ OLIVEIRA

JUEGO DE MENTIRA - DEMONIOS DEL HOCKEY

1ª Edición

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida o transmitida por cualquier forma, ya sea por medios electrónicos o mecánicos, sin el consentimiento y la autorización por escrito de la autora/editora.

Cubierta: Maya Bellini **Diagramación:** Bianca Carvalho
Revisión: Caroline Ferreira

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son productos de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales es mera coincidencia. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida por cualquier medio existente — tangible o intangible — sin la previa autorización de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito establecido en la ley nº 9.610/98, sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

**CONTENIDO ADULTO PROHIBIDO PARA MENORES DE
DIECIOCHO AÑOS.**



Cita

CITA



«A veces, el mayor riesgo no es perder el juego. Es enamorarse mientras finges que solo estás jugando.»



DEDICATE



Para quienes ya fingieron no sentir. Para quienes ya se alejaron de alguien que amaban, creyendo que así lo protegían. Para quienes ya perdieron noches enteras luchando contra su propio corazón.

Que descubras que amar en voz alta, incluso con miedo, es el movimiento más valiente que existe. Que este libro te recuerde que, a veces, el mayor riesgo que puedes correr... es enamorarte de verdad. ¡Y que, por encima de todo, vale la pena!



AVISO



Juego de Mentira es un libro exclusivamente para mayores de 18 años.

Esta obra contiene contenido adulto explícito, incluyendo escenas sexuales detalladas, lenguaje adulto y temas que pueden ser sensibles para algunas lectoras.

Por favor, lee atentamente los gatillos a continuación:

- Contenido sexual explícito;
- Trauma emocional;
- Ansiedad y ataques de pánico;
- Manipulación emocional y mentiras;
- Abandono / alejamiento forzado;
- Problemas familiares;
- Lenguaje adulto y palabrotas;
- Uso de alcohol;

- Violencia leve.

Si alguno de estos temas es un gatillo o te causa malestar, te recomiendo leer con precaución o evitar la lectura.



NOTAS DE LA AUTORA



¡Hola!

Si estás sosteniendo este libro en tus manos ahora, antes que nada: muchísimas gracias. De verdad.

Juego de Mentira es un libro muy especial para mí. Es mi primer romance New Adult y también mi primer hockey romance. Cuando empecé a escribirlo, no tenía ni idea de cuánto esta historia me iba a atrapar. Lo que comenzó como una simple idea de “noviazgo falso” entre un jugador popular y una chica que detestaba todo lo que él representaba, se convirtió en algo mucho más grande, mucho más intenso y mucho más real de lo que imaginé.

Escribir sobre Noah y Violet fue una experiencia completamente nueva para mí. Me enamoré de ellos de una forma que no esperaba. De toda su locura, de su dolor, de su crecimiento, de las mentiras que se convirtieron en verdades y, sobre todo, de la forma en que se aman, incluso cuando tienen miedo, incluso cuando intentan alejarse, incluso cuando el mundo (y el padre de ella) intenta interponerse.

Este libro también lleva un pedacito de crossover con la historia de mi amiga Angel Dias, quien escribió el libro *Juego de seducción*, que cuenta la historia de nuestro querido Hunter. Fue muy especial poder entretelar un poco los universos y mostrar un lado más vulnerable y humano de los "Demonios del Hockey".

Quiero que sepas que, aunque sea mi primer New Adult y mi primer hockey romance, puse el corazón entero en esta historia. Hay escenas calientes, hay dolor, hay peleas, hay redención, hay amor en voz alta y hay mucho crecimiento. Y, por encima de todo, hay dos personajes que, aunque empiezan con un acuerdo falso, terminan convirtiéndose en reales el uno para el otro.

Espero que te enamores de ellos tanto como yo me enamoré.

Gracias por estar aquí, gracias por darle una oportunidad a esta historia. Y bienvenida al mundo de los Wolves.

Con cariño, **Helô Oliveira**



SINOPSIS



Noah Whitmore siempre lo tuvo todo.

Astro del equipo de hockey de la Westbridge University, heredero de una fortuna y acostumbrado a vivir sin consecuencias, pasa sus días entre partidos, fiestas y chicas sin preocuparse nunca por el mañana.

Hasta que sus padres le dan un ultimátum.

Si Noah no demuestra que ha madurado, perderá el apoyo financiero que sostiene su carrera deportiva y, con él, el sueño de convertirse en jugador profesional.

Desesperado por convencer a su familia de que ha cambiado, Noah encuentra a la candidata perfecta para ayudarlo:

Violet Harper.

Inteligente, reservada y completamente ajena al mundo de la élite universitaria, Violet es todo lo que Noah no es.

Ella no va a fiestas. No busca popularidad. No necesita la aprobación de nadie.

Y precisamente por eso parece perfecta para el papel de novia.

El acuerdo es simple: un noviazgo falso a cambio de la entrada de ella en el círculo social más influyente de la universidad.

Se suponía que sería solo una actuación.

Pero los toques empiezan a parecer reales. Los besos dejan de formar parte del guion. Los celos surgen donde no deberían existir.

Y, por primera vez en su vida, Noah se da cuenta de que está dispuesto a arriesgarlo todo por una chica. Incluso su propio corazón.

Entre rivalidades, secretos, una atracción irresistible y sentimientos para los que ninguno de los dos estaba preparado, Noah y Violet descubrirán que el mayor riesgo nunca fue mentir a los demás.

Fue enamorarse de verdad.





EPÍGRAFE



No enamorarse de ella era el único juego que él no podía ganar...



PRÓLOGO

SOLO UN JUEGO MÁS

VIOLET HARPER



La Westbridge University estaba en pura euforia una vez más.

Era siempre así en las noches de partido de los Wolves: todo el campus parecía entrar en un trance colectivo. Las luces del estadio cortaban el cielo oscuro de Los Ángeles, y el aire helado que escapaba de la arena se mezclaba con el olor a hot dogs, perfume caro y pura expectativa.

Desde las gradas abarrotadas subía un rugido constante, negro, blanco y azul por todos lados. Los colores oficiales de los Wolves. Colores de guerra.

Yo me encogía en mi asiento de siempre, fila 28, ala este, justo en la esquina. Abrigo oversized negro, cuaderno de anotaciones en el regazo, cabello recogido en un moño desordenado.

Invisible.

Exactamente como me gustaba.

Desde mi punto de vista privilegiado, lo veía todo sin ser vista.

Y, en el centro de todo, estaba él.

Noah Whitmore.

El número 27, delantero principal, el chico que hacía que toda la arena contuviera la respiración cada vez que atrapaba el disco.

Patinaba como si el hielo hubiera sido creado exclusivamente para él: rápido, agresivo, preciso. Incluso con el casco cubriéndole casi todo el rostro, se podía ver el cabello oscuro mojado de sudor, pegado a la frente. El tatuaje fino que subía por el lateral de su cuello aparecía cada vez que giraba la cabeza para gritarle algo a sus compañeros. Su cuerpo atlético, moldeado por años de entrenamientos intensos, se movía con una confianza casi ofensiva, como si el mundo entero le debiera algo.

Y, por lo visto, la mayoría de las chicas estaba de acuerdo.

Gritos histéricos cortaban el aire cada vez que pasaba cerca de la barrera. “¡Noah! ¡Noah!” Veía al menos a tres chicas de mi clase de Literatura y Periodismo usando su chaqueta por encima de la ropa; probablemente ni siquiera sabían su nombre completo, pero conocían su número de memoria.

Yo, en cambio, sabía demasiado.

Sabía que era muy rico, que vivía en una de las fraternidades más caras del campus, que nunca repetía a la misma chica. Sabía que, junto con su mejor amigo Hunter Hayes —el capitán imbatible— y el resto de los Wolves, formaban un equipo prácticamente invicto desde que entré en Westbridge.

Dos años y medio viendo este circo.

Dos años y medio viendo a Noah Whitmore ser tratado como un dios mientras yo apenas conseguía recordar el nombre de la mayoría de las personas de mi clase.

Idiota arrogante.

Era lo que repetía mentalmente cada vez que veía esa sonrisita de medio lado que hacía cuando marcaba un gol. La misma sonrisita que hacía que la mitad de la universidad se mojara las bragas y la otra mitad quisiera ser él.

Hunter Hayes, el capitán, bloqueó un ataque contrario con una defensa absurda y Noah fue el primero en patinar hasta él, golpeándole el hombro con fuerza. Los dos intercambiaron esa mirada típica de quienes ya han pasado por muchas cosas juntos dentro y fuera del hielo. Los Demonios del Hockey, así los llamaban, y esos cabrones engreídos adoraban el título.

Puse los ojos en blanco y anoté distraídamente en mi cuaderno una frase para el artículo que debía entregar la semana siguiente sobre "cultura deportiva y elitismo universitario". Ironía pura.

Porque sí, yo era esa chica: la que estudiaba Literatura y Periodismo, la que pasaba más tiempo en la biblioteca que en fiestas, la que prefería leer romances a vivir uno, la que veía a Noah Whitmore tal como realmente era: un playboy rico, impulsivo, engreído y completamente fuera de mi radar.

Él no era mi tipo.

Y yo definitivamente no era el suyo.

Y aun así... cada vez que se detenía en medio de la pista, respirando con dificultad, con la mirada recorriendo a la multitud, sentía un frío distinto en el estómago. Un frío que odiaba admitir.

Como ahora.

Noah se detuvo de repente en el centro del hielo, el stick apoyado en el hombro, y giró el rostro hacia las gradas. Por un segundo, solo un segundo, su mirada verde oscura pareció barrer exactamente la sección donde yo estaba sentada.

Mi corazón dio un salto idiota.

No te está mirando a ti, Violet. Deja de ser ridícula.

Él nunca miraba, no a chicas como yo.

Y era mejor así.

Porque si había algo que había aprendido en dos años y medio en Westbridge era que involucrarse con los Demonios del Hockey solo terminaba de una manera:

Con el corazón destrozado y el ego aún más herido.

El silbato final sonó y la multitud explotó.

Otra victoria más, otra noche en la que Noah Whitmore sería llevado en hombros por alguien, se acostaría con alguna chica y despertaría mañana sin ni siquiera recordar su nombre.

Cerré el cuaderno, subí la capucha del abrigo y empecé a bajar las escaleras antes de que la multitud bloqueara la salida.

Solo un juego más, pensé.

Solo una noche más en la que Noah Whitmore reinaba absoluto.

Y yo continuaba exactamente donde siempre había estado:

Invisible a sus ojos.



1

VICTORIA Y VICIO

NOAH WHITMORE



Los Ángeles
Westbridge University

El silbato final sonó como música.

La arena explotó. El rugido de la afición de los Westbridge Wolves invadió mis oídos, vibrando hasta dentro del pecho. 4 a 1. Otra victoria más, otra noche en la que demostramos por qué somos los Demonios del Hockey, completamente invictos esta temporada.

Patiné despacio hasta el centro de la pista, el stick aún en la mano, el cuerpo latiendo de adrenalina. El sudor corría por debajo del uniforme. Me quité el casco con una mano y pasé la otra por el

cabello mojado, revolviéndolo a propósito. Sabía exactamente el efecto que causaba.

Y no tardó ni tres segundos.

—¡NOAH! ¡NOAH! ¡NOAH!

Los gritos venían de todos lados, sobre todo de la zona vip cerca de la barrera, donde las chicas más insistentes siempre se concentraban. Sonreí, esa sonrisa que yo sabía que siempre funcionaba, y levanté la mano, saludándolas. Algunas saltaron, otras estiraban los celulares, grabando cada uno de mis movimientos. Una rubia tetona que llevaba la chaqueta del equipo gritaba mi nombre tan fuerte que parecía que iba a quedarse sin voz.

Buena chica.

Me encantaba esa parte: el ruido, la energía, la sensación de que, por unos minutos, el mundo entero giraba en torno a mí, Noah Whitmore, número 27, delantero principal de los Wolves.

El chico que todo el mundo quería ser o follarse.

—¡Whitmore! ¡Hijo de puta! — La voz grave de Hunter resonó detrás de mí.

Patinó hasta mí, con la C de capitán bien visible en el pecho de la camiseta, y me dio un fuerte abrazo, golpeándome la espalda con fuerza. Su sudor se mezclaba con el mío. Hunter Hayes era así: bruto, leal y siempre el primero en celebrar conmigo.

—Otra más para la cuenta, capitán — respondí, sonriendo de medio lado.

—Joder, volaste hoy. ¿Ese gol en el tercer período? Absurdo, tío.

Nos quedamos allí unos segundos más, absorbiendo a la afición. Miré de nuevo hacia las gradas, recorriendo el mar de blanco y azul. Siempre era lo mismo: caras conocidas, caras nuevas, chicas con las que ya me había acostado, chicas que querían ser las siguientes. Mi mirada pasó rápido por una sección más alta, ala este.

Por un segundo creí ver a una chica mirándome diferente, sin saltar ni gritar, pero fue demasiado rápido. Probablemente una ilusión.

Hunter siguió mi mirada y soltó una risa baja, negando con la cabeza.

—Vamos, los chicos ya están yendo al vestuario. Después nos vamos a casa. Todo el mundo acordó hacer una celebración pequeña hoy.

—¿Pequeña? — Levanté una ceja, sarcástico.

Se encogió de hombros, sonriendo.

—Está bien, tal vez no tan pequeña, pero nada de destruir la casa esta vez, Whitmore. Todavía necesitamos vivir ahí.

La “casa” era la fraternidad oficial del equipo: una mansión reformada dentro del campus, con piscina, sala de juegos, gimnasio privado y habitaciones enormes. Privilegio de ser Wolves. Nosotros simplemente la llamábamos “La Casa”. Todo el mundo sabía lo que era.

Mientras caminábamos hacia el banco, quitándonos los guantes, Hunter miró hacia el lado donde un gran grupo de chicas esperaba detrás de la barrera de seguridad. Ellas saludaban, mandaban besos, algunas sostenían carteles con mi nombre y número.

Hunter soltó una risa baja.

—Mira eso... Joder, Noah. Puedes elegir a una de ellas o a dos. De hecho, puedes elegir a las que quieras, eres Noah Whitmore, por Dios.

—Como si tú no pudieras también, ¿verdad, Hunter? Te follas a más chicas que yo.

—Imposible. Podemos empatar, pero jamás te superaré, guapo.

Me reí, pasándome la mano por el cabello otra vez mientras miraba a las chicas. Una morena de cabello rizado me observaba con

una mirada que dejaba muy claro lo que quería. A su lado, una rubia de falda corta ya estaba prácticamente saltando la barrera.

—Tentador — respondí, con ese tono perezoso que usaba cuando estaba en modo automático—. Pero estoy pensando en variar hoy.

—¿Variar? — Hunter se burló—. ¿Desde cuándo tú varías? Apenas repites a la misma chica dos veces.

Me encogí de hombros, entrando en el túnel que llevaba a los vestuarios.

—Exacto. Por eso es bueno variar.

El vestuario era un caos controlado. Música alta, risas, palmadas en la espalda, olor a sudor, hielo y victoria. Los chicos ya se estaban quitando los uniformes, abriendo cervezas de contrabando y reviviendo las mejores jugadas del partido. Me senté en mi lugar de siempre —el banco frente al casillero con el gran 27— y empecé a quitarme las protecciones.

Tyler, nuestro defensor gigante, se acercó y me golpeó el hombro.

—Tío, esa asistencia que me diste en el segundo período... Te amo, joder.

—Lo sé — respondí, guiñando un ojo—. Todo el mundo me ama.

Las risas explotaron a nuestro alrededor. Era fácil así. Yo era el chico que mantenía el ambiente ligero, el que provocaba, el que hacía que todos se sintieran parte de algo grande, y ellos me dejaban ser así.

Porque yo lo daba todo dentro del hielo.

Porque era jodidamente bueno en lo que hacía.

Mientras me quitaba la camiseta húmeda y sentía mi cuerpo todavía caliente por el esfuerzo, pensé en lo que vendría después.

La fiesta en La Casa, chicas, bebidas. Probablemente alguien en mi cama hasta el amanecer. ¿Y mañana? Entrenamiento

temprano, clases, repetir el ciclo.

Era bueno. Era adictivo.

Pero a veces... solo a veces... me preguntaba cómo sería despertar sin tener que sonreírle a todo el mundo. Sin tener que ser *E/* Noah Whitmore todo el tiempo.

Negué con la cabeza, alejando el pensamiento. No era el momento para eso.

Hunter, que había desaparecido, reapareció ya duchado, con el cabello mojado y la chaqueta del equipo encima de la ropa.

—¿Estás listo? Las chicas ya deben estar llegando a La Casa. Esa rubia de la última fiesta preguntó por ti otra vez.

—¿Qué rubia? — pregunté, poniéndome una camiseta negra ajustada que marcaba bien el pecho y los brazos.

—La que te tiraste después del partido contra la USC. Está insistiendo.

Solté una risa baja y negué con la cabeza.

—Entonces está perdiendo el tiempo. No repito, ¿recuerdas?

Hunter puso los ojos en blanco, pero sonreía.

—Un día te vas a joder por esa regla idiota tuya, ¿lo sabías?

—Tal vez, pero hoy no va a ser ese día.

Salimos del vestuario juntos.

Fuera, el frío de la noche de Los Ángeles me golpeó el rostro. Algunas fans todavía esperaban en la salida de los jugadores. En cuanto me vieron, los gritos empezaron de nuevo.

—¡Noah! ¡Estuviste increíble hoy!

—¿Puedo sacarme una foto?

—¡Te amo!

Me detuve, tomé algunas fotos, firmé una camiseta, dejé que una chica me diera un abrazo demasiado largo. Hunter solo

observaba, negando con la cabeza como diciendo “este tipo no tiene remedio”.

En el camino a casa, dentro del coche de Hunter, miraba por la ventanilla, viendo el campus pasar. Westbridge de noche era muy hermosa: luces doradas, edificios antiguos mezclados con modernos, el frío artificial que siempre parecía venir de la pista.

—Sabes —empezó Hunter, conduciendo con una sola mano—, a veces creo que estás cansado de todo esto.

Giré el rostro hacia él, levantando una ceja.

—¿Cansado de ganar? ¿De follarme a quien quiero? ¿De ser el tipo? ¿Estás loco?

Se encogió de hombros.

—Solo lo digo. Vives en modo automático, Noah. Pero está bien... mientras sigas jugando de puta madre, no me quejo.

Me reí, pero no respondí.

Tal vez tuviera un poco de razón, pero no iba a admitirlo ahora. No cuando la noche apenas estaba comenzando, no cuando había una casa llena de gente esperando verme, no cuando yo era, al fin y al cabo, exactamente lo que todo el mundo quería que fuera.

El rey del hielo. El chico que no se enamora. El cabrón con suerte que podía tener a quien quisiera.

Y por ahora... estaba perfecto así.



2

INVISIBLE POR ELECCIÓN

VIOLET HARPER



Bajé las escaleras de la arena todavía con la capucha del abrigo subida, intentando mezclarme con la multitud que se movía como una ola ruidosa. El aire frío de la noche de Los Ángeles me golpeaba el rostro, pero no conseguía borrar el calor que siempre quedaba después de un partido de los Wolves.

Otro juego más, otra victoria más, otra noche que preferiría haber pasado en la biblioteca leyendo un libro o en mi habitación viendo cualquier serie.

Apreté el cuaderno contra el pecho y me dirigí hacia el camino que llevaba a los dormitorios y apartamentos del campus. El ruido de la afición todavía resonaba detrás de mí, disminuyendo poco a poco, y aun así un nombre parecía seguir vibrando en el aire:

Noah Whitmore.

Puse los ojos en blanco, sola en la oscuridad.

Soy Violet Harper, tengo veinte años, estoy en el tercer semestre de Literatura y Periodismo en la Westbridge University. Y, probablemente, la única chica de mi edad en todo este campus que no cae a los pies de los idiotas de los Wolves, especialmente a los pies de Noah Whitmore.

Ya era casi un mantra a estas alturas.

No elegí estar aquí, esa era la verdad cruda que me repetía a mí misma cada vez que el peso de Westbridge se hacía demasiado grande. Mis padres decidieron por mí. "Es la mejor universidad de California, Violet. Todos los hijos de nuestros amigos van allí, no te vas a quedar atrás".

Traducción: no se trataba de mí.

Se trataba de estatus, de mantener las apariencias, de poder decir en el club de golf que su hija también estudiaba en la prestigiosa Westbridge University, rodeada de herederos, atletas famosos y futuros CEOs.

Y yo vine, porque discutir con mis padres era como intentar parar un disco de hockey con la mano desnuda: inútil y doloroso.

Pero yo no era como ellos, ni como la mayoría de la gente aquí. Mientras todos parecían obsesionados con formar parte del circo social de la universidad, yo me concentraba en lo que realmente importaba: mis notas, mi carrera, mis libros y, lo más importante, mi futuro.

Literatura y Periodismo era el único lugar donde me sentía realmente en casa. Devorar novelas clásicas, escribir artículos incisivos, analizar textos como si fueran disecciones.

Sacaba notas casi impecables, no por presión, sino porque era la única cosa que podía controlar de verdad.

El camino hasta el apartamento que compartía con mi mejor amiga Scarlet era corto, pero hoy parecía más largo.

Cuando finalmente metí la llave en la cerradura y abrí la puerta, el impacto fue inmediato.

—¡Violet! ¡Has vuelto! — La voz aguda de Scarlet invadió mis oídos antes incluso de que pudiera cerrar la puerta.

Y ahí estaba él.

Justo en la pared de la sala, en tamaño real: Noah Whitmore, sosteniendo el stick con esa pose arrogante, sonrisa asesina en el rostro, uniforme mojado de sudor pegado al cuerpo.

El póster era tan grande que ocupaba casi toda la pared principal y, a su alrededor, banderas de los Wolves, camisetas con el número 27, adhesivos, fotos recortadas de revistas... parecía un santuario dedicado al rey del campus.

Me quedé parada en la entrada durante dos segundos, solo mirando aquello.

Patético.

Puse los ojos en blanco.

—Scarlet... ¿en serio? — murmuré, cerrando la puerta detrás de mí.

Mi compañera de apartamento apareció saliendo de la cocina, vestida con una chaqueta de los Wolves y unos jeans, el cabello rojo revuelto y una sonrisa enorme en el rostro. De alguna forma había conseguido llegar a casa antes que yo.

—¿Qué pasa? ¿No es perfecto? ¡Mira esa sonrisa! Y ese cuerpo... Dios mío, Violet, ¿cómo consigues no afectarte por esto?

Me quité el abrigo y lo colgué en el gancho detrás de la puerta, desviando la mirada del póster.

—Práctica. Mucha práctica.

Scarlet se rio como si hubiera contado el chiste más gracioso del mundo. Ella era el completo opuesto de mí: extrovertida, obsesionada con las fiestas, completamente enamorada del universo de los Demonios del Hockey. Nos llevábamos bien la mayor parte del

tiempo, pero momentos como ese me hacían cuestionar todas mis decisiones en la vida, especialmente haberme hecho amiga de ella.

—Tendrías que haber visto el partido de hoy —continuó, animada, mientras sacaba una botella de agua de la nevera—. ¡Noah estaba volando sobre el hielo! ¿Ese gol en el tercer período? Casi me desmayo. Y cuando se quitó el casco... ay, Violet. Ese cabello mojado, esa mirada...

—Lo vi —respondí secamente, yendo directo a mi habitación.

—¿Y no te afectó ni un poquito? ¿Ni un suspiro?

—Ni un suspiro.

Entré en mi habitación y cerré la puerta detrás de mí con un suspiro de alivio.

Aquí dentro era mi mundo.

Sin pósters, sin banderas, sin camisetas de los Wolves. Las paredes estaban pintadas en un tono suave de gris claro, estanterías llenas de libros, desde Jane Austen hasta Colleen Hoover, pasando por romances clásicos y contemporáneos. Mi escritorio de estudio ordenado, el portátil cerrado, una taza de té frío olvidada de antes. Una única planta cerca de la ventana y, lo más importante: silencio.

Aquí podía respirar.

Tiré el cuaderno sobre la cama y me dejé caer en el colchón, mirando el techo. El corazón todavía latía un poco más rápido de lo normal. No por Noah, claro que no. Era solo la adrenalina que se había quedado de la arena, de la multitud, del ruido.

Pero ese segundo... ese maldito segundo en el que su mirada pareció barrer exactamente donde yo estaba sentada.

Para, Violet. No te estaba mirando a ti. Él nunca mira a chicas como tú.

Yo era invisible por elección y me gustaba. No necesitaba reflectores, fiestas abarrotadas, chicos que trataban a las mujeres como trofeos de una noche. Tenía mis libros, mis textos, mis buenas notas, tenía planes, tenía objetivos.

Y Noah Whitmore, con todo su encanto, su cuerpo perfecto, su sonrisa peligrosa y su fama de no repetir chica, representaba todo lo que más despreciaba en esta universidad.

Idiota arrogante.

Aun así, mientras me cambiaba de ropa y me ponía un hoodie amplio, no conseguía quitarme completamente su imagen de la cabeza. No el ridículo póster de la sala, sino la forma en que se movía sobre el hielo.

La confianza.

La intensidad.

Negué con la cabeza, irritada conmigo misma.

—Basta —murmuré en voz baja.

Cogí mi portátil y abrí el documento del artículo que tenía que entregar la semana que viene: "Cultura deportiva y elitismo en Westbridge: cuando el deporte se convierte en religión".

Ironía pura.

Mientras escribía, podía oír a Scarlet en la sala viendo edits del partido en el celular, suspirando y comentando sola:

—Dios mío, Noah... mira ese stick... ese hombre fue hecho para romper corazones.

Sonreí de medio lado, sarcástica.

Buena suerte para él si intenta romper el mío.

Porque si había algo de lo que estaba segura en esta vida era que Noah Whitmore nunca se acercaría lo suficiente para eso.

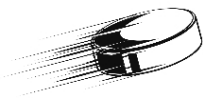
Y yo pensaba mantenerlo exactamente así.



3

MÁS DE LO MISMO

NOAH WHITMORE



La Casa estaba repleta.

La música alta vibraba por las paredes, los graves golpeando tan fuerte que parecía que mi pecho iba a explotar junto con ellos. Las luces de colores parpadeaban al ritmo de la playlist que Tyler había armado: una mezcla de The Neighbourhood, Chase Atlantic y algunos hits más pesados. En el aire flotaba olor a cerveza, perfume dulce y victoria.

Yo estaba sentado en el sofá enorme de la sala principal, piernas abiertas, un brazo estirado sobre el respaldo. Era mi lugar de siempre después de las victorias: el trono improvisado del rey de los Demonios del Hockey.

—¡Noah! ¡Sonríe! — Una chica rubia se inclinó sobre mí, celular en mano, haciendo puchero mientras sacaba una selfie.

El flash me cegó por un segundo.

Sonreí automáticamente, esa sonrisa perezosa y encantadora que yo sabía que funcionaba. Ella la publicó al instante, etiquetando mi perfil. En menos de treinta segundos, los likes ya empezaban a llegar.

—¿Otra? — otra chica, morena de cabello rizado, se acercó por el otro lado y se sentó directamente en mi regazo sin pedir permiso. Pasó la mano por mi pecho por encima de la camiseta negra ajustada, bajando los dedos lentamente.

—Te mereciste esta victoria hoy, ¿sabías? — murmuró cerca de mi oído, con voz melosa—. Jugaste tan bien... quiero recompensarte.

Me reí por lo bajo, agarrando la cerveza que alguien me pasó. El líquido frío bajó por mi garganta mientras observaba el caos a mi alrededor.

Hunter estaba apoyado contra la pared, hablando con dos chicas al mismo tiempo, una mano en la cintura de cada una. Tyler y los otros defensores jugaban beer pong en la mesa de centro, gritando y aplaudiendo cada vez que alguien fallaba. La piscina del fondo estaba llena de gente; algunas chicas ya estaban en bikini a pesar del frío de mierda que hacía afuera.

Más de lo mismo.

Siempre era así. Victoria. Fiesta. Chicas lanzándose. Fotos. Stories. Repetir el ciclo. Era bueno. Era fácil. Pero últimamente empezaba a sentirse... vacío.

—Noah, eres tan sexy —susurró la morena en mi regazo, girando el rostro para besar mi cuello.

Incliné la cabeza, dejándola. Olía bien, cuerpo caliente. Disponible. Exactamente el tipo de chica que yo solía llevar al cuarto sin pensarlo dos veces.

Pero hoy... no sé. No estaba surgiendo el mismo fuego de siempre.

De repente, mi celular vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi el nombre en la pantalla.

Papá.

Mierda.

Rápidamente sujeté la cintura de la morena y la levanté de mi regazo con cuidado, pero firme.

—Ahora vuelvo, princesa.

—Oye, ¿a dónde vas? — hizo un puchero, intentando tirarme de vuelta.

—Asunto familiar, no tardo.

Salí de la sala abarrotada, pasando por varios chicos del equipo que chocaban la mano o me daban palmadas en el hombro. Afuera el aire estaba más frío, la música seguía alta, pero al menos podía escuchar mis propios pensamientos.

Contesté la llamada.

—Hola, papá.

—Noah, felicitaciones por otra victoria —su voz sonó seca, automática, como siempre. Sin emoción. Solo obligación.

—Gracias —respondí en el mismo tono.

Hubo un segundo de silencio. Ya sabía lo que venía.

—¿Otra fiesta, Noah? Puedo oír la música desde aquí. No cambias, ¿verdad?

Aunque estaba en el jardín, la playlist de Tyler aún se escuchaba clara, mezclada con risas y gritos agudos de las chicas.

—Solo una pequeña celebración, papá —respondí, pasándome la mano por el cabello todavía húmedo de la ducha que me había dado antes.

—No te tomas nada en serio, Noah. ¿Tienes idea de lo que tienes en las manos? Eres un Whitmore, llevas mi apellido. Podrías haber elegido ser lo que quisieras, pero estás en Westbridge estudiando Administración Deportiva... eso es un chiste. Tu vida es un chiste regado a partidos de hockey y chicas sin sentido. No tienes compromiso, y mi apellido está en las redes sociales asociado al jugador mujeriego. Eso tiene que cambiar. Tú tienes que cambiar o...

Se detuvo.

Mi estómago se apretó.

—¿O qué, papá? —pregunté, anticipando que no me iba a gustar la respuesta.

—O voy a cortar el patrocinio. Si no me demuestras que puedes tomarte la vida en serio, esta será tu última temporada en el hockey.

La línea se quedó muda.

Colgó.

Me quedé parado allí, mirando el celular como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

Mierda. ¿Estaba loco?

¿Cortar el patrocinio? ¿El dinero que mantenía mi beca, mis entrenamientos extras, toda mi vida aquí en Westbridge? ¿Solo porque me gustaba vivir? ¿Porque era jodidamente bueno en el hockey y aprovechaba las ventajas?

Guardé el celular con rabia, respirando hondo varias veces. El aire frío golpeaba mi rostro, pero no ayudaba a calmar la ira que ardía en mi pecho.

¿Qué quería que hiciera?

Tengo notas lo suficientemente buenas para aprobar. Juego bien, cargo al equipo a la espalda la mitad del tiempo y la otra mitad quien lo hace es Hunter. Pero no... no es suficiente. Nunca es suficiente para él. Espera que sea uno más de esos tipos de corbata que heredan la empresa de los padres y pasan el resto de su vida

preguntándose por qué están ahí. Definitivamente yo no quiero ser ese tipo.

Cuando volví adentro, el ambiente de la fiesta parecía aún más asfixiante. Tyler se acercó con una cerveza helada en la mano.

—Toma, Noah. La necesitas, tío. Tienes cara de haber visto un fantasma.

—Estoy bien —respondí seco, esquivando la cerveza y empezando a subir las escaleras.

—Oye, ¿qué pasó? —preguntó Tyler, frunciendo el ceño.

—Nada. Solo estoy cansado.

Ni siquiera llegué a la mitad de la escalera cuando sentí una mano sujetando mi brazo. La morena de cabello rizado otra vez, ojos brillantes, cuerpo presionado contra el mío.

—Noah... ¿puedo acompañarte a tu habitación? —preguntó con esa voz dulce y llena de segundas intenciones.

La miré. Era guapa, cuerpo perfecto. Dispuesta. Cualquier otra noche le habría dicho que sí sin pensarlo dos veces.

Pero hoy no.

—No, hoy no estoy de humor, princesa —respondí, intentando esbozar una sonrisa.

Hizo un puchero exagerado, fingiendo estar destrozada.

—¿Estás seguro? Puedo hacerte cambiar de idea...

—Estoy seguro. Disfruta la fiesta.

Me solté de su toque con gentileza y seguí subiendo. La oí murmurar algo por lo bajo, pero lo ignoré.

Cuando entré en mi habitación, cerré la puerta con llave inmediatamente. Dos vueltas. No quería despertar mañana con alguna chica desnuda en mi cama sin recordar cómo había entrado. Eso ya había pasado demasiadas veces.

Me quité la camiseta, tirándola al suelo, luego el pantalón y fui al baño. Abrí la ducha al máximo.

El agua caliente cayó sobre mi cuerpo, pero no se llevó la rabia.

¿Qué más quiere de mí?

Yo era el chico que todo el mundo quería ser: popular, talentoso, deseado. Vivía la vida con la que la mayoría de los chicos sueña. Y aun así... mi propio padre pensaba que yo era una decepción.

Apoyé la frente contra los azulejos fríos, dejando que el agua cayera en mi nuca.

Tal vez era hora de cambiar algo. No sé qué, pero si realmente cortaba el patrocinio... estaría jodido.

Salí de la ducha, me sequé con la toalla y me tiré en la cama solo en bóxer. El techo de la habitación parecía girar un poco, no por la bebida, sino por los pensamientos.

Abajo la fiesta seguía a todo volumen, risas, gritos. Mi nombre siendo llamado de vez en cuando.

Y yo aquí. Solo. Por primera vez en mucho tiempo, sin ninguna gana de bajar.

Pero ¿y si quisiera algo diferente?

Negué con la cabeza, irritado.

No. Yo era Noah Whitmore, delantero principal de los Westbridge Wolves, el chico que no se enamora, el chico que vive en la cima.

Y así iba a seguir.

Al menos hasta descubrir cómo convencer a mi padre de que no soy la broma que él cree que soy.



4

EL CIRCO MATUTINO

VIOLET HARPER



El sol de la mañana de Los Ángeles entraba por la ventana de mi habitación, como si hubiera sido contratado para recordarle a todo el mundo que la vida en la Westbridge University se suponía que era perfecta. Yo ya llevaba un rato despierta, sentada en la cama con el portátil en el regazo, revisando las anotaciones de la clase de Teoría Literaria que tendría más tarde. El café en la mesita de noche ya estaba frío, pero ni siquiera me importaba.

Del otro lado de la puerta, oía a Scarlet arreglándose con su volumen habitual: música de los Wolves (sí, hasta tienen playlist oficial) sonando en el celular, secador encendido y ella canturreando como si se estuviera preparando para un desfile.

Suspiré, cerré el portátil y me levanté. Otro día normal, al menos era lo que esperaba.

—¡Violet! ¡Date prisa, vamos tarde! — gritó Scarlet desde el pasillo.

—Llevo lista veinte minutos — respondí, abriendo la puerta.

Apareció vestida con una falda jeans corta, chaqueta de los Wolves encima de un crop top y el cabello rojo suelto en ondas perfectas. Hasta se había puesto un labial rojo. A las 8:20 de la mañana, en serio.

—Estás... muy animada para la primera hora —comenté, agarrando mi mochila.

—¡Claro que sí! Hoy hay entrenamiento abierto de los Wolves en la pista auxiliar y quiero pasar por ahí antes de clase. Deberías venir conmigo, ¿sabes?

—Prefiero clavarme agujas en los ojos.

Scarlet se rio, se llevó la mano al pecho como si estuviera escandalizada y pasó el brazo por el mío mientras salíamos del apartamento.

El campus de la Westbridge University era hermoso de una manera casi irritante. Árboles bien cuidados, edificios de arquitectura moderna mezclados con construcciones antiguas de ladrillo, céspedes perfectos y estudiantes que parecían sacados de un catálogo de moda. El aire todavía estaba fresco, con ese leve olor a hierba mojada y café caro que venía de las cafeterías repartidas por el camino.

Caminábamos por la avenida principal cuando ocurrió.

Primero llegó el ruido. Risas altas, voces masculinas llamándose entre sí, el sonido inconfundible de un grupo que sabía que era el centro de atención.

Y entonces aparecieron.

Noah Whitmore en medio, caminando como si todo el campus fuera una pasarela hecha solo para él. A su lado, Hunter Hayes, el capitán, con el cabello rubio todavía húmedo de la ducha y esa postura de quien lo domina todo. Tyler, el defensor gigante, venía

justo detrás riéndose de algo que otro jugador había dicho. Eran unos seis o siete en total, los Demonios del Hockey en formación completa: chaquetas negras con el logo del lobo plateado, bolsas de entrenamiento colgadas al hombro, gafas de sol y sonrisas peligrosas.

Parecían una boy band famosa que había decidido invadir la universidad.

—Dios mío... míralos —susurró Scarlet, apretando mi brazo con fuerza.

Puse los ojos en blanco tan fuerte que casi vi mi propio cerebro.

A su alrededor, el circo comenzó de inmediato. Las chicas se detenían en medio del camino, saludaban, gritaban “¡Noah!”, “¡Hunter!”, sacaban fotos discretamente (o nada discretamente). Algunas hasta fingían que solo estaban pasando por ahí, pero cambiaban completamente de ruta solo para cruzarse con el grupo. Risitas tontas, cabello echado hacia un lado, miradas de “por favor, mírame”.

Era como mínimo patético, por no decir bizarro.

Noah caminaba en el centro, respondiendo a una o dos con esa sonrisa arrogante de medio lado. Se había cambiado la chaqueta de ayer por una camiseta negra ajustada que marcaba los hombros y el pecho. El cabello oscuro seguía revuelto de esa forma que todas las chicas parecían encontrar irresistible. Saludó a un grupo de chicas del equipo de baile, dijo algo que hizo reír a todo el mundo y siguió caminando como si nada fuera gran cosa.

Ridículo.

—Scarlet... ¿hablas en serio? —pregunté, sin poder contener el tono burlón.

Ella ni siquiera apartó los ojos del grupo.

—¿Qué?

—Esto —señalé discretamente con la barbilla—. Ellas lanzándose encima de ellos como si fueran estrellas del pop. Y tú ahí babeando igual, loca por correr hacia allá.

Scarlet finalmente giró el rostro hacia mí y se rio, esa risa ligera y despreocupada que siempre soltaba cuando yo criticaba el “universo Wolves”.

—Violet, relájate. Tú también lo encontrarías genial si fueras una chica normal.

—Yo soy una chica normal —repliqué, levantando una ceja.

—No, tú eres la única chica de veinte años que mira a Noah Whitmore como si fuera una plaga que hay que evitar.

—Porque es una plaga que hay que evitar.

Ella se rio más fuerte, negando con la cabeza mientras seguíamos caminando. El grupo de los Wolves pasó a pocos metros de nosotras. Por un segundo, Noah miró en nuestra dirección. No sé si fue impresión mía, pero su mirada pareció detenerse un milisegundo más en mí. Probablemente no. Debía estar simplemente barriendo todo el campus en busca de nuevas conquistas.

Scarlet casi tropezó.

—¡Miró hacia acá! ¡Violet, miró hacia acá!

—Miró a todo el campus, Scarlet. Su ego ocupa tanto espacio que necesita una vista panorámica.

—Eres imposible —bufó, pero seguía sonriendo—. Un día lo entenderás. Son... intensos, carismáticos. Cuando están en el hielo es diferente, tienes que verlo. Es como si el mundo se detuviera.

—Lo vi ayer y sigo pensando que son un montón de idiotas con sticks caros.

Llegamos a la plaza central y el grupo de los Wolves se dirigió hacia el centro deportivo. Más chicas se acercaron, una de ellas hasta corrió a darle un abrazo rápido a Tyler. Noah se rio de algo que dijo Hunter y le dio una palmada en la espalda. El sol les daba

de una forma que parecía coordinada con la producción de un videoclip.

Me detuve cerca de un banco, fingiendo ajustar la correa de la mochila solo para observar el circo unos segundos más. No porque me importara. Solo... curiosidad mórbida.

—¿Sabes qué es lo peor? —murmuré—. Ellos saben exactamente el efecto que causan. Caminan así a propósito, como si fueran dueños del lugar.

Scarlet se apoyó en el banco a mi lado, todavía mirando hacia ellos.

—Porque son los dueños del lugar, Vi. Los Wolves son lo más famoso que tiene esta universidad. Patrocinios, entrevistas, hasta marca propia de ropa tienen. Y Noah... Noah es la cara de todo eso.

—Qué suerte la mía —ironicé.

Ella me dio un codazo.

—Al menos podrías admitir que está bueno. Solo admítelo. No se lo contaré a nadie.

—Es objetivamente atractivo. Como un auto deportivo es objetivamente caro. No significa que quiera uno en mi garaje.

Scarlet soltó una carcajada alta que llamó la atención de dos chicas que pasaban. Les hizo un gesto como si fueran viejas amigas.

—Eres tan dramática. Un día alguien va a conseguir perforar esa armadura tuya de sarcasmo y hielo y entonces...

—Y entonces nada. Me gusta mi armadura. Es cómoda, me mantiene caliente y aleja a los idiotas.

Seguimos caminando hacia el edificio de Letras y Periodismo. El campus estaba cada vez más lleno: estudiantes con vasos de café, algunos corriendo tarde, otros sentados en los céspedes estudiando o coqueteando. El contraste era gritante. De un lado, el mundo "normal", gente como yo, con mochilas llenas de libros y plazos. Del otro, el circo dorado de los atletas.

Pensé en mi artículo sobre elitismo deportivo. Tenía material de sobra aquí.

—¿De verdad vas al entrenamiento abierto? —pregunté, cambiando de tema.

—Claro. ¿Quieres venir? Puedo prestarte mi chaqueta extra.

—Preferiría estudiar taxidermia.

Scarlet se rio de nuevo.

—Un día me agradecerás que te arrastre a este mundo. Cuando estés saliendo con uno de los Wolves y teniendo orgasmos increíbles...

—Prefiero hacerme monja.

Llegamos a la entrada del edificio de Literatura y Periodismo. Scarlet me dio un abrazo rápido, todavía con ese brillo en los ojos de quien acababa de ver a sus ídolos.

—¿Te veo en el almuerzo?

—Si no estás demasiado ocupada babeando en la pista.

Me sacó la lengua y se fue caminando hacia el lado opuesto, contoneándose un poco más de lo necesario. Me quedé mirándola alejarse unos segundos, negando con la cabeza.

Entré en el edificio fresco y silencioso. El olor a libros y café viejo me recibió como un abrazo bienvenido. Aquí dentro el mundo era diferente. Más calmado. Más mío.

Me senté en mi pupitre habitual, cerca de la ventana, y abrí el cuaderno. Pero mi mente todavía vagaba de vuelta a la escena de minutos atrás. Noah en medio del campus, rodeado de gente, sonriendo como si nada en el mundo pudiera tocarlo.

Idiota arrogante.

Aun así, esa mirada rápida que dio en nuestra dirección no salía de mi cabeza. Probablemente no fue nada, y seguro que ni siquiera me vio de verdad.

E incluso si me hubiera visto... no cambiaba nada.

Yo era Violet Harper, la chica invisible por elección. La que leía romances, pero no vivía ninguno. La que sacaba notas perfectas y evitaba el circo.

Y pensaba seguir exactamente así.

Al menos era lo que me repetía a mí misma mientras el profesor entraba en el aula y comenzaba la clase.

Pero algo en el fondo de mi mente, algo pequeño, terco e irritante, susurraba que tal vez, solo tal vez, el circo estaba a punto de arrastrarme hacia el centro.

Negué con la cabeza, alejando el pensamiento.

Ni pensarlo.



5

LA IDEA PELIGROSA

NOAH WHITMORE



La pista auxiliar de Westbridge quedaba un poco apartada del estadio principal, pero seguía siendo impresionante. El aire helado me golpeó en cuanto empujé las puertas dobles, ese olor característico a hielo seco, goma y sudor que amaba desde niño. Las luces blancas fuertes iluminaban la superficie lisa y perfecta, casi brillando. El resto del equipo ya estaba llegando, ruido de sticks golpeando el suelo, risas y maldiciones resonando por el espacio.

—¡Vamos, Whitmore! Hoy no vas a solo desfilas, ¿eh? — gritó Hunter desde el otro lado de la pista, ya poniéndose el casco.

Sonreí de medio lado, tirando mi bolsa en el banco y empezando a ponerme las protecciones.

—¿Preocupado de que te robe tu brillo de capitán, Hayes?

Tyler se rio fuerte mientras se ataba los patines.

—Este tipo se despierta con ganas de pelea, lo juro.

El entrenamiento abierto era más ligero que el oficial, pero seguía siendo serio. El entrenador quería mantener el ritmo después de la victoria de ayer. Patiné despacio al principio, sintiendo el hielo bajo las cuchillas, el frío subiendo por las piernas. Luego aceleré. El stick en la mano parecía una extensión de mi brazo. Hice algunos drills de velocidad y después pasé a ejercicios de precisión, disparando el disco contra el portero reserva, que maldecía cada vez que yo acertaba en una esquina imposible.

El sudor empezó a correr rápido. Mi cuerpo respondía bien, como siempre. Cada movimiento era instintivo; yo vivía más en el hielo que fuera de él. Aquí no tenía que pensar en mi padre, en patrocinios, en expectativas. Aquí solo tenía que ser bueno.

Y yo era el mejor.

Hunter bloqueó un ataque mío con una defensa limpia y patinó hasta mí, golpeando su stick contra el mío.

—Estás afilado hoy, ¿eh?

—Siempre —respondí, respirando con dificultad—. Tú que estás más lento de lo normal.

Él esbozó una media sonrisa, pero no le llegó a los ojos. Lo noté al instante. Hunter no era de quedarse callado. Normalmente era el primero en provocar, en gritar, en dar palmadas en la espalda de todos. Hoy estaba... cabizbajo.

Terminamos el entrenamiento con una serie de tiros libres. Cuando el entrenador pitó el final, yo estaba sudado, cansado y con la adrenalina todavía alta. Fuimos todos al vestuario.

El ruido de patines siendo quitados, agua corriendo en las duchas y bromas sin gracia llenaron el ambiente. Me quité el uniforme, tiré la toalla sobre el hombro y me senté en el banco al lado de Hunter. Él estaba callado, mirando al suelo mientras se quitaba las protecciones lentamente.

—Oye —lo llamé en voz baja—. ¿Está todo bien, tío?

Tardó un segundo en responder. Se pasó la mano por el cabello mojado de sudor.

—No mucho.

Miré alrededor. Los otros chicos estaban distraídos, riéndose de alguna tontería que Tyler había dicho.

—Cuéntame. ¿Qué pasó?

Hunter soltó un suspiro largo y apoyó la espalda en el casillero.

—Después del partido de ayer el entrenador me llamó para hablar. Dijo que mis notas están una mierda este semestre. Si no las mejoro rápido, me va a sacar del equipo la próxima temporada. Sin apelación.

—Mierda... —murmuré, sintiendo la rabia subir—. ¿Estás bromeando? Eres el capitán, Hunter. Todo el equipo depende de ti. ¿Cómo que te va a sacar?

—Dijo que la universidad está exigiendo rendimiento académico a los atletas. Imagen de la institución y todo eso. Si no saco al menos C en todas las materias hasta final de semestre, se acabó.

Golpeé con el puño cerrado en la rodilla.

—Esto es una estupidez. Eres esencial para nosotros, sin ti la defensa se derrumba.

Hunter se encogió de hombros, pero se notaba que estaba realmente preocupado.

—¿Y tú? Tienes esa cara desde ayer. ¿Fue la llamada de tu padre? Te vi cuando saliste a contestar.

Me reí sin humor, pasándome la mano por la cara.

—Mi viejo está amenazando con cortar el patrocinio. Dijo que mi vida es una broma, que no me tomo nada en serio, que el apellido Whitmore se está convirtiendo en sinónimo de playboy en Instagram, y que si no cambio, esta es mi última temporada.

Hunter silbó por lo bajo.

—Joder. ¿Y qué quiere que hagas?

—No sé. Quiere que “me tome algo en serio además del hockey”. Como si fuera fácil. Tengo notas decentes, juego de puta madre, pero no... no es suficiente.

Nos quedamos en silencio un momento. El vestuario se fue vaciando poco a poco, solo nos quedamos él y yo allí, todavía con la toalla.

Hunter de repente levantó la cabeza, como si hubiera tenido una idea.

—¿Sabes qué podría resolver tu problema?

—Dime.

—Empezar a salir en serio, llevar a alguien en serio. Tu padre se volvería loco de alegría si te viera con una chica “de verdad”, alguien que no fuera solo otro polvo de una noche. Demostraría que estás madurando, que eres responsable.

Solté una carcajada alta.

—¿Salir en serio? ¿Aquí? Ninguna chica en este campus vale la pena ser tomada en serio, Hunter. Solo quieren fotos, estatus y poder decir que se tiraron a Noah Whitmore.

Él sonrió de medio lado.

—Puede ser un noviazgo falso, idiota. Solo para mostrarles a tus padres. Un acuerdo.

Dejé de reírme. La idea era absurda... pero interesante.

—Aun así. Mi padre nunca creería que estoy tomando en serio a una fan de los Wolves. Él sabe cómo funcionan las cosas aquí, pensaría que es solo otra chica que estoy usando.

Hunter se rio, sacando el celular del casillero.

—Entonces tiene que ser una chica que no sea fan de los Wolves. Alguien bien fuera de nuestra burbuja.

Bufé.

—No existe chica en Westbridge que no sea nuestra fan. Todas babean cuando pasamos.

—Sí existe —dijo él, confiado, y ya abriendo Instagram. Buscó rápido y giró la pantalla hacia mí—. Violet Harper.

Fruncí el ceño y tomé su celular.

El perfil se abrió.

Foto de perfil simple: ella sonriendo de lado, cabello recogido, sin filtro exagerado. Deslicé las fotos despacio.

Joder.

Era guapa. Guapa de verdad, pero de una forma diferente. No tenía esas poses artificiales, boca haciendo puchero exagerado, ángulos calculados o escotes estratégicos que usaba la mayoría de las chicas. En las fotos aparecía leyendo, sentada en algún café, o con un cuaderno en el regazo en la biblioteca. Mirada inteligente, expresión serena. Ropa discreta, elegante, sin esfuerzo. Cabello largo suelto en algunas fotos, cayendo sobre los hombros de forma natural.

—Violet Harper —repitió Hunter—. Ella no es fan de los Wolves. Me atrevo a decir que nos odia. Casi nunca va a los partidos, nunca aparece en las fiestas, evita nuestro mundo como si tuviéramos peste. Es de Literatura y Periodismo, saca notas absurdas, familia rica de cojones. Responsable, callada, inteligente. Perfecta para lo que necesitas.

Me quedé pasando las fotos en silencio. Cuanto más miraba, más la encontraba... intrigante. Bonita de una forma que no intentaba ser. No era el tipo de belleza que gritaba "mírame". Era el tipo que mirabas dos veces y aún querías mirar más.

—¿Y qué podría ofrecerle a cambio de un noviazgo falso? —pregunté, todavía mirando el perfil.

Hunter pensó unos segundos, rascándose la barbilla.

—Dinero no sirve. Su familia es asquerosamente rica, igual que la tuya. Tiene que ser algo que ella realmente no tenga. Y ya sé

qué: vida social. Mira su perfil... casi no tiene stories, no publica en fiestas, no va a bares, no aparece en ningún lado. Vive entre la biblioteca, su habitación y el aula. Ofrécele mostrarle nuestro mundo. Llévala a las fiestas, a los partidos, al medio de los Wolves. Tal vez solo nos odia porque no conoce nuestro mundo de verdad.

Le devolví el celular, apoyando la cabeza en el casillero.

La idea daba vueltas en mi cabeza. Rápida. Peligrosa. Pero... viable.

Violet Harper.

La chica que me miró diferente ayer en las gradas. La que no gritaba mi nombre, la que no parecía impresionada.

Tal vez fuera exactamente eso lo que mi padre necesitaba ver.

Y tal vez fuera divertido fingir un noviazgo con la única chica del campus que me miraba como si yo fuera un idiota.

Levanté la comisura de la boca en una sonrisa lenta.

—Violet Harper... ¿eh?

Hunter sonrió, sabiendo que había plantado la semilla.

—Piénsalo, Whitmore. Puede ser la solución perfecta para tus problemas.

No respondí de inmediato, pero mientras me vestía, su nombre siguió resonando en mi cabeza.

Violet Harper.

La chica invisible.

La que no era fan.

La que tal vez fuera la única capaz de hacer que mi padre creyera que estaba cambiando.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una pequeña chispa de curiosidad real por alguien.



6

NOTIFICACIÓN NO DESEADA

VIOLET HARPER



El comedor del edificio de Letras estaba concurrido, pero no tan lleno como el comedor principal cerca del centro deportivo.

Era exactamente por eso que me gustaba.

Mesas de madera clara, luz natural entrando por las ventanas grandes y un rincón más tranquilo cerca de las plantas donde Scarlet y yo siempre conseguíamos sentarnos. El olor a café fresco y sándwiches calientes flotaba en el aire, mezclado con el ruido bajo de conversaciones y teclas de portátil.

Yo estaba devorando un sándwich de pollo con ensalada mientras Scarlet atacaba un brownie gigante, hablando sin parar sobre la clase de Comunicación que acababa de tener.

—...y entonces el profesor dijo que el trabajo en grupo vale el 40% de la nota. Violet, ¿me vas a salvar, verdad? Porque sola soy un desastre.

—Claro que sí —respondí, limpiándome la comisura de la boca con la servilleta—. Pero solo si dejas de arrastrarme a los entrenamientos de los Wolves.

Scarlet abrió la boca para protestar cuando mi celular vibró sobre la mesa, deslizándose un poco con la notificación.

Ni siquiera miré bien. Probablemente era solo un correo de la biblioteca o un recordatorio de entrega de artículo.

Pero Scarlet, que estaba frente a la pantalla, abrió los ojos como si hubiera visto un fantasma.

—Espera... —soltó el brownie y agarró mi brazo—. ¿NOAH EMPEZÓ A SEGUIRTE?

Parpadeé, confundida.

—¿Quién?

—¡NOAH WHITMORE, VIOLET! ¡Acaba de seguirte en Instagram! ¡Mira esto! — Prácticamente me metió mi propio celular en la cara.

Tomé el aparato despacio.

Ahí estaba la notificación, con su foto de perfil: Noah sonriendo de lado, cabello revuelto, chaqueta de los Wolves abierta, esa mirada provocadora que hacía perder la cabeza a la mitad de la universidad.

Perfecto idiota.

—Seguro que fue por error —murmuré, frunciendo el ceño.

Scarlet estaba prácticamente vibrando en la silla.

—¿Por error? Violet, él tiene más de cuarenta mil seguidores y sigue a menos de mil personas. ¡Él no sigue a nadie por error! ¿Qué hiciste? ¿Hablaste con él? ¿Le diste like a alguna foto? ¡Cuéntame ahora!

—No hice nada —respondí, todavía mirando la pantalla como si pudiera explotar—. Ni siquiera uso mucho este Instagram. La última cosa que publiqué fue una foto de un libro hace tres semanas.

Scarlet tomó su propio celular y empezó a escribir frenéticamente.

—Dios mío, está en línea ahora. Debió haber visto tu perfil ayer o hoy... Ay, Violet, ¡tienes que aceptar el follow de vuelta! ¡Y mandarle un mensaje! No, espera, tal vez él mande primero.

—No voy a aceptar nada —dije, bloqueando la pantalla del celular y poniéndolo boca abajo sobre la mesa—. Debe ser un error. O una broma. O siguió a la persona equivocada mientras estaba distraído.

Scarlet me miró como si hubiera dicho que la Tierra era plana.

—Tú eres la única chica de veinte años en este campus que recibe un follow de Noah Whitmore y reacciona como si fuera una notificación de spam.

—Porque básicamente es eso —respondí, encogiéndome de hombros y volviendo a mi sándwich—. Probablemente siguió a medio campus ayer después de la fiesta. En una hora va a seguir a otra persona y olvidará que existo.

Pero incluso mientras lo decía, una sensación extraña se instaló en mi estómago. ¿Por qué justo yo? Ni siquiera interactuaba con su mundo. No iba a los partidos, no publicaba stories en fiestas, no usaba chaqueta de los Wolves. Mi perfil estaba literalmente lleno de fotos de libros, cafés y apuntes de clase.

Scarlet pasó los siguientes diez minutos teorizando en voz alta todas las posibilidades absurdas mientras yo intentaba ignorar el celular que vibraba de nuevo con otra notificación (esta vez solo era un story de ella marcando la ubicación).

Terminamos de comer y salimos juntas hacia el edificio de Periodismo para la siguiente clase. El campus estaba lleno de movimiento: estudiantes yendo y viniendo, algunos corriendo tarde, otros sentados en los céspedes aprovechando el sol. Yo caminaba

con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, mochila pesada de libros en el hombro, intentando no pensar en esa maldita notificación.

—¿Al menos vas a mirar su perfil? —insistió Scarlet por tercera vez.

—No.

—¿Ni por curiosidad?

—La curiosidad mató al gato, Scarlet. Y a mí me gusta estar viva.

Ella se rio, pero no se rindió.

Estábamos casi llegando al pasillo principal del edificio cuando ocurrió.

Venía doblando la esquina distraída, mirando la hora en el celular, cuando choqué de frente contra alguien. Mis libros —tres gruesos de Teoría Literaria y un cuaderno— volaron por todos lados.

—Mierda —murmuré, agachándome inmediatamente para recoger todo.

—Tranquila —dijo una voz grave y divertida por encima de mí.

Levanté la mirada y mi estómago dio un salto.

Noah Whitmore estaba agachado frente a mí, recogiendo dos de mis libros del suelo con esas manos grandes que había visto sosteniendo el stick anoche. Estaba cerca. Demasiado cerca. Olía a jabón, perfume amaderado y algo que recordaba a hielo fresco.

Nuestras manos se tocaron cuando fuimos a agarrar el mismo libro al mismo tiempo. Un toque rápido, caliente. Retiré la mano como si hubiera recibido una descarga.

—Ah, genial —dije, con el sarcasmo chorreando de mi voz—. La escena cliché de película romántica. Qué original.

Noah levantó la mirada hacia mí y se rio. Una risa baja, genuina, que hizo aparecer un leve hoyuelo en la mejilla. Tenía ojos verdes, casi castaños bajo la luz del pasillo.

—Puede serlo si quieres —respondió, extendiéndome el libro.

Lo miré un segundo, tomé el libro de su mano con un tirón un poco más fuerte de lo necesario y me levanté.

—Prefiero la muerte.

Noah todavía estaba agachado, pero me miró desde abajo con una sonrisa torcida y divertida. Pasé por su lado, acomodándome la mochila en el hombro.

Cuando ya había dado algunos pasos, escuché su voz detrás de mí:

—Buen culo, Harper.

Me detuve en medio del pasillo. Me giré lentamente, entrecerrando los ojos.

—Vete a la mierda, Whitmore.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio fuerte, sin inmutarse ni un poco. El sonido resonó por el pasillo y algunas personas se giraron a mirar.

No esperé. Me di la vuelta y seguí caminando, sintiendo el rostro arder de rabia y algo que me negaba a nombrar.

Scarlet, que se había quedado unos metros atrás viendo todo, corrió para alcanzarme, con los ojos brillantes como si acabara de presenciar el evento del siglo.

—Violet... acabas de mandar a Noah Whitmore a la mierda. En su cara. Y él se rio. Se rio.

—Y lo digo en serio —respondí, acelerando el paso—. Si cree que me va a impresionar con ese encanto barato de jugador de hockey, está muy equivocado.

—Pero te siguió y ahora esto... Vi, esto no es normal.

—Es exactamente normal para él. Probablemente perdió alguna apuesta con los amigos y ahora se está divirtiendo molestándome.

Llegamos al aula y me senté en mi lugar de siempre, cerca de la ventana. Scarlet se sentó a mi lado, todavía mirándome como si me hubiera crecido una segunda cabeza.

Durante toda la clase intenté concentrarme en el profesor hablando sobre ética periodística, pero mi mente volvía una y otra vez al pasillo. El roce de su mano, el olor. Esa sonrisa irritantemente confiada. Y la frase “buen culo” que todavía resonaba en mi cabeza.

¡Idiota!

Cuando la clase terminó, ya había escrito casi dos páginas enteras en mi cuaderno sobre “cómo la cultura deportiva refuerza comportamientos tóxicos de objetificación”.

Scarlet seguía agitada cuando salimos del aula.

—¿Vas a aceptar el follow o no?

—No.

—Pero...

—Scarlet, no. No quiero formar parte de su circo. Ni siquiera como extra.

Ella suspiró dramáticamente, pero terminó rindiéndose. Por ahora.

Mientras caminábamos de vuelta al apartamento, el sol ya empezaba a bajar en el cielo de Los Ángeles, pintando todo de tonos dorados y naranjas. El campus estaba hermoso, como siempre. Pero por primera vez en mucho tiempo, me sentía... inquieta.

Había entrado en el radar de Noah Whitmore de una forma que no quería.

Y tenía la sensación de que esto apenas estaba comenzando.



7

EL JUEGO COMENZÓ

NOAH WHITMORE



Todavía estaba en el vestuario con Hunter cuando tomé la decisión.

El celular estaba en mi mano y el perfil de ella abierto en la pantalla: Violet Harper. Cabello largo, mirada seria, sonrisa discreta en algunas fotos. Cuanto más deslizaba, más curioso me ponía. Era diferente, no tenía esa pose ensayada que usaban todas las otras chicas del campus.

Hunter, a mi lado, ya vestido, me dio una palmada en el hombro.

—Vamos, Whitmore, síguela ahora. Cuanto antes empieces, mejor.

—Está bien, joder. Tranquilo.

Hice clic en el botón “Seguir”. La confirmación apareció en la pantalla.

Estaba hecho.

Hunter sonrió como quien acababa de ganar la lotería.

—Ahora solo hay que planear el primer contacto. Nada muy obvio, tiene que parecer natural.

Salimos del vestuario juntos y caminamos por el campus. El sol ya estaba alto y el movimiento de alumnos era intenso. Hunter miraba a los lados como si fuera un agente secreto.

—Mira allí —dijo en voz baja, señalando discretamente con la barbilla—. Ella va hacia el edificio de Periodismo con Scarlet. En unos diez minutos va a pasar por el pasillo principal del segundo piso. Es su camino a la siguiente clase.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunté, levantando una ceja.

—Presto atención, tío. A diferencia de ti, que solo miras el culo de las chicas.

Me reí.

—Justo.

Caminamos despacio hasta el edificio. Hunter me dio las instrucciones como si estuviéramos planeando una jugada en el hielo.

—Cuando ella doble la esquina, tú caminas normalmente. No la mires antes, deja que parezca un accidente. Chócala ligeramente, ayúdala a recoger los libros... clásico. Ella se va a enojar, pero será el gancho perfecto.

—Piensas demasiado, ¿sabías?

—Alguien tiene que pensar, tú solo sabes hacer goles y follar.

Sonreí de medio lado, pero no rebatí. Tenía razón.

Me posicioné en el pasillo, apoyado contra la pared como si solo estuviera esperando a alguien. Unos minutos después, la vi venir. Violet caminaba distraída, mirando el celular, mochila pesada

en el hombro. Cabello recogido en un moño desordenado, abrigo oversized, jeans simples. Jodidamente linda de una forma que no necesitaba intentarlo. Ella solo era ella.

Cuando dobló la esquina, yo salí caminando al mismo tiempo.

El choque fue perfecto.

Los libros volaron por todos lados. Ella soltó un “mierda” bajito y se agachó rápido. Yo me agaché también, recogiendo dos libros gruesos.

Nuestras manos se tocaron cuando fuimos a agarrar el mismo libro. Su piel era caliente. Suave.

Ella retiró la mano como si la hubiera quemado.

—Ah, genial —dijo con puro sarcasmo—. La escena cliché de película romántica. Qué original.

Me reí, no pude contenerme. La miré directo a esos ojos azules intensos.

—Puede serlo si quieres —respondí, extendiéndole el libro.

Violet tomó el libro con un tirón.

—Prefiero la muerte.

Se levantó y pasó por mi lado. Mi mirada bajó, sin que pudiera evitarlo.

Cuando ya había dado algunos pasos, no resistí:

—Buen culo, Harper.

Ella se detuvo en medio del pasillo y se giró lentamente, entrecerrando los ojos.

—Vete a la mierda, Whitmore.

Eché la cabeza hacia atrás y me reí fuerte. El sonido resonó por el pasillo. Ella no miró atrás de nuevo, solo siguió caminando con la cabeza en alto.

Hunter apareció segundos después, saliendo de detrás de una columna, riéndose tanto que casi lloraba.

—Tío... ¿"buen culo"? No tienes remedio.

—Fue perfecto —respondí, todavía riendo—. Me mandó a la mierda en mi cara.

—Y te encantó cada segundo.

—Tal vez.

Volvimos caminando hacia La Casa. Hunter siguió burlándose de mí todo el camino.



Por la noche, acostado en mi cama enorme, cuarto oscuro solo con la luz del celular, no podía dejar de mirar su perfil.

Deslicé las fotos despacio: Violet leyendo en un café, Violet en una biblioteca antigua, Violet con cara seria sosteniendo un cuaderno lleno de anotaciones. Cuanto más veía, más quería ver.

Entonces me detuve en una foto más antigua.

Estaba sentada en el suelo de un cuarto, sonriendo de forma verdadera y ligera, con un gatito gris en el regazo. La leyenda era corta:

"Mi pequeño compañero de lectura. Hoy hace un año que te fuiste, pero todavía te extraño todos los días. Te amo para siempre, Apollo ❤️ "

Me quedé mirando la foto un buen rato. Algo se apretó en mi pecho. Era diferente de todo lo que veía en el Instagram de las otras chicas. Era real. Vulnerable.

Sin pensarlo mucho, le di like a la foto.

No pasaron ni treinta segundos y mi celular vibró con un mensaje directo.

Violet Harper: Dar like en fotos antiguas mías no va a hacer que me vaya a la cama contigo, Whitmore.

Sonreí solo en la oscuridad, escribiendo rápido.

Noah Whitmore: Puedo intentarlo de todos modos. Nunca se sabe.

Violet Harper: Eres un idiota.

Noah Whitmore: 😂😂

Noah Whitmore: Al menos soy un idiota honesto.

Ella vio el mensaje, pero no respondió más. Me reí bajito, tirando el celular al lado en la cama. Esa chica era puro fuego.



Al día siguiente, el entrenamiento estaba pesado. El entrenador nos hizo correr drills hasta que el sudor corría por el rostro. Yo estaba concentrado, pero mis ojos no paraban de buscar en las gradas.

Y ahí estaba ella.

Violet Harper, sentada en el ala este, bien al fondo, casi escondida. Cuaderno en el regazo, abrigo grande, intentando pasar desapercibida, pero yo la vi y ella estaba mirando.

Cuando el entrenamiento terminó, patiné hasta la barrera, me quité el casco y sacudí el cabello mojado. Fui directo hacia ella.

Ella estaba bajando las escaleras cuando me acerqué.

—Harper.

Violet se detuvo, sorprendida.

—Para alguien que no le gusta el hockey, has venido a muchos partidos últimamente —comenté, apoyando el stick en el hombro.

Ella cruzó los brazos.

—¿Cómo lo sabes?

Sonreí despacio, mirándola directo a los ojos.

—No eres invisible para todo el mundo, Harper. Yo te veo.

Guiñé un ojo, di media vuelta y me fui caminando sin esperar respuesta, sintiendo su mirada quemándome la espalda.

Hunter me esperaba en la salida, sonriendo.

—¿Y? ¿Cómo fue?

—Está empezando a notarme —respondí, todavía con la sonrisa en el rostro.

—Perfecto. El plan está funcionando.

No respondí, porque por primera vez no estaba seguro de que solo fuera el plan lo que me interesaba.

Violet Harper ya no era invisible.

Y me estaba gustando un montón de eso.



8

LA PROPUESTA

VIOLET HARPER



No sé en qué momento de mi vida perdí el juicio al punto de dejar que Scarlet me convenciera de venir a esta maldita fiesta.

La Casa de los Wolves estaba repleta. El patio trasero había sido transformado en un caos controlado de luces de colores, música alta y cuerpos moviéndose. El olor a cerveza, perfume dulce, cigarro y sudor se mezclaba en el aire frío de la noche de Los Ángeles. Del altavoz salía un ritmo pesado, de esos que hacen vibrar el suelo. La gente bailaba, reía demasiado alto, se besaba sin el menor pudor contra las paredes o cerca de la piscina iluminada.

Era la extensión perfecta de los partidos de los Wolves: el mismo circo, solo que sin el hielo.

Yo estaba sentada en una mesa alta de madera en el rincón más apartado posible del bullicio, piernas balanceándose, celular en la mano como escudo. Había venido con jeans oscuro, hoodie amplio y tenis; nada que llamara la atención. Aun así, me sentía completamente expuesta.

Miré hacia el centro del patio. Scarlet estaba allí, bailando con uno de los jugadores reserva. Reía, echaba el cabello rojo hacia un lado, dejaba que él pusiera las manos en su cintura. Parecía... feliz, libre, como si perteneciera a ese mundo sin esfuerzo.

¿Y si fuera yo?

Aparté el pensamiento de inmediato.

No, Violet. Tú odias esto. Fuiste criada para odiar esto.

Mis padres morirían de vergüenza si me vieran aquí. "Ese tipo de ambiente no es para gente como nosotros, Violet. Nosotros tenemos clase". Era lo que escuchaba desde pequeña. Las fiestas eran sinónimo de descontrol, de debilidad, de gente que no tenía nada mejor que hacer con su vida.

Y aun así... yo estaba aquí.

Suspiré, abriendo Instagram solo para fingir que estaba ocupada. La notificación del follow de Noah seguía allí, irritándome cada vez que veía su nombre.

Fue entonces cuando la voz grave y divertida resonó justo detrás de mí:

—Déjame adivinar... tú tampoco te gustan las fiestas, pero aquí estás.

Ni siquiera necesité girarme. Ya sabía quién era.

Noah Whitmore dio la vuelta a la mesa y se detuvo frente a mí, sosteniendo una botella de cerveza en la mano. Estaba absurdamente guapo: camiseta blanca ajustada que marcaba los hombros y el pecho, jeans oscuros, cabello un poco revuelto de la forma que lo hacía aún más atractivo. Esa sonrisa de medio lado que ya estaba aprendiendo a detestar.

—Acertaste —respondí seca—. Vine porque mi amiga prácticamente me obligó. ¿Y tú? ¿Viniste a fiscalizar tu reino?

Él se rio bajito y, sin pedir permiso, se sentó en la mesa a mi lado, tan cerca que nuestras rodillas casi se tocaban. Su olor —jabón, un perfume amaderado y cerveza— invadió mi espacio.

—Algo así. —Tomó un sorbo de cerveza y me miró de reojo—. ¿Ya lo has probado, Harper?

—¿Qué? ¿La cerveza? Tiene un gusto horrible.

Noah se rio de nuevo, esta vez más fuerte.

—No solo la cerveza. Esta vida, Violet. Fiestas, bailar, sonreír, en fin... tener veinte años.

Lo miré a los ojos. Eran demasiado bonitos para alguien tan insoportable.

—No. Y tampoco quiero.

—¿De verdad no quieres? —Inclinó la cabeza, estudiándome—. ¿No te gustaría estar ahí, bailando, sonriendo, siendo feliz?

—Soy feliz —respondí demasiado rápido.

—¿Segura? ¿O solo estás viviendo según lo que planearon para ti?

La frase me golpeó como un puñetazo.

¿Cómo diablos este idiota conseguía leer mi mente tan fácilmente?

—Puedes parar, Whitmore —dije, con la voz más afilada—. No sabes nada sobre mí ni sobre lo que quiero. E incluso si quisiera esto... —señalé el caos de cuerpos bailando— no podría simplemente llegar ahí y empezar a bailar y beber. Ellos no aceptan a cualquiera en medio de su locura. Yo lo sé.

Noah se puso serio de repente, tomó otro sorbo despacio y me miró por demasiado tiempo. Luego soltó el aliento como si lo hubiera estado conteniendo por mucho rato.

—Escucha, Violet... puedes pensar que soy un idiota...

—Lo pienso —interrumpí.

Él sonrió, pero continuó:

—Déjame terminar, chica. Esto ya es difícil, si no me dejas hablar va a ser peor.

—Me estás asustando...

Noah giró todo el cuerpo hacia mí. Nuestros rostros quedaron más cerca. La música parecía haberse vuelto más baja.

—Violet, te necesito.

Hice una mueca, completamente confundida.

—No como estás pensando —corrigió rápido, levantando las manos—. Escúchame. Mi padre quiere ver que me tomo algo en serio además del hockey. Está amenazando con cortar mi patrocinio. Necesito mostrarle que puedo tomarme algo en serio de verdad.

—¿Y yo dónde entro en eso?

—Bueno... eres la única chica en todo este campus que parece no estar ni ahí por mí.

—Parece. No estoy ni ahí por ti.

Él se rio bajito, negando con la cabeza.

—Déjame terminar, Harper. Siendo así... tengo una propuesta para hacerte.

—No me gustan los tríos —dije, ya bajando de la mesa.

Noah sujetó mi brazo con suavidad, solo lo suficiente para impedirme irme. Su toque era caliente, firme. Miré su mano en mi brazo y luego su rostro.

—Violet... necesito que finjas ser mi novia.

Parpadeé. Una. Dos veces.

—Ah, genial. ¿Te golpeaste fuerte la cabeza cuando caíste en la pista? ¡Nunca saldría contigo, Noah!

—Es un noviazgo falso —explicó, con la voz más baja—. Solo para que mi padre crea que me estoy tomando algo en serio. Un

acuerdo, nada real.

Lo miré como si se hubiera vuelto completamente loco.

—¿Y qué ganaría yo con eso?

Noah miró hacia donde la gente bailaba, luego volvió los ojos hacia mí.

—Un pase de primera clase para conocer este mundo. Que sé que, en el fondo, quieres conocer.

—No quiero...

Él se levantó, deteniéndose frente a mí. Nuestros cuerpos quedaron peligrosamente cerca. Podía sentir el calor que irradiaba de él. Su rostro estaba a pocos centímetros del mío.

—Sí quieres, Violet. Quieres conocer este mundo, quieres sentir los golpes de la música, quieres bailar. No necesitas mentirme. Yo puedo llevarte. Solo di que sí...

Mi corazón latía demasiado fuerte. La cercanía de él, el olor, la intensidad de su mirada... todo me estaba poniendo nerviosa de una forma que odiaba admitir.

—Ni muerta —respondí, empujando su pecho con ambas manos.

Era fuerte. Muy fuerte.

Me alejé rápido, dándole la espalda y empezando a caminar hacia la salida de La Casa. Mi rostro ardía, mis manos temblaban ligeramente.

Era lo que me faltaba: fingir ser la novia de Noah Whitmore.

Mientras atravesaba el patio, pasando por parejas besándose y grupos gritando, solo podía pensar que él había perdido completamente el juicio.

Noah Whitmore quería que fingiera ser su novia.

Era ridículo. Absurdo. Completamente insano.

¿Y lo peor de todo?

Por un segundo, solo un segundo idiota y vergonzoso, una parte minúscula de mí había sentido curiosidad.

Sacudí la cabeza con fuerza, como si pudiera expulsar el pensamiento.

Ni muerta, Whitmore.

Ni muerta.



9

ALIADA INESPERADA

NOAH WHITMORE



Me quedé parado allí, en medio del caos de la fiesta, viendo a Violet Harper alejarse hacia la salida de La Casa. Caminaba rápido, hombros rectos, cabeza en alto, como si estuviera huyendo de un incendio. El hoodie amplio se balanceaba en su cuerpo y, aun así, no podía quitarle los ojos de encima.

Cuando desapareció entre la multitud cerca de la puerta, me pasé la mano por el cabello, revolviéndolo aún más.

Joder, Harper. Eres difícil de verdad, chica.

Hunter apareció de la nada a mi lado, sosteniendo dos cervezas, una en cada mano. Me ofreció una con una sonrisa curiosa.

—¿Y? ¿Funcionó?

Tomé la cerveza y me reí, negando con la cabeza.

—Ella cree que soy un idiota pervertido.

Hunter soltó una carcajada fuerte, golpeándome el hombro con fuerza.

—Tío... eres las dos cosas.

—Vete a la mierda —respondí, riendo con él.

Nos quedamos allí riendo un momento, observando la locura a nuestro alrededor. La fiesta estaba en su punto máximo, las luces parpadeaban, la música vibraba en el pecho y el patio parecía una masa de cuerpos moviéndose en sincronía. El olor a alcohol, perfume y cigarrillo electrónico estaba más fuerte que nunca.

—¿Y ahora? —preguntó Hunter, dando un gran sorbo.

—Ahora voy a beber y pensar. Porque esa chica es más terca de lo que imaginaba.

Volvimos al centro de la fiesta.

En cuanto pisamos el centro del patio, el circo habitual comenzó. Dos chicas se acercaron de inmediato: una rubia con crop top corto y una morena con falda que apenas cubría los muslos. Sonrieron de esa forma que yo ya conocía muy bien.

—Noah! Desapareciste —dijo la rubia, pegando su cuerpo a mi brazo—. Te estaba buscando.

La morena puso la mano en mi pecho, haciendo puchero.

—¿Bailas con nosotras? Sabemos que bailas muy bien...

Las miré. Eran bonitas, muy bonitas. Cuerpos perfectos, maquillaje impecable, sonrisas ensayadas. Cualquier otra noche habría tirado de una para bailar, tal vez de las dos, y habría llevado la broma hasta la habitación. Pero hoy...

Hoy solo podía comparar.

La rubia era demasiado ruidosa, la morena demasiado pegajosa. Ninguna de las dos tenía esa mirada afilada que Violet me

lanzaba, ninguna me mandaba “a la mierda” en mi cara. Ninguna me hacía sentir que realmente estaba siendo desafiado.

Violet era diferente. Ella no quería nada de mí. No sonreía solo porque yo era Noah Whitmore, no se derretía cuando me acercaba. Y eso, de alguna forma enfermiza, me dejaba aún más interesado.

—Hoy no, chicas —respondí, dando un paso atrás con una sonrisa perezosa—. Estoy bien.

Hicieron puchero, pero yo ya estaba girando el rostro, buscando a otra persona entre la multitud.

Scarlet Johnson.

La pelirroja estaba bailando con uno de los reservas, riendo alto, pero en cuanto me vio acercándome, se detuvo en medio del movimiento. Sus ojos se abrieron como si yo fuera una divinidad bajando del cielo.

—Noah Whitmore... —murmuró, casi sin voz.

Sonreí, intentando ser lo más encantador posible.

—Scarlet, ¿verdad? Amiga de Violet.

Ella se puso roja al instante.

—¿Tú... tú sabes mi nombre?

—Claro que sí. ¿Puedo hablar contigo un segundo? ¿En privado?

Scarlet miró al jugador con quien estaba bailando, murmuró un “ahora vuelvo” y me siguió hasta un rincón más tranquilo del patio, cerca de unos árboles iluminados con luces azules. Me miraba como si el corazón fuera a salirse por la boca.

—¿Qué... qué quieres hablar conmigo? —preguntó, con la voz temblorosa de emoción.

Me apoyé contra el tronco de un árbol y fui directo al grano.

—Necesito tu ayuda. Es sobre Violet.

—¿Violet? —Sus ojos brillaron aún más—. ¿Qué pasa con Violet?

Respiré hondo y se lo conté todo, sin rodeos.

—Mi padre está amenazando con cortar mi patrocinio. Cree que no me tomo nada en serio, que mi vida es solo hockey y fiestas. Si no le muestro que puedo comprometerme con algo de verdad, esta podría ser mi última temporada. Necesito una novia falsa, alguien que parezca seria, responsable, que no sea solo otra chica que busca estatus.

Scarlet parpadeó varias veces, procesando.

—¿Y elegiste... a Violet?

—Es perfecta para esto. No es fan de los Wolves, no anda detrás de mí, saca buenas notas, es de una buena familia... y lo más importante: me odia. Mi padre nunca va a creer si es una chica cualquiera, tiene que ser alguien que parezca real.

Scarlet se llevó la mano a la boca, sorprendida.

—Dios mío... ¿hablaste con ella hoy?

—Hablé hace un rato, le propuse el acuerdo. Básicamente me mandó a la mierda y salió de la fiesta.

Scarlet se rio, nerviosa.

—Eso suena muy a Violet.

—Lo sé. Por eso estoy aquí, necesito tu ayuda para convencerla. Eres su mejor amiga, si alguien puede hacer que al menos piense en la idea, esa eres tú.

Scarlet se quedó en silencio un momento, mordiéndose el labio inferior. Se notaba que su cabeza iba a mil por hora.

—Noah... sabes que Violet odia todo esto, ¿verdad? El mundo de los Wolves, las fiestas, el circo como ella misma dice... Es súper reservada, súper correcta. Sus padres son muy estrictos.

—Lo sé, pero también vi algo en ella hoy. No es tan cerrada como finge ser, solo necesita un empujón.

Scarlet miró al suelo, pensativa. Decidí jugar mi carta final, la que siempre funcionaba cuando necesitaba ser sincero.

—Scarlet... si pierdo el hockey, lo pierdo todo. Mi padre no bromea. Vivo para esto. El hielo es el único lugar donde me siento... yo mismo. Si corta el patrocinio, se acabó, no sé qué voy a hacer.

Ella levantó la mirada y vi la lástima aparecer en sus ojos.

—Joder... no imaginaba que era tan serio.

—Es más serio de lo que parece. No te estoy pidiendo que traiciones a Violet, solo te pido que me ayudes a mostrarle que no es una trampa. Es solo un acuerdo: ella gana una vida social, entra en nuestro mundo, vive cosas que nunca ha vivido y yo gano la oportunidad de seguir jugando.

Scarlet se quedó callada casi un minuto entero. Yo esperé, bebiendo mi cerveza despacio.

Finalmente, suspiró.

—Está bien, voy a intentarlo. No te prometo nada, porque Violet es terca de cojones cuando quiere. Pero... voy a hablar con ella. Si realmente está sufriendo por la presión de sus padres, tal vez entienda tu lado.

Sonreí, aliviado.

—Gracias. De verdad.

—Pero oye, Whitmore —señaló con el dedo, intentando parecer serio—. Si le haces daño, aunque sea de mentira, te acabo. ¿Entendido?

—Entendido perfectamente.

Scarlet negó con la cabeza, todavía luciendo incrédula por estar teniendo esa conversación conmigo.

—Nunca imaginé que un día iba a ayudar a Noah Whitmore a conseguir una novia falsa... Esto es una locura.

—Bienvenida a mi mundo —respondí, riendo bajito.

Nos quedamos un rato más hablando. Ella me contó un poco sobre Violet: lo inteligente que era, cómo vivía atrapada entre los libros y las expectativas de sus padres, cómo rara vez salía de su

zona de confort. Cuanto más hablaba Scarlet, más confirmaba que había elegido a la persona correcta.

Cuando volví al centro de la fiesta, las chicas seguían intentando llamar mi atención, pero apenas las miraba. Mi cabeza estaba en otro lugar.

En Violet.

En esa chica que me había mandado a la mierda y se había ido con la cabeza en alto.

En la chica que, por primera vez en mucho tiempo, me estaba haciendo tener que correr detrás de algo.

Hunter se acercó de nuevo, curioso.

—¿Y? ¿Hablaste con Scarlet?

—Hablé, va a intentar ayudar.

—Joder, eres bueno de verdad.

Sonreí, pero por dentro sentía algo diferente. No era solo el plan, no era solo el hockey.

Era ella.

Violet Harper estaba empezando a meterse en mi cabeza de una forma que no esperaba.

Y estaba extrañamente ansioso por ver hasta dónde llegaría esto.



10

PENSAMIENTOS PELIGROSOS

VIOLET HARPER



Empujé la puerta del apartamento con más fuerza de la necesaria y entré pisando fuerte. El silencio del lugar era un alivio después del ruido ensordecedor de esa maldita fiesta, pero mi cabeza todavía latía con la voz grave de Noah resonando sin parar.

Cerré la puerta y miré la sala oscura, iluminada solo por la luz débil que entraba por la ventana. Y ahí estaba él. El banner tamaño real de Noah Whitmore, con esa sonrisa arrogante, el stick en la mano y el cuerpo absurdamente perfecto dentro del uniforme de los Wolves.

—Idiota presumido —murmuré, señalando con el dedo al póster como si pudiera oírme—. Crees que puedes llegar así con esa cara de que nunca te han rechazado y hacerme una propuesta de esas? Vete a la mierda, Whitmore.

Me quité el hoodie y lo tiré en el sofá, todavía refunfuñando sola. El apartamento estaba en silencio, lo que significaba que Scarlet todavía debía estar divirtiéndose en la fiesta. Mejor así, no quería tener que explicar nada ahora.

Fui directo al baño, abrí la ducha con agua caliente y empecé a quitarme la ropa. El vapor subió rápido, empañando el espejo. Entré bajo el agua caliente y la dejé caer fuerte sobre mi cabeza, intentando lavar toda la noche y, sobre todo, esa conversación idiota con Noah.

Pero cerrar los ojos fue un error.

En cuanto bajé los párpados, la imagen de él volvió con fuerza. Noah parado justo frente a mí en la fiesta, la forma en que se había acercado, su cuerpo ocupando todo mi espacio. La forma en que sus labios se movían mientras hablaba, lentos, provocadores, el calor de su aliento cerca de mi rostro, su olor, esa mirada profunda mirándome como si intentara leer cada uno de mis pensamientos.

Mi cuerpo reaccionó sin permiso, un calor traicionero bajó por mi vientre.

Abrí los ojos de repente, con el corazón acelerado.

—No. No y mil veces no, Violet Harper —dije en voz alta, con el agua cayendo en mi rostro—. No vas a tener un orgasmo pensando en Noah Whitmore. Por más que mida 1,90 y esté bueno de cojones!

Golpeé la pared de la ducha, irritada conmigo misma, agarré el jabón con rabia y empecé a enjabonarme como si pudiera frotar la imagen de él fuera de mi cabeza.

Salí de la ducha todavía bufando, me sequé el cabello rápidamente, me puse un pijama cómodo —shortcito de algodón y una camiseta ancha de la universidad— y fui a la cocina. Abrí la nevera, saqué pan, queso, jamón y tomate, hice un sándwich generoso, de esos que preparo cuando necesito consuelo.

Llevé el plato a la sala, encendí la televisión y me tiré en el sofá. Elegí una comedia romántica ligera, de esas que me encantaba

ver sola, pero todo el tiempo mi mirada traidora iba a parar en el banner enorme de Noah.

—¿Qué pasa? —refunfuñé al póster, dando una gran mordida al sándwich—. Es un romance, me gustan los romances, no soy idiota como tú.

El Noah impreso solo seguía sonriéndome, como si se estuviera riendo en mi cara.

Suspiré e intenté prestar atención a la película. No lo conseguí, mi cabeza volvía una y otra vez a la propuesta absurda que me había hecho.

Noviazgo falso.

¿Qué tipo de persona propone algo así de la nada?

Estaba en la mitad del segundo sándwich cuando la puerta del apartamento se abrió. Scarlet entró, todavía con el maquillaje de la fiesta intacto, cabello revuelto y una sonrisa enorme en el rostro.

—¡Vi! ¡Desapareciste! ¿Por qué te fuiste tan temprano? —preguntó, cerrando la puerta y tirando la bolsa en el sofá.

Pausé la película y la miré.

—Porque no aguanto más de quince minutos en ese circo que tú crees que es el lugar más increíble del mundo.

Scarlet se rio y se tiró a mi lado en el sofá, quitándose los zapatos.

—Cuéntame, ¿qué pasó? Tienes una cara rara.

Respiré hondo. Tenía que contarle, no tenía sentido ocultárselo.

—Noah me hizo una propuesta hoy.

Scarlet abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Noah Whitmore? ¿Propuesta? ¿Qué tipo de propuesta?

—Quiere que finja ser su novia. Un noviazgo falso, solo para mostrarle a su padre que se está “tomando la vida en serio”. Su

padre está amenazando con cortar su patrocinio si no cambia de actitud y, a cambio, él me presenta su mundo.

Scarlet se llevó la mano a la boca, dramática.

—¿Y vas a aceptar, no?

—No, ni pensarlo.

—¿Pero por qué?

—Porque no me interesa ese acuerdo. Y porque odio a Whitmore.

Ella inclinó la cabeza, mirándome con esa cara de quien no cree nada de lo que digo.

—¿Segura? ¿Para las dos cosas?

—Scarlet...

—Vi, necesitas permitirte, estás lejos de tus padres. No tienes nada que perder, tienes veinte años, estás en la universidad... el momento de disfrutar es ahora.

Me reí sin humor.

—La última vez que te escuché y decidí “disfrutar”, amanecí al lado de un idiota que era pésimo en la cama.

Scarlet soltó una carcajada.

—Vale, pero Whitmore no tiene pinta de ser malo en la cama. Por Dios, mira ese cuerpo. Y tú misma dijiste que es un noviazgo falso, ¿no?

—Sí...

—Entonces permítete vivir, Violet, solo un poco. Vives atrapada entre libros y las expectativas de tu padre, tal vez esto sea exactamente lo que necesitas para respirar.

Se inclinó y me dio un beso cariñoso en la frente, como siempre hacía cuando quería convencerme de algo.

—Piénsalo con calma. Voy a ducharme y dormir. Buenas noches, Vi.

—Buenas noches —murmuré.

Scarlet fue a su habitación y cerró la puerta. Me quedé sola en la sala otra vez, con la película todavía pausada en la televisión.

El banner de Noah parecía más grande que nunca.

Tomé el celular, abrí Instagram y me quedé mirando su perfil un rato, luego abrí nuestra conversación.

Mis dedos dudaron sobre el teclado.

Finalmente escribí:

Violet: Si acepto, y mira que hay un SI bien grande ahí, ¿cómo sería esto?

La respuesta de él llegó en menos de un minuto.

Noah: Si aceptas, será todo como tú quieras. Pero realmente necesito que la gente crea que estamos juntos, para que mi padre lo crea.

Mi corazón se aceleró.

Violet: ¿Eso incluye besos?

Noah: Técnicos, claro.

Casi me reí. Técnicos. El tipo era imposible.

Violet: Buenas noches, Whitmore...

Noah: ¿No me vas a dar una respuesta?

Violet: Todavía estoy pensando...

Bloqueé la pantalla del celular y lo tiré en el sofá a mi lado. Me quedé mirando el techo por un largo rato, con el sándwich olvidado en el plato.

Noah Whitmore era todo lo que siempre había dicho que detestaba: arrogante, popular, playboy, el centro de un mundo que yo evitaba.

Pero esa propuesta... por más loca que fuera... había abierto una puerta que ni siquiera sabía que existía dentro de mí.

Una vida social de verdad.

Experiencias nuevas.

La oportunidad de vivir algo diferente de las expectativas de mis padres.

Y, si fuera completamente honesta conmigo misma, una parte pequeña y terca dentro de mí quería descubrir cómo era estar cerca de él sin tener que fingir que lo odiaba todo el tiempo.

Suspiré fuerte.

—Estás jodida, Violet Harper —murmuré para mí misma.

El banner de Noah seguía sonriéndome desde el otro lado de la sala.

Y por primera vez, no lo insulté.

Solo cerré los ojos, sintiendo el corazón latir demasiado fuerte, y me quedé pensando.

Pensando si realmente tendría el valor de decir que sí.

Pensando en el cuerpo de Noah Whitmore, esos músculos, esas manos grandes. No sería hipócrita al decir que nunca me había fijado, claro que me había fijado, y me había fijado bien, especialmente en lo mucho que ciertas partes de su cuerpo marcaban en los shorts de tela fina.



11

JUEGO PELIGROSO

NOAH WHITMORE



La arena estaba ardiendo otra vez.

El rugido de la afición de los Westbridge Wolves llenaba el aire, vibrando hasta dentro de mis huesos. Era otro partido en casa y el equipo estaba dominando. El hielo parecía más liso hoy, el stick más ligero en mi mano, los patines más rápidos. Pero mi cabeza no estaba solo en el disco.

Estaba en ella.

Violet Harper.

La vi desde el calentamiento, sentada en el ala este, fila 28, exactamente donde siempre se sentaba. Cabello suelto, chaqueta negra, intentando fingir que estaba allí por casualidad. Nuestras miradas se cruzaron más de una vez. Cada vez que patinaba cerca

de la barrera, la buscaba. Y ella desviaba la mirada rápido, pero no lo suficientemente rápido.

Puedes fingir todo lo que quieras, Harper. Sé que estás mirando.

En el segundo período, recibí un pase perfecto de Hunter. Corté por la defensa contraria como un cuchillo caliente en mantequilla, driblé al último defensor y solté un tiro seco en la esquina superior.

Gol.

La arena explotó.

Patiné despacio hasta el centro de la pista, respirando con dificultad, el sudor corriendo por mi rostro. Me quité el casco con una mano y, sin pensarlo dos veces, apunté el stick directamente hacia donde ella estaba.

Violet.

Ella me vio apuntando, sus ojos se abrieron por medio segundo antes de ponerlos en blanco con fuerza, cruzando los brazos. Me reí fuerte, incluso con la afición gritando mi nombre. Ese poner los ojos en blanco de ella era mejor que cualquier celebración.

Hunter patinó hasta mí y me golpeó el hombro.

—¿Ahora estás apuntando a las gradas, Whitmore? ¿Te estás poniendo romántico?

—Cállate y juega —respondí, todavía riendo.

El resto del partido fue puro dominio. Ganamos 5 a 2. Cuando sonó el silbato final, la afición gritaba nuestros nombres. Patiné hasta el banco, me quité las protecciones y fui directo al vestuario con todo el equipo vibrando.

En la ducha, mientras el agua caliente caía sobre mi espalda, Hunter se acercó.

—Vi a Violet hoy, estaba allí otra vez.

—Lo sé.

—¿Y le apuntaste? ¿Eso forma parte del plan o solo quieres joderle la cabeza a la chica?

Sonreí, pasándome la mano por el cabello mojado.

—Las dos cosas.

Después de la ducha, mientras me ponía una camiseta y jeans, tomé la decisión.

—Hoy vamos al The Den —avisé al grupo—. Bar en el campus, quiero celebrar como se debe.

Tyler y los demás aceptaron al instante. Tomé el celular y le mandé un mensaje a Scarlet primero, sabiendo que ella era la clave para que Violet apareciera.

Noah: Fiesta en The Den en 40 minutos, lleva a Violet. Es importante.

Scarlet respondió casi inmediatamente con varios emojis animados.

Cuando llegamos al The Den, el bar ya estaba lleno de estudiantes celebrando la victoria. Luces bajas, música alta, olor a cerveza y fritura. Mesas de madera oscura, bancos altos y un ambiente cálido y acogedor. Elegimos una mesa grande al fondo.

Estaba sentado con Hunter y Tyler cuando las vi entrar.

Violet venía justo detrás de Scarlet, pareciendo que la habían arrastrado hasta allí. Blusita negra simple, jeans ajustados y cabello suelto, estaba jodidamente guapa.

Y claramente incómoda en la misma proporción.

Se sentaron en nuestra mesa y no pude dejar de mirarla. Violet desviaba la mirada cada vez que nuestros ojos se encontraban. Pero yo insistía, quería ver hasta dónde aguantaba.

La noche transcurrió entre risas, cervezas e historias del partido. Scarlet estaba en medio del equipo, animadísima. Violet se mantenía más callada, bebiendo despacio, observando todo.

En determinado momento, alguien sugirió un juego.

Body shots.

Toda la mesa vibró de emoción. Vasitos de tequila, limón y sal empezaron a aparecer. Las reglas eran simples: el elegido colocaba el shot en su propio cuerpo y el otro tenía que tomarlo solo con la boca.

Cuando la botella giró y se detuvo apuntando primero a mí y luego a Violet, la mesa explotó en gritos y aplausos.

—¡Joder, va a estar bueno! —gritó Tyler.

Violet me miró furiosa.

Sonreí despacio, quitándome la camiseta negra por la cabeza y revelando el pecho y los hombros definidos. Me senté en la silla en el centro del círculo que se formó.

—Solo si tienes valor, Harper —la provoqué, mirándola directo a los ojos.

Ella entrecerró los ojos, claramente irritada.

—No soy cobarde, Whitmore.

Violet se quitó la chaqueta, quedándose solo con la blusita fina y los jeans. Se recogió el cabello en un moño alto rápido, dejando el cuello expuesto. Mi cuerpo reaccionó antes incluso de que se acercara.

Ella vino hasta mí y, sin dudar, se sentó en mi regazo.

No en cualquier lugar del regazo.

Se sentó exactamente encima de mi polla.

Joder.

El calor de su cuerpo, el peso ligero, los jeans rozándome... Contuve la respiración.

Violet me miró directo al fondo de los ojos, con una pequeña y peligrosa sonrisa apareciendo en sus labios.

—No todo es falso, ¿verdad, Whitmore? —murmuró solo para que yo escuchara, con voz baja y provocadora—. Una polla dura es siempre una polla dura.

Y entonces se movió despacio. Una sola vez, lo suficiente para que yo lo sintiera todo.

Todo mi cuerpo se tensó. Me puse aún más duro al instante, sin poder ocultarlo. Ella lo sintió. Sé que lo sintió.

Violet tomó el vasito de tequila que yo sostenía con la boca, inclinó la cabeza, lo bebió de un trago y lamió sus labios despacio.

Luego se levantó como si nada hubiera pasado, me guiñó un ojo y volvió a su lugar.

Me quedé boquiabierto, sentado en la silla, sin camiseta, la polla latiendo y el corazón golpeando fuerte de cojones.

Toda la mesa estaba gritando, riendo y aplaudiendo. Hunter me golpeaba el hombro, Tyler hacía bromas. Pero yo apenas los oía.

Solo podía mirar a Violet.

Ella estaba roja, respirando un poco más rápido, pero mantenía esa expresión desafiante en el rostro. Como si hubiera ganado la partida.

Y tal vez sí lo había hecho.

Porque por primera vez desde que empecé este plan, ya no estaba seguro de quién estaba jugando con quién.

Me levanté despacio, todavía sin camiseta, y fui hasta ella. Me detuve muy cerca, bajando la cabeza para hablarle al oído, con voz ronca:

—Acabas de declarar la guerra, Harper.

Violet giró el rostro, nuestras narices casi tocándose.

—Solo jugué el juego que tú empezaste, Whitmore.

Sonreí, mordiéndome el labio inferior.

—Entonces prepárate... porque yo solo juego para ganar.

Ella sostuvo mi mirada unos segundos más, luego desvió la vista, pero la comisura de su boca tembló en una casi-sonrisa.

Volví a mi lugar, todavía sintiendo el calor de su cuerpo en mi regazo, su olor en mi nariz y su provocación martilleando en mi cabeza.

La noche apenas estaba comenzando.

Y Violet Harper acababa de demostrar que no era tan correcta como quería hacer creer a todo el mundo.

Yo estaba jodido.

Y, extrañamente, me estaba gustando un montón.



12

NOVIA FALSA

VIOLET HARPER



Mi corazón latía tan fuerte que juraba que él podía oírlo.

Me acerqué a la silla donde Noah estaba sentado sin camiseta, pecho definido, tatuaje discreto en el cuello brillando bajo las luces bajas del bar. Me miró con esa sonrisa provocadora y desafiante. El vasito de tequila ya estaba en su mano.

Solo si tienes valor, Harper.

Yo no era cobarde.

Me quité la chaqueta despacio, quedándome solo con la blusita negra fina y jeans. Me recogí el cabello en un moño alto, sintiendo los ojos de todo el bar encima de nosotros. Entonces, sin darme tiempo para pensarlo demasiado o arrepentirme, subí a su regazo.

Y me senté exactamente donde no debería... o debería, dependiendo de la situación.

Su polla estaba dura. Muy dura. Y era grande. Dios mío... sentí claramente el grosor presionando contra mí a través de los jeans. Un calor instantáneo subió por todo mi cuerpo.

Debe ser enorme, pensé, antes de poder detenerme.

Noah tensó todo el cuerpo debajo de mí. Sus ojos se oscurecieron cuando nuestras miradas se encontraron.

Me incliné un poco más, casi rozando mi nariz con la suya, y murmuré solo para que él escuchara:

—No todo es falso, ¿verdad, Whitmore? Una polla dura es siempre una polla dura.

Me moví despacio, una sola vez, sintiéndolo palpar contra mí. El gemido bajo que escapó de su garganta casi me hizo perder el enfoque.

Tomé el vasito de tequila con la boca, incliné la cabeza hacia atrás y lo bebí de un trago. El líquido bajó quemando, lamí mis labios despacio, me levanté de su regazo como si nada hubiera pasado y le guiñé un ojo.

Noah se quedó boquiabierto, respirando agitado, claramente afectado.

Volví al lado de Scarlet con las piernas un poco temblorosas. Tomé la botella de cerveza de ella y la bebí de un solo trago, sintiendo el alcohol bajar por mi garganta.

Scarlet me miró con la boca abierta.

—¡Violet Harper... ¿qué fue eso?!

Me limpié la boca con el dorso de la mano y respondí, todavía mirando a Noah de reojo:

—Él quería jugar, ¿no? Solo estoy jugando.

—¡Te sentaste en su regazo... justo encima de su polla!

No pude contener la risa.

—Sí, amiga, y parece que trajo el stick al bar.

Las dos caímos en carcajadas. Yo todavía sentía el cuerpo de él contra el mío, el calor, la rigidez. Mi rostro ardía, pero me negaba a demostrarlo.

Estábamos riendo y conversando cuando tres chicas se acercaron a nuestra mesa. La que iba al frente era Rebeka, una de las líderes de porras más famosas y molestas del campus. Cabello rubio platino, cuerpo perfecto y una expresión de quien acababa de chupar limón.

Se detuvo frente a mí y cruzó los brazos.

—¿Quién te crees que eres, Harper? Nunca te interesaron los Wolves y ahora te sientas en el regazo de Noah Whitmore como si fueras su dueña?

Antes de que pudiera responder cualquier cosa, Scarlet se adelantó, toda animada:

—Es su novia. ¿No lo sabían?

Giré la cabeza hacia Scarlet, furiosa.

—¡Scarlet!

Pero no lo desmentí. No pude. Las palabras simplemente no salieron.

Rebeka se rio, incrédula.

—Imposible. Noah no tiene novia.

Scarlet se encogió de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo.

—No con tipos como ustedes, pero con Violet sí. ¿Quieres ver?

Antes de que pudiera impedírselo, Scarlet llamó hacia el otro lado del bar y gritó:

—¡Noah! ¡Ven aquí!

—Scarlet, ¡para! —siseé entre dientes.

Noah apareció segundos después, todavía sin la camiseta que se había quitado para el body shot, caminando con esa postura arrogante que yo tanto odiaba. Se detuvo a mi lado, levantando una ceja.

Scarlet sonrió inocentemente.

—Noah, perdón, sé que querían mantenerlo en secreto, pero como nuestra amiga Rebeka vino a preguntar quién era Violet para sentarse en tu regazo...

Yo interrumpí, levantándome y colocándome a su lado. Pasé mi brazo por el suyo, pegando mi cuerpo al suyo.

—Ella acaba de contar que estamos saliendo.

Noah me miró, luego a Scarlet, y entendió el juego al instante. Una sonrisa lenta se abrió en su rostro.

—Sí... es verdad, estamos saliendo. Y por eso ella puede sentarse en mi regazo y donde más quiera.

Apreté su brazo un poco más fuerte y completé, mirando directamente a Rebeka:

—Y que quede claro que solo yo puedo sentarme en su regazo.

Las tres chicas bufaron. Rebeka me miró de arriba abajo con desprecio.

—Esto es imposible. Ella es sosa.

Dieron media vuelta y se fueron refunfuñando. Yo bufé y puse los ojos en blanco.

Scarlet se rio, aplaudiendo bajito.

—Esa es mi señal para irme también. Disfruten, pareja.

Y simplemente se fue, dejándome sola con Noah en el rincón del bar.

Intenté soltar su brazo, pero Noah tomó mi mano.

—Parece que tu respuesta fue sí —dijo, sonriendo.

—Me vi forzada a hacer esto.

Noah negó con la cabeza, divertido.

—Harper, por favor. Tú no eres el tipo de chica que se deja forzar a nada. Dijiste que eras mi novia porque quisiste.

Levantó la mano y pasó los dedos delicadamente por mi rostro, apartando un mechón de cabello que se había escapado del moño. El toque fue tan suave que me dejó confundida.

Lo miré, sin saber qué decir.

Noah se acercó más, con voz baja:

—Rebeka ya se lo contó a todo el bar. Todo el mundo nos está mirando ahora. Tal vez sea hora de ese beso técnico del que hablamos antes.

—¿Ahora? No sé dar besos técni...

No me dejó terminar.

Noah tomó mi rostro con ambas manos y pegó sus labios a los míos.

Y aquello no fue nada técnico.

Fue caliente, profundo. Su lengua pidió paso y yo, idiota que soy, se lo di. Lo besé de vuelta con la misma intensidad, una de mis manos subiendo por su pecho desnudo. Todo el bar explotó en aplausos y silbidos.

Escuché la voz de Hunter gritando por encima de la música:

—¡Viva la nueva pareja de Westbridge! ¡Perdimos a un soldado, el 27 fue abatido!

Cuando nos separamos, yo estaba sin aliento. Noah apoyó su frente en la mía por un segundo.

—Eso no fue un beso técnico —murmuré, todavía sintiendo su sabor en la boca.

Noah sonrió, con los ojos oscuros.

—Como dijiste cuando estabas sentada en mi regazo... no todo puede ser falso, Violet.

Nos quedamos un rato más en el bar. Yo intentaba actuar con normalidad, pero todo mi cuerpo todavía hormigueaba por el beso. Noah no se apartaba de mi lado, su brazo rozando el mío ocasionalmente, como si ahora que el “secreto” había sido revelado, quisiera que todo el mundo lo viera.

Cuando finalmente decidimos irnos, yo ya estaba dirigiéndome hacia la salida cuando él tomó mi mano.

—Oye, novia... te voy a llevar a casa.

—No hace falta. Mi apartamento está cerca.

Noah apretó mi mano con firmeza.

—Lo sé dónde está tu apartamento, Violet. Pero no voy a dejar a mi novia caminar sola a esta hora por el campus.

—Novia falsa, recuerda eso.

—No lo olvidé. Pero me voy a enojar de verdad si te pasa algo estando sola.

Puse los ojos en blanco, pero terminé cediendo.

—Está bien, vamos. Deja que avise a Scarl...

Los dos miramos hacia el rincón del bar. Scarlet estaba apoyada contra la pared, dándose unos besos bastante intensos con un chico alto que nunca había visto.

Noah se rio bajito.

—Parece que está ocupada.

—Parece.

Él extendió la mano hacia mí otra vez. La tomé.

Fuimos hasta su coche en silencio. El aire de la noche estaba fresco. Puso el auto en marcha y cuando llegamos frente a mi edificio, abrí la puerta para bajar, pero Noah sujetó mi brazo.

—Espera. Vi a unas chicas detrás del árbol espiando. Tiene que haber beso de despedida.

—¿En serio? ¿Ellas qué son? ¿Psicópatas?

—Si te cuento de lo que son capaces, te asustas.

Sonreí, negando con la cabeza. Noah se inclinó sobre la consola del coche y me besó otra vez.

Esta vez fue diferente, más lento, más profundo. Mis manos subieron por su pecho, tirando de la camiseta. Él metió los dedos en mi cabello, sujetando mi nuca e inclinando mi cabeza. Cuando su boca bajó a mi cuello, solté un suspiro involuntario.

—¡Basta! —conseguí decir, apartándome.

Noah tenía los ojos oscuros, la respiración pesada.

—Wow, Harper.

Bajé del coche con las piernas débiles.

—Soy una buena actriz, Whitmore.

Él se quedó mirándome mientras caminaba hasta la puerta. Antes de entrar, me giré, sonreí y negué con la cabeza, como si no creyera en lo que acababa de pasar.

Entré en el apartamento y cerré la puerta, apoyando la espalda contra ella.

Mi corazón todavía estaba acelerado.

Y definitivamente, ya no estaba tan segura de odiar tanto a Noah Whitmore.



13

SOLO UN ACUERDO

NOAH WHITMORE



Me quedé sentado dentro del coche unos minutos más después de que Violet entrara al edificio. La luz de la ventana de su apartamento se encendió en el segundo piso y no podía quitar los ojos de allí.

Si ella descubre que inventé esa historia de chicas detrás del árbol solo para besarla de nuevo... me mata.

Sonreí solo en la oscuridad, pasando la mano por el volante.

Valía la pena el riesgo.

Joder, y cómo valía.

Besaba de puta madre.

La forma en que tiró de mi camiseta, cómo correspondió al beso, cómo gimió bajito cuando bajé a su cuello... todo eso todavía estaba grabado en mi cabeza.

Me quedé mirando su ventana hasta que la luz se apagó. Solo entonces encendí el coche y me fui.

Cuando llegué a La Casa, todavía había gente despierta. Tyler estaba tirado en el sofá de la sala enorme, viendo un partido antiguo en la TV, cerveza en la mano y pies encima de la mesa de centro.

Tiré las llaves en la mesita y me senté a su lado, apoyando la cabeza en el sofá.

—¿Y, Whitmore? —dijo Tyler sin quitar los ojos de la pantalla—. ¿Ese rollo con Violet Harper es en serio?

Solté una risa baja y me pasé la mano por la cara.

—No. En realidad, es un acuerdo.

Tyler pausó el partido y giró todo el cuerpo hacia mí, levantando una ceja.

—¿Cómo que un acuerdo, Noah?

Respiré hondo, apoyándome más en el sofá y mirando al techo.

—Mi padre me amenazó. Dijo que no me tomo nada en serio, que mi vida es solo hockey y mujeres, que el apellido Whitmore se está convirtiendo en broma. Hunter tuvo la idea de que llevara a alguien en serio para que él creyera que había cambiado. Pero tenía que ser un noviazgo falso. Entonces sugirió a Violet: inteligente, reservada, buenas notas, familia rica... el completo opuesto de todo lo que suelo hacer. Es perfecta para conquistar a mi padre.

Tyler se quedó en silencio un segundo, luego soltó un silbido bajo.

—¿Solo tu padre? ¿Y el beso que vi en el bar hoy? Eso no parecía nada falso, hermano.

Sonreí, pero no respondí de inmediato. Me quedé mirando al vacío, recordando su boca en la mía.

—Buenas noches, Ty. Voy a subir.

Él solo asintió con la cabeza, todavía mirándome como si intentara descifrar algo.

Subí las escaleras despacio y entré en mi habitación. Tiré la camiseta al suelo, me quité los jeans y me acosté solo en bóxer en la cama enorme. El techo estaba oscuro, pero mi cabeza no paraba.

Cerré los ojos y ahí estaba ella otra vez.

Violet en mi regazo en el bar, el calor de su cuerpo, la forma en que se movió despacio, provocadora, sabiendo exactamente lo que estaba haciendo. La boca caliente tomando el shot. Luego el beso en el bar, el beso en el coche.

Joder, Whitmore! Eso no formaba parte del plan.

Me estaba obsesionando.

Y la obsesión no era algo que soliera sentir. Nunca.

Me giré de lado, intentando dormir, pero el olor de ella todavía parecía pegado a mi piel.



Al día siguiente, detuve el coche justo frente a su apartamento. Apagué el motor y esperé, tamborileando los dedos en el volante.

Violet salió por la puerta unos minutos después. Me vio, pero fingió que no. Empezó a caminar en dirección opuesta.

Toqué la bocina dos veces y sonreí ampliamente cuando giró el rostro, poniendo los ojos en blanco. Vino caminando hasta el coche con cara de quien estaba siendo obligada a hacer un examen sorpresa.

Abrió la puerta del pasajero y entró, cerrándola un poco más fuerte de lo necesario.

—¿Qué estás haciendo aquí, Noah?

—Vine a buscar a mi novia —respondí, encendiendo el coche—. ¿Recuerdas que la gente tiene que creer que estamos juntos de verdad?

Ella bufó, cruzando los brazos.

—Lo sé, pero no necesitas venir a buscarme y traerme todos los días. Las parejas normales no hacen eso.

—Harper, definitivamente estabas saliendo con los chicos equivocados.

—Antes estuviera saliendo con alguien —dijo poniendo los ojos en blanco.

Me reí, mirándola de reojo mientras conducía.

—Los novios idiotas no hacen esto. Yo sí. Aunque sea un noviazgo falso, voy a dar lo mejor de mí, Harper. Quieras o no.

Violet me miró de reojo.

—No tengo elección, ¿verdad?

—No. —Tomé una bolsa del asiento trasero y se la entregué—. Y por cierto, esto es para ti.

Ella abrió la bolsa y sacó la camiseta de los Wolves. Azul, con el lobo plateado en el pecho, mi apellido "WHITMORE" y el número 27 en la espalda.

—Hoy hay partido. Y tienes que estar allí.

Violet sostuvo la camiseta abierta, mirándola como si fuera una prenda radioactiva.

—¿Y quieres que use esto?

—Sí. Es lo que usaría una novia.

—Esto ya está rozando lo ridículo, Noah. No voy a usar esto, ni siquiera tengo nada que combine.

Sonreí, mirando la carretera.

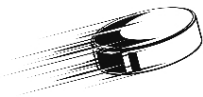
—Te diría que uses solo ella. Debe quedarte sexy de cojones, pero sé que vas a encontrar algo que combine.

Violet giró el rostro hacia mí, sorprendida.

—Nunca vas a verme usando solo esta camiseta, Noah.

—Aún no —respondí, guiñando un ojo—. Pero “nunca” es una palabra peligrosa, Harper.

Ella bufó irritada, pero guardó la camiseta en la mochila. El resto del camino estuvo lleno de provocaciones leves y miradas de reojo. Me estaba gustando demasiado esto.



Por la noche, en la arena, estaba demasiado ansioso.

Ya había hecho el calentamiento, pero mis ojos no paraban de buscar en las gradas. La fila 28 estaba vacía, mi estómago se apretó. ¿No había venido?

Hasta que la vi.

No estaba en su fila de siempre. Estaba en la zona VIP, muy cerca de la barrera, usando mi camiseta. La camiseta de los Wolves con mi nombre y número en la espalda, abajo unos jeans ajustados que marcaban sus piernas y, sobre todo, su culo. Cabello suelto cayendo sobre los hombros.

Jodidamente guapa.

Sonreí sin poder evitarlo.

Patiné hasta la barrera y ella se acercó, un poco tímida, pero con esa mirada desafiante que ya adoraba.

—Te dije que encontrarías algo —dije, apoyando las manos en la barrera.

—Fue todo lo que conseguí —respondió, mirando la camiseta como si todavía no creyera que la estaba usando.

—Estás preciosa, Harper.

Sin pensarlo, sujeté la parte de atrás de su cabeza, tiré de Violet hacia mí y la besé por encima de la barrera. Un beso firme, posesivo, de esos que dejan claro para todo el mundo quién era ella ahora.

Varias personas alrededor empezaron a fotografiar y grabar. Escuché flashes y gritos.

Cuando nos separamos, Violet tenía las mejillas sonrosadas.

Apoyé mi frente en la de ella por un segundo.

—Gracias por venir.

Ella puso los ojos en blanco, pero la comisura de su boca subió en una pequeña sonrisa.

—Es solo un acuerdo, Whitmore. No te acostumbres.

Me reí, patinando de vuelta al centro de la pista.

Solo un acuerdo.

Sí. Me repetía eso a mí mismo.

Pero mientras la miraba en la zona VIP, usando mi camiseta, mi nombre en su espalda... ya no estaba tan seguro.

Y eso era extremadamente peligroso.



14

CAMISETA DEL ENEMIGO

VIOLET HARPER



Estaba parada en medio de la habitación, mirando la camiseta de los Wolves extendida en la cama como si pudiera morderme.

La camiseta azul con el lobo plateado en el pecho, el apellido "WHITMORE" grande en la espalda y el número 27 justo debajo era pesada, suave y tenía su olor.

No debería haber hecho esto.

Pero lo hice.

Tomé la camiseta con ambas manos, la llevé hasta mi rostro e inspiré despacio. Su perfume, amaderado, fresco, con un toque más masculino y caro invadió mis fosas nasales. Cerré los ojos por un segundo. Era el mismo olor que sentí cuando me besó en el coche.

El mismo olor que se quedó pegado en mi piel después de que sujetara mi nuca y bajara la boca por mi cuello.

Un escalofrío subió por mi columna.

—Mierda, Violet... —murmuré.

Abrí los ojos y miré mi reflejo en el espejo grande de la habitación. Me puse la camiseta por encima de la blusita básica que llevaba. Le quedaba un poco holgada en los hombros, pero caía perfectamente en mi cuerpo. El 27 en mi espalda parecía enorme, como si fuera una puta marca, la marca de él, como si yo perteneciera a Noah Whitmore.

Me giré de lado, mirando por encima del hombro.

—¿Quién eres ahora, Violet? —le pregunté a mi reflejo, con voz baja e incrédula—. ¿De verdad estás usando la camiseta de ese idiota arrogante?

El espejo no respondió. Solo me devolvió la imagen de una chica que, hasta hacía pocos días, juraba por sus muertos que nunca, jamás, usaría nada relacionado con los Wolves.

Y ahora aquí estaba yo, preparada para ir al partido, como novia oficial del número 27.

La puerta de la habitación que había dejado solo entreabierta se abrió de repente y Scarlet entró como un huracán, ya vestida con la chaqueta de los Wolves y una sonrisa que ocupaba la mitad de su rostro.

—¿Lista? ¡Dios mío, Vi... mírate! —Se detuvo en medio de la habitación, llevándose las manos a la boca—. ¡Estás usando su camiseta! Tipo... usándola de verdad!

—No empieces —refunfuñé, tomando mi chaqueta jeans para ponérmela por encima.

—¡Estás preciosa! En serio. El 27 te queda perfecto, las chicas van a volverse locas cuando te vean en la zona VIP.

—Solo estoy haciendo lo que dice el acuerdo —respondí, intentando sonar indiferente—. No es nada del otro mundo.

Scarlet se rio alto y me tiró del brazo, arrastrándome fuera de la habitación.

—Claro que no. Por eso oliste su camiseta antes de ponértela, ¿no?

Me detuve en medio del pasillo, con los ojos muy abiertos.

—¡Yo no la olí!

—Mentirosa, lo vi por la rendija de la puerta. Estabas toda derretida.

—Scarlet, juro que te voy a matar.

Ella solo se rio más mientras salíamos del apartamento.

El camino hasta la arena fue una tortura agradable. Scarlet no paraba de hablar: "Eres oficialmente la novia del chico más codiciado del campus", "Rebeka debe estar carcomiéndose de envidia", "Espera a que circulen las fotos". Yo respondía con monosílabos, pero por dentro mi estómago era un nudo.

Cuando llegamos a la arena, el ruido ya era ensordecedor: luces fuertes, música alta, afición vestida de blanco y azul. En cuanto entramos en la zona VIP, varias miradas cayeron sobre nosotras, más específicamente sobre mí.

Algunas chicas de la porra organizada me miraron de arriba abajo. Una de ellas susurró algo a su amiga, que me miró con cara de asco. Otra simplemente giró el rostro, fingiendo que no me había visto.

Levanté la barbilla y apreté más fuerte el brazo de Scarlet.

—Que miren —murmuró Scarlet cerca de mi oído, vibrando de emoción—. Tú eres la novia de Noah Whitmore, que se jodan.

Nos sentamos en nuestros lugares, muy cerca de la barrera. La pista brillaba bajo las luces, el equipo ya estaba en el calentamiento. Intenté no buscarlo, pero fue imposible.

Noah patinaba con esa confianza absurda, stick en la mano, cabello revuelto. Cuando me vio, se detuvo por medio segundo. Sus

ojos bajaron por la camiseta que yo llevaba —su camiseta— y una sonrisa lenta y satisfecha se apoderó de su rostro.

Mi corazón dio un salto idiota.

El partido comenzó e intenté prestar atención a las jugadas, pero mi cabeza estaba en otro lugar. Cada vez que Noah pasaba cerca de nuestra sección, me miraba. Y cada vez yo sentía un maldito frío en el estómago.

Al final del segundo período, hizo un gol precioso. La arena explotó y antes de que pudiera procesarlo, Noah patinó directo hacia la barrera, se quitó el casco, sujetó mi rostro con ambas manos por encima de la barrera y me besó.

Fue un beso firme, posesivo.

Todo a nuestro alrededor se volvió borroso: flashes de celulares, gritos, aplausos. Cuando se apartó, mis labios todavía hormigueaban.

¿Por qué estos besos no parecen nada falsos?

¿Y por qué me gusta tanto cuando me besa?

Scarlet estaba saltando a mi lado, gritando y abrazándome.

—¡Dios mío, Vi! ¡Eso fue tan romántico! ¡Ustedes son la pareja del año!

Solo pude sonreír sin gracia, con el rostro ardiendo.

El resto del partido pasó sin que me diera cuenta. Los Wolves ganaron de calle, lo cual no era novedad, realmente eran buenos. Cuando sonó el silbato final, Noah vino patinando hasta la barrera otra vez, sudor corriendo por su rostro, sonrisa enorme.

—La vista es mejor en la zona VIP, ¿no? —dijo, con voz ronca por el partido.

—Parece que hay algunos beneficios para las novias.

Miró la camiseta una vez más, claramente satisfecho.

—Te queda mejor de lo que imaginaba.

—No te acostumbres —respondí, cruzando los brazos.

Scarlet se inclinó entre los dos.

—Ustedes dos son absurdamente lindos juntos. Voy a buscar agua, ¡no hagan nada que yo no haría!

Guiñó un ojo y se fue, dejándonos relativamente solos cerca de la barrera.

Noah apoyó los antebrazos en la barrera, acercándose más a mí.

—Gracias por venir. De verdad.

Me encogí de hombros, intentando mantener la pose.

—Era parte del acuerdo, ¿no?

—Lo era, pero no tenías que usar la camiseta.

—Prácticamente me obligaste.

Se rio bajito, ese sonido grave que ya estaba empezando a reconocer.

—Solo lo sugerí, tú elegiste usarla. Y te queda jodidamente linda, Harper.

Puse los ojos en blanco, pero no pude contener la pequeña sonrisa que escapó.

—Eres imposible.

—Y tú estás usando mi nombre en la espalda. Creo que estamos en paz.

Nos quedamos allí unos minutos más, hablando tonterías mientras la pista se vaciaba. El olor a hielo, sudor y victoria flotaba en el aire y yo todavía sentía el sabor de su beso en la boca.

Y por más que intentara convencerme de que todo esto era falso...

Mi cuerpo y mi corazón parecían no haber recibido el memorándum.

Estaba conversando con Tyler mientras Noah fue al vestuario. Me dijo que iba a ducharse rápido y que volvería pronto, como si no

quisiera estar lejos mucho tiempo.

Cuando finalmente salimos de la arena, Scarlet reapareció, todavía eufórica.

—¿Vieron cómo Rebeka se puso verde de envidia? ¡Casi me muero de risa!

Solo pude negar con la cabeza, caminando entre los dos.

Noah caminaba a mi lado, su hombro rozando el mío de vez en cuando. Cada toque, aunque pequeño, parecía cargado.

Y yo ya no sabía si estaba fingiendo.

O si estaba empezando a gustarme de verdad esta locura.

Scarlet prácticamente saltaba a mi lado mientras caminábamos hacia el estacionamiento.

—Vi, ideo fue épico! ¡Todo el mundo lo filmó! ¡Mañana todo el campus va a estar hablando de ustedes!

Solo podía negar con la cabeza, todavía con el corazón acelerado.

—Scarlet, por favor, respira.

Estábamos casi llegando al coche de Noah cuando ella se detuvo de repente, mirando fijamente su celular.

—Ah no... —murmuró.

—¿Qué pasa?

Scarlet giró la pantalla hacia mí, con el rostro pálido.

—Parece que están fumigando los apartamentos esta noche. Recibí un mensaje ahora, no podemos dormir allí, solo lo liberan mañana por la tarde.

Miré indignada.

—¿No revisaste el correo otra vez, Scarlet? ¿En serio? ¿Y ahora dónde vamos a dormir?

Se encogió de hombros, culpable.

—¡Juro que se me olvidó! Estaba tan emocionada con el partido y contigo siendo la novia oficial de Noah que...

Antes de que pudiera entrar en pánico, Noah, que estaba unos pasos atrás, se acercó.

—Pueden quedarse en mi casa —dijo él, naturalmente, como si estuviera ofreciendo un vaso de agua—. No hay problema.

Scarlet abrió mucho los ojos, casi brillando.

—¿En serio? ¿Podemos quedarnos?

—¡No! —respondí inmediatamente, girándome hacia él—. Vamos a otro lado.

—¿Qué otro lado, Violet? —preguntó Scarlet, dramática—. Estoy muy lejos de la casa de mis padres y ya es tarde.

Noah me miró con esa sonrisa irritante de quien sabía que había ganado.

—Vamos, hacemos algo para comer. A Tyler le encanta hacer sándwiches que están muy buenos.

Respiré hondo, cerrando los ojos por un segundo.

—¿Qué más podría salir mal hoy? Vamos entonces...

El trayecto hasta La Casa de los Wolves fue silencioso, al menos de mi parte. Scarlet y Noah conversaban animados por el retrovisor, mientras yo miraba por la ventana, intentando ignorar el hecho de que estaba usando su camiseta y ahora iba a dormir en su casa.

Cuando llegamos, la mansión era exactamente como la imaginaba: enorme, moderna, con luces exteriores encendidas y el logo de los Wolves discretamente iluminado en la fachada. En cuanto entramos, Noah avisó:

—Hunter, Tyler! ¡Tenemos visitas hoy! El apartamento de ellas va a ser fumigado.

Hunter bajaba las escaleras con una mochila al hombro. Sonrió al vernos.

—Pónganse cómodas, yo estoy saliendo, pero están bienvenidas. Cualquier cosa solo griten.

Tyler, que estaba en la cocina, apareció con una sonrisa gigante.

—¡Sándwiches! Yo hago los mejores de Westbridge. Scarlet, ¿quieres ayudar?

—¡Claro! —respondió ella, ya corriendo hacia la cocina.

Me quedé parada en medio de la sala enorme, mirando alrededor. Las paredes tenían fotos gigantes del equipo, trofeos en estanterías, una bandera de los Wolves colgada como decoración.

Era el paraíso de los Demonios del Hockey.

Mi atención se detuvo en una foto más pequeña, enmarcada, encima de una estantería. Noah de niño, unos ocho o nueve años, con equipo completo de hockey, sonriendo de oreja a oreja, sosteniendo un stick casi más grande que él.

La tomé con cuidado.

De repente, sentí un cuerpo caliente detrás de mí. Noah se acercó tanto que su pecho rozó mi espalda.

—Era un niño bonito, ¿no? —murmuró muy cerca de mi oído, con voz baja y divertida.

Di un pequeño salto del susto y casi tiro la foto. Noah se rio, sujetando mi cintura por un segundo para equilibrarme.

—Idiota —refunfuñé, colocando la foto de vuelta—. ¿Siempre te gustó el hockey? —pregunté, intentando cambiar de tema.

Noah se apoyó en el mueble a mi lado, mirando la foto con una sonrisa más suave.

—Sí. Mi tío materno jugaba. Cada vez que iba a sus partidos, me quedaba fascinado. El hielo, la velocidad, la afición... era mágico para mí. Empecé a patinar con cuatro años. Era el único lugar donde me sentía... libre.

Hizo una pausa, pasándose la mano por el cabello.

—Pero la fama... eso lo cambió todo. Las chicas, las fiestas, las redes sociales, todo el mundo queriendo un pedazo de mí. Al principio me parecía increíble. Hoy en día... ya no lo veo igual. Si pudiera, viviría en el anonimato. Solo jugar, sin toda esta presión.

Lo miré, sorprendida.

—No imaginaba que te sintieras así.

Noah esbozó una media sonrisa.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, Violet. Cosas que nadie sabe, en realidad.

Antes de que pudiera responder, Tyler gritó desde la cocina:

—¡Sándwiches listos!

Comimos en la isla de la cocina, riendo de las historias absurdas que Tyler contaba sobre los entrenamientos. Scarlet estaba en el paraíso, conversando y divirtiéndose. Yo, por otro lado, no podía dejar de mirar a Noah de reojo.

Cuando llegó la hora de dormir, Noah me llevó hacia las escaleras.

—No tienes que tener miedo —dijo sonriendo.

—No voy a dormir en tu habitación —respondí de inmediato.

Noah levantó una ceja.

—¿Y vas a dormir dónde? ¿En el sofá de la sala?

Scarlet, que estaba justo detrás, ya se había tirado en el sofá enorme de la sala de estar.

—¡Ese no! ¡Ese ya es mío!

Tyler apareció en el pasillo, riendo.

—Podría sugerir el cuarto de Hunter, pero va a llegar de madrugada con alguna chica y puedes terminar participando en una orgía sin querer.

—¡Eca, qué asco! —dije, haciendo una mueca.

Noah se rio y extendió la mano hacia mí.

—Entonces, Harper... ¿vamos?

Puse los ojos en blanco, pero terminé subiendo las escaleras detrás de él.

La habitación de Noah era sorprendentemente ordenada. Trofeos alineados en una estantería, una bandera de los Wolves sobre el cabecero de la cama king size, algunas fotos del equipo y... libros. De verdad. Tenía una pequeña estantería con novelas y biografías.

Sonreí al ver una copia bastante gastada de *Cincuenta sombras de Grey*. Saqué el libro y se lo mostré.

—Confiesa... ¿estabas aprendiendo con el señor Grey?

Noah se rio de verdad, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Yo aprendiendo? Él es quien debería aprender de mí. El tipo es un idiota. “Yo no hago el amor, yo follo fuerte”? ¿Quién dice eso? ¿Y ese contrato ridículo?

Devolví el libro a su lugar, riendo.

—Solo no hicimos el contrato, pero también estamos en un acuerdo, Whitmore.

—Claramente el de él fue más ventajoso. Podemos hacer un contrato, con cláusulas parecidas...

—Ni de coña.

Noah se rio de nuevo y, por un segundo, me quedé solo mirándolo sonreír. Era una sonrisa diferente, más ligera, más real.

—Voy a buscar algo de ropa para que duermas —dijo, abriendo un cajón.

—No hace falta preocuparse.

—No vas a dormir en jeans, ¿verdad?

Me entregó una camiseta negra enorme suya y un short de algodón. Fui a cambiarme al baño. Cuando volví, Noah había colocado un colchón en el suelo al lado de la cama.

—La cama es tuya —dijo simplemente, acostándose en el colchón.

Crucé los brazos sobre el pecho, todavía de pie.

—No voy a dormir en esa cama donde mil chicas ya durmieron.

Noah sonrió, mirando al techo.

—Ninguna chica ha dormido ahí, no literalmente. Solo pasaron algunas horas. Pero quédate tranquila, las sábanas fueron cambiadas hoy.

Puse los ojos en blanco, pero terminé acostándome en la cama enorme. La almohada tenía su olor. Crucé los brazos sobre el cuerpo, mirando al techo.

Después de un largo silencio, pregunté bajito:

—Noah... ¿cuál es tu sueño?

Tardó un tiempo en responder. Cuando habló, su voz estaba más baja, casi vulnerable.

—Quería volver a ser ese niño de la foto.

Giré el rostro para mirarlo en el suelo.

—¿Por qué?

—Ese niño era inocente, no cargaba el peso del mundo sobre sus hombros. No necesitaba ser perfecto todo el tiempo, no necesitaba sonreírle a todo el mundo, no necesitaba ser el Noah Whitmore que todo el mundo espera que sea. Solo quería jugar hockey y ser feliz.

El silencio que siguió fue cómodo. La verdad era que no sabía qué responder, y por primera vez sentí que tal vez... solo tal vez... Noah Whitmore era mucho más que el idiota arrogante que yo creía que era.



15

TORMENTA

NOAH WHITMORE



Estaba acostado en el colchón en el suelo, mirando al techo oscuro de mi habitación, y el sueño simplemente no llegaba.

El silencio era casi absoluto, roto solo por el sonido suave y rítmico de su respiración. Violet dormía en mi cama, enrollada en mis sábanas, el cuerpo pequeño ocupando solo una esquina de la cama enorme. Podía oír cada inspiración lenta, cada suspiro leve.

Era extraño de cojones.

Por primera vez en la vida, tenía a una mujer en mi habitación... y no estábamos follando. No había gemidos, no había ropa tirada por el suelo, no había la prisa de siempre. Solo ella durmiendo y yo aquí abajo, completamente despierto, pensando en ella.

Sonreí solo en la oscuridad.

Recordé la forma en que sonrió hoy en la barrera después del partido, incluso intentando disimular. Esa sonrisa pequeña, casi a regañadientes. Joder, qué bonita era. Todavía sentía el sabor del beso que le di frente a todo el mundo. Y ahora, aquí, sabiendo que estaba usando mi camiseta para dormir... mi pecho se apretaba de una forma diferente.

Solo podía pensar que estaba jodido. Esa era la verdad. Esa chica era diferente de todas las que había tenido.

Fue entonces cuando un trueno explotó en el cielo, tan fuerte que sacudió la ventana. Un rayo cortó la oscuridad, iluminando toda la habitación por una fracción de segundo. Y entonces la tormenta cayó de verdad: lluvia pesada golpeando contra el vidrio, viento aullando, más truenos resonando uno tras otro.

Oí a Violet moverse bruscamente en la cama.

—No... —su voz salió baja, temblorosa.

Me senté en el colchón inmediatamente.

Otro trueno estalló, más alto esta vez.

Violet soltó un sollozo ahogado y se encogió toda, abrazando las rodillas. Su respiración cambió rápido, se volvió corta, demasiado rápida. Podía ver su pecho subiendo y bajando desesperado incluso en la penumbra.

—Violet... —la llamé suavemente, levantándome.

Ella no respondió. Estaba teniendo un ataque de ansiedad. Ojos muy abiertos, cuerpo temblando, lágrimas silenciosas ya corrían por su rostro.

Subí a la cama despacio, sin hacer movimientos bruscos.

—Oye... estoy aquí contigo —murmuré, con la voz lo más calmada y firme posible—. No tienes que tener miedo, estoy justo aquí, Violet.

Ella giró el rostro hacia mí, los ojos llenos de pánico.

—Yo... odio los truenos... odio... no puedo... mi habitación... necesito mi habitación...

—Shhh... ven aquí.

La atraje con cuidado a mis brazos. Ella resistió medio segundo, luego se entregó, enterrando el rostro en mi pecho. La abracé con fuerza, una mano en su espalda, la otra acariciando su cabello despacio.

—Respira conmigo. Despacio... eso. Inspira... espira. Estoy aquí, no voy a salir de tu lado. Lo prometo.

La lluvia caía fuerte afuera, pero yo seguí hablando bajito en su oído. Palabras tontas, cualquier cosa para distraerla.

—Estás segura, es solo ruido. No voy a dejar que nada te alcance, ni la tormenta, ni nada.

Violet agarró mi camiseta con fuerza, el cuerpo todavía temblando. Besé la parte superior de su cabeza, luego la frente, luego bajé despacio hasta su rostro mojado de lágrimas.

Cuando nuestros labios se encontraron, no fue planeado.

Fue suave al principio, caliente, verdadero, sin público, sin fingimiento. Solo ella y yo en medio de la tormenta.

Violet correspondió, su boca se abrió contra la mía, las manos subiendo a mi cuello. El beso se volvió más profundo, más urgente. Sujeté su rostro con ambas manos, sintiendo el sabor salado de las lágrimas mezclado con el de ella.

Cuando nos separamos, ella estaba jadeando.

—No hay nadie aquí para impresionar, Noah... —susurró, con voz ronca.

Apoyé mi frente en la de ella, respirando el mismo aire.

—Lo sé, y ese beso no fue para impresionar a nadie, fue para ti.

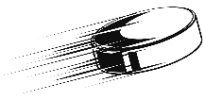
Violet se apartó un poco, los ojos confundidos y asustados.

—Esto no podía haber pasado...

—Lo siento —dije bajito, sincero—. No va a repetirse. Lo prometo.

Ella asintió, todavía temblando. Me acosté de nuevo en el colchón, pero extendí la mano hacia arriba. Violet dudó solo dos segundos antes de tomar mis dedos. Me quedé sosteniendo su mano, acariciando el dorso con el pulgar, hasta que su respiración volvió a la normalidad y finalmente se durmió otra vez.

Me quedé despierto un buen rato más, solo sintiendo la piel caliente de ella contra la mía.



Me desperté antes del amanecer.

Violet todavía dormía profundamente, el cabello esparcido en la almohada, mi camiseta grande demais para ella. Se veía tan pequeña y tranquila ahora. Me quedé unos minutos solo mirándola, sintiendo algo extraño y cálido en el pecho.

Bajé en silencio, preparé el desayuno: huevos revueltos, tostadas, jugo, café fresco, puse la mesa con cuidado.

Tyler ya había llevado a Scarlet al apartamento de ellas para recoger algunas cosas.

Violet bajó unos veinte minutos después, cabello revuelto, todavía usando mi camiseta por encima del short. Se detuvo en la entrada de la cocina, mirando la mesa puesta.

—Buenos días, Harper. ¿Dormiste bien? —pregunté mirándola.

—Más o menos —respondió acercándose a la isla de la cocina—. Tu cama es muy grande.

Sonreí y puse el plato frente a ella.

—No me digas que preparaste el desayuno...

Sonreí, volteando las últimas tostadas.

—Sí, lo preparé. Espero que te gusten los huevos y las tostadas.

Se sentó despacio, todavía medio dormida, y me dedicó una sonrisita tímida.

—Sí... me gustan. Gracias.

Nos sentamos uno frente al otro. El silencio era cómodo, diferente.

—El próximo partido es contra la UCLA —comenté, sirviéndole jugo—. Va a ser duro, tienen un buen ataque.

—Vas a hacerlo bien —dijo ella, untando mantequilla en la tostada—. Como siempre.

—¿Ahora estás animándome, Harper? —la provoqué, levantando una ceja.

Violet puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo.

—Estoy animando para no tener que fingir que soy tu novia por mucho más tiempo.

—Mentira. Te estás divirtiendo.

—Sueña, Whitmore.

Nos reímos, y por primera vez, su risa no parecía forzada.

Mientras comíamos, no podía dejar de pensar que tal vez este acuerdo se estaba convirtiendo en algo mucho más grande de lo que había planeado, y en el fondo no quería que terminara.



16

CELOS Y VERDADES

VIOLET HARPER



Me desperté despacio, parpadeando contra la luz suave que entraba por la ventana de la habitación. Por un segundo, no reconocí dónde estaba. Las sábanas eran demasiado suaves, la cama demasiado grande, y el olor... el olor era de él.

Me senté en la cama, pasándome la mano por el rostro. La camiseta enorme de Noah se deslizó por mi hombro. Los recuerdos de la noche anterior volvieron como una avalancha.

La tormenta. Los truenos. Yo temblando. Noah subiendo a la cama, atrayéndome a sus brazos, la voz calmada y firme diciendo "estoy aquí contigo". La forma en que me abrazó, cómo acarició mi cabello, cómo me besó...

Toqué mis labios con la punta de los dedos y sonreí sola, una sonrisa tonta y traidora.

—Idiota —murmuré para mí misma—. Solo fue un beso de consuelo, no significa nada.

Pero todo mi cuerpo todavía recordaba la sensación. Del calor de él, de la seguridad extraña que sentí en los brazos del chico que juraba que odiaba.

Me levanté de la cama y bajé las escaleras descalza, el short de él balanceándose en mis muslos. Cuando llegué a la sala que daba a la cocina, me detuve en medio del camino.

Noah estaba de espaldas, sin camiseta, solo con un short negro de algodón. Los músculos de su espalda se movían mientras cocinaba algo en la estufa. Los brazos fuertes, hombros anchos, el tatuaje discreto subiendo por el lateral de su cuello... La cintura estrecha, la forma en que el short caía en sus caderas...

Sentí un calor subir rápido por mi cuerpo. Un deseo absurdo, casi ridículo.

Dios mío, Violet... contrólate.

Era jodidamente guapo, y odiaba admitirlo.

Noah giró el rostro y me vio. Una sonrisa lenta apareció en sus labios.

—Buenos días, Harper. ¿Dormiste bien?

—Más o menos —respondí, intentando parecer indiferente mientras me acercaba a la isla de la cocina—. Tu cama es muy grande.

Se rio bajito y puso un plato frente a mí. Huevos revueltos perfectos, tostadas doradas, jugo de naranja y café humeante.

—No me digas que preparaste el desayuno...

Sonrió mientras arreglaba las tostadas.

—Sí, lo preparé. Espero que te gusten los huevos y las tostadas.

—Sí... me gustan. Gracias.

—Siéntate. Lo hice para ti.

Me senté, todavía un poco aturdida. El olor estaba delicioso.

—No tenías que...

—Quise hacerlo —respondió simplemente, sentándose al otro lado.

Estábamos comiendo y conversando sobre el próximo partido de los Wolves cuando la puerta principal se abrió. Scarlet entró como un huracán, cargando dos bolsas, seguida por Tyler que cargaba más cosas.

—¡Vi! ¡Trajimos tus cosas! Hasta tomé tu neceser y el portátil.

Tyler se rio.

—Esta me hizo parar en tres tiendas diferentes porque "Violet necesita un hidratante específico".

Scarlet le dio un golpe en el brazo y vino a abrazarme.

—¿Y? ¿Cómo fue la noche con tu "novio"?

Le di una patada en la pierna por debajo de la mesa.

—Cállate.

Noah solo sonrió, tomando su café, claramente divirtiéndose.

Después del desayuno, Noah nos llevó a la universidad en coche. Durante todo el camino no paraba de mirarme por el retrovisor. Yo fingía mirar por la ventana, pero sentía cada mirada como si quemara mi piel.

Cuando nos detuvimos frente al edificio de Letras, se giró hacia mí antes de que bajara.

—Si necesitas cualquier cosa, mándame un mensaje, ¿vale?

—Vale —respondí, saliendo rápido del coche antes de que viera mi rostro sonrojado.

La clase de Teoría Literaria fue un desastre completo.

No podía concentrarme, mi mente volvía una y otra vez al pecho desnudo de él por la mañana, al abrazo durante la tormenta, al beso... El profesor me llamó dos veces y ni siquiera escuché.

—¿Violet Harper? Estás muy dispersa hoy. ¿Algún problema?

Antes de que pudiera responder, alguien al fondo del aula gritó:

—¡Debe estar pensando en Noah Whitmore!

Toda la clase estalló en carcajadas y yo me puse roja hasta la raíz del cabello.

—Puede continuar, profesor —murmuré, hundiéndome en la silla.

Scarlet, a mi lado, solo se reía bajito.

En la hora del almuerzo, fuimos al restaurante central del campus. En cuanto entramos, mi estómago se revolvió.

Noah estaba allí.

Abrazado con una chica guapísima, alta, de cabello castaño claro. Le sonreía a ella, esa sonrisa abierta y verdadera que yo rara vez veía. La chica reía y le revolvía el cabello.

Sentí una punzada fuerte en el pecho. Celos. Rabia. Algo caliente y malo.

—Vámonos —le dije a Scarlet, dando media vuelta.

Apenas había dado tres pasos cuando escuché su voz detrás de mí:

—Oye, Harper! ¿Qué pasa?

Me giré, furiosa.

—¿Qué pasa, Whitmore? ¿Qué pasa?! ¿Todavía tienes la cara de preguntármelo?

Noah frunció el ceño, confundido.

—Sí, porque solo te vi saliendo furiosa del restaurante.

—Escucha bien, Noah —dije, señalando con el dedo su pecho—. No voy a hacer el papel de idiota frente a toda Westbridge. Aunque este noviazgo sea falso, imi fama de cornuda va a ser real! ¿No pensaste que no queda bien estar abrazando a otras chicas mientras fingimos salir? ¿No sabes mantener esa polla dentro del bóxer?

Noah empezó a reír. A reír de verdad, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te estás riendo de mi cara? ¿Es eso?

Se acercó, todavía sonriendo, y sujetó mis hombros con cuidado.

—Violet... Claire es mi hermana.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Sí, mi hermana. Viene de vez en cuando a ver si su hermanito está bien. Cuando le conté que estaba saliendo con alguien, adelantó la visita porque quería conocerte. Ahora, además de contarle a nuestro padre que estoy saliendo, también va a decir que mi novia es una loca.

Me llevé las manos a la boca, mortificada.

—Mierda... ella es... ¿es tu hermana?

Noah negó con la cabeza, los ojos brillando de diversión.

—Sí. Pero te confieso, Harper... me encantó verte con celos de mí.

—¡Yo no estaba con celos de ti! —respondí demasiado rápido—. Estaba protegiendo mi imagen.

Se acercó más, bajando la voz solo para mí:

—Vamos, Violet... di la verdad. No se lo contaré a nadie, será un secretito más nuestro.

—Vete a la mierda, Noah.

Se rio y extendió la mano hacia mí.

—¿Vamos a conocer bien a Claire?

Tomé su mano, todavía roja de vergüenza.

Claire era aún más guapa de cerca. Me dio un abrazo cálido en cuanto Noah nos presentó.

—Entonces tú eres la famosa Violet! Dios, estoy impresionada. Noah nunca se toma nada en serio además del hockey... ¿y de repente aparece con una novia de verdad? Y mírate... ¡eres preciosa! Ahora entiendo por qué hablaba de ti tan enamorado por teléfono.

Casi me atraganté.

—¿Enamorado?

Noah se rascó la nuca, claramente avergonzado por primera vez.

—Ella exagera.

Claire se rio.

—No exagero nada. Dijo que eres inteligente, que no babeas por él, que eres diferente de todas. Casi no lo creí, pero ahora viéndolos a los dos... sí lo creo.

Miré a Noah, que solo se encogió de hombros, con una sonrisa pequeña y casi tímida en el rostro.

El resto del almuerzo fue sorprendentemente agradable. Claire era divertida, cariñosa y claramente amaba burlarse de su hermano. Me encontré riendo de verdad varias veces.

Pero en el fondo, una pregunta no salía de mi cabeza:

Si todo esto era falso...

¿Por qué estaba empezando a parecer tan real y por qué había sentido celos de verdad de Noah?



17

CHOCOLATE Y TENTACIÓN

NOAH WHITMORE



Era tarde de la noche y estaba tirado en el sofá de la sala, viendo repeticiones de partidos antiguos de la NHL en la TV, pero mi cabeza no estaba ni un poco en el hockey.

Claire se había ido después del almuerzo, todavía riendo y diciendo que Violet era “mucho más de lo que esperaba”. Tyler había ido al The Den con Scarlet, y la casa parecía demasiado grande. No paraba de pensar en ella, en la forma en que se puso roja cuando descubrió que Claire era mi hermana. En la sonrisa tímida que me dedicó cuando le dije que se veía preciosa con mi camiseta.

Mi celular vibró. Era un mensaje de Scarlet:

Scarlet: Llegamos aquí. Violet dice que tiene un fuerte dolor de cabeza y se quedó en casa. Pero... ¿quién sabe si no le llevas una

pastillita? 😊

Sonreí, pasándome la mano por el rostro. Esa pelirroja era peligrosa.

Me levanté, me puse una camiseta y tomé las llaves. En el camino, paré en una tienda 24h y compré dos tabletas del chocolate amargo que había notado que le gustaba, además de una pastilla para el dolor de cabeza.

Cuando me detuve frente al apartamento de ellas, respiré hondo antes de tocar la puerta.

Violet abrió.

Y olvidé cómo respirar.

Estaba usando solo mi camiseta de los Wolves, la misma que le había dado. La tela le llegaba hasta la mitad de los muslos, los primeros botones abiertos revelando la curva de sus pechos, cabello suelto y revuelto, pies descalzos.

Pero joder... nunca había estado tan sexy.

Mis ojos bajaron despacio, hambrientos: por los muslos, la curva del culo que se veía en el borde de la camiseta, los pezones marcando la tela fina, la forma en que "WHITMORE 27" estaba estampado justo encima de sus pechos.

—Tenía la certeza de que te verías muy sexy usando solo mi camiseta... —mi voz salió ronca, casi un gruñido—. Pero joder, Violet... me estás matando.

Ella abrió mucho los ojos e intentó cerrar la puerta, avergonzada.

Levanté la bolsa, pero mis ojos no se despegaban de ella.

—Vine a traerte chocolate, supe que tenías dolor de cabeza.

Parpadeó, sorprendida.

—Y ahora empeoró. No tenías que hacer esto.

—Lo sé, Violet. No necesito hacer muchas cosas... pero quiero hacerlas, especialmente cuando involucran a ti.

Mis ojos no podían despegarse de ella. Cada movimiento hacía que la camiseta subiera un poco más por sus muslos. Me estaba poniendo duro solo de mirarla.

Violet cruzó los brazos, pero eso solo apretó sus pechos contra la tela.

—Deja de mirarme así... —murmuró, pero no se movió.

—¿Así cómo? —Di un paso adelante, acorralándola contra la mesa—. ¿Como si quisiera tirarte en esta mesa y comerte hasta que olvides que tienes dolor de cabeza?

El aire entre nosotros se volvió pesado. Ella respiraba más rápido, yo también.

Violet se mordió el labio. Vi el momento exacto en que su resistencia se rompió.

No sé quién se movió primero.

De repente, mi boca estaba en la de ella. El beso fue urgente, hambriento. Sujeté su rostro con ambas manos, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Violet gimió contra mi boca, las manos subiendo por mi pecho, tirando de mi camiseta.

La levanté y ella envolvió las piernas en mi cintura. Caminé con ella hasta su habitación sin dejar de besarla, pateé la puerta para abrirla, tiré a Violet en la cama y subí encima, quitándome la camiseta con una sola mano. Ella pasó las manos por mi pecho, arañando los músculos, bajando hasta la cintura del pantalón.

—Noah... —gimió cuando mordí su cuello.

Fue entonces cuando vi el vibrador morado en la mesita de noche.

Sonreí con malicia.

—¿Estabas jugando sola, Harper?

Violet se puso roja, pero no lo negó. En cambio, estiró el brazo, tomó el vibrador y me lo entregó, con los ojos llenos de deseo y desafío.

—Entonces ayúdame.

¡Joder! Esta chica iba a matarme.

Le bajé las bragas despacio, tirándolas a un lado. La dejé solo con mi camiseta, abrí sus piernas con cuidado y apoyé el vibrador aún apagado en su coño mojado.

Violet arqueó la espalda y gimió alto.

Lo encendí en nivel bajo, jugué, rodeando el clítoris, bajando y subiendo, observando su rostro contorsionarse de placer. Cuando empezó a moverse contra el vibrador, lo retiré.

—Sé exactamente lo que necesitas para mandar ese dolor de cabeza lejos, Violet... y sé muy bien cómo hacerlo.

Bajé el cuerpo, abriendo más sus piernas. Pasé la lengua despacio por toda la extensión de su coño, saboreando. Violet soltó un gemido largo y ronco, las manos agarrando mi cabello.

No tuve piedad.

Chupé el clítoris con fuerza, alternando con lamidas largas y profundas. Metí la lengua dentro de ella, follándola con la boca mientras mis dedos presionaban el clítoris. Violet se contorsionaba, gimiendo mi nombre, tirando de mi cabello.

—Noah... joder... así...

—Eso... córrete para mí, Harper. Quiero sentirte corriéndote en mi boca.

Aumenté el ritmo, succionando, lamiendo, devorándola como si fuera lo mejor que había probado en mi vida. Cuando sentí que estaba cerca, metí dos dedos en ella y chupé el clítoris con más fuerza.

Violet se corrió fuerte, todo su cuerpo temblando, gimiendo alto mi nombre mientras apretaba mi cabeza entre sus muslos. No paré hasta que dejó de temblar, lamiendo cada gota de su placer.

Subí despacio, besando su vientre, sus pechos por encima de la camiseta, hasta llegar a su boca. Violet me besó con desesperación, sintiendo su propio sabor en mi lengua.

Pero cuando empecé a quitarme el pantalón, ella sujetó mi muñeca.

—Noah... para. Esto es una locura, tienes que irte.

Me detuve inmediatamente, respirando agitado, la polla latiendo de deseo y sintiéndome perdido. ¿Había dicho eso en serio?

—¿Estás segura?

—Sí... por favor.

Besé su frente con cariño, me levanté, tomé mi camiseta del suelo y me la puse.

—Como quieras, Harper.

Antes de salir de la habitación, la miré acostada, sonrojada, usando mi camiseta, y sonreí.

—Pero que sepas que voy a soñar con tu sabor toda la noche.

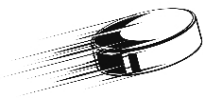
Caminé lentamente hacia la puerta, deseando que me llamara de vuelta, pero eso no pasó.



18

¿QUÉ HE HECHO?

VIOLET HARPER



La puerta del apartamento se cerró con un clic suave.

Me quedé parada en medio de la cama, todavía jadeando, todo el cuerpo temblando por el orgasmo más intenso que había tenido en mi vida. Mi corazón latía tan fuerte que parecía que iba a salirse del pecho.

¿De verdad me corrí en la boca de Noah Whitmore?

Me llevé las manos al rostro, mortificada.

—¿Qué mierda está pasando conmigo? —susurré al cuarto vacío—. ¿Odiaba a este tipo hasta hace pocos días... o no?

Lo odiaba.

Tenía la certeza de que lo odiaba.

Era arrogante, mujeriego, el centro de un circo que yo despreciaba. Y ahora... ahora estaba acostada en mi cama, usando su camiseta, sin bragas, con su sabor todavía en mi boca y los muslos mojados por lo que él me había hecho.

Tomé la almohada y hundí el rostro en ella, soltando un grito ahogado y largo:

—¡Aaaaaahhhhhhhhhhh!

Pateé el aire, revolviéndome en la cama como si pudiera huir de mí misma.

—¡Idiota! ¡Idiota! ¡Idiota! ¿Cómo dejaste que esto pasara, Violet Harper?!

Me levanté de la cama con las piernas todavía débiles y fui directo al baño. Abrí la ducha con agua fría al máximo, pero ni siquiera el agua helada consiguió borrar las imágenes que no paraban de pasar por mi cabeza.

Noah de rodillas entre mis piernas.

Su lengua devorándome.

Sus dedos largos follándome mientras chupaba mi clítoris como si fuera lo más delicioso del mundo.

La forma en que gimió contra mí cuando me corrí.

Apoyé la frente contra los azulejos fríos, sintiendo el cuerpo reaccionar de nuevo solo con el recuerdo.

—Para, Violet... para —murmuré, pasando el jabón con fuerza, como si pudiera frotar el recuerdo de él fuera de mi piel.

No lo conseguí.

Cada gota de agua que corría por mis pechos me recordaba su boca. Cada suspiro mío parecía hacer eco de los gemidos que solté mientras tiraba de su cabello.

Salí de la ducha envuelta en la toalla, el cabello goteando, y casi me di de bruces con Scarlet, que acababa de llegar y me miraba con una sonrisita sospechosa.

—¿Y, enfermita? ¿Noah te trajo la pastillita? —preguntó, levantando las cejas.

Entrecerré los ojos.

—¿Entonces fuiste tú? ¡Traidora!

Scarlet tiró la bolsa en el sofá y estalló en carcajadas.

—Puedo haber dejado escapar algo sin querer... o tal vez queriendo. ¡Cuéntame ya! ¿Vino? ¿Qué pasó? Tienes cara de quien fue muy bien atendida.

Me tiré en el sofá a su lado, cubriéndome el rostro con las manos.

—Scarlet... creo que perdí la cabeza.

—¿Perdiste la cabeza tipo...?

—Tipo... él trajo chocolate, discutimos, nos besamos, luego dejé que me follara con la boca hasta correrme gritando su nombre.

Scarlet se quedó en silencio por dos segundos enteros, luego soltó un grito agudo y me sacudió por los hombros.

—¡VIOLET HARPER! ¿Te corriste en la boca de Noah Whitmore?! ¡Detalles! ¡Ahora! ¡Quiero todos los detalles sucios!

Se lo conté todo.

Le conté cómo me miró cuando abrí la puerta, cómo dijo que me veía sexy de cojones usando solo su camiseta. Cómo el beso empezó urgente y se volvió desesperado, cómo me tiró en la cama, me quitó las bragas y me devoró como si estuviera muriendo de hambre. Cómo usó el vibrador antes de tirarlo a un lado y reemplazarlo con su boca, cómo metió la lengua en mí, chupó mi clitoris, gimió contra mi coño y me hizo correrme tan fuerte que vi estrellas.

Scarlet tenía las manos en la boca, ojos brillando de emoción.

—Dios santo... ¿es tan bueno de verdad? Tipo... ¿bueno de verdad?

—Scarlet, es ridículamente bueno. Nunca me había corrido tan fuerte en mi vida y lo peor es que... no me obligó a follar. Se detuvo cuando se lo pedí, me dio un beso en la frente y se fue.

Scarlet se tiró contra el respaldo del sofá, abanicándose el rostro.

—Eso es peor, porque ahora no solo es guapo, es guapo y respetuoso. Estás jodida, Vi, completamente jodida.

—¡Lo sé! —me quejé, hundiéndome en el sofá—. ¡Lo odiaba! ¡Lo odiaba de verdad! Era el símbolo de todo lo que detestaba en este campus y ahora dejé que metiera la cara entre mis piernas y todavía quiero más!

Scarlet me miró de lado, con una sonrisita.

—¿Y entonces... te gusta él? Tipo... ¿de verdad?

Me quedé en silencio un largo rato.

—Ya no lo sé. Cuando me abrazó durante la tormenta... cuando sostuvo mi mano hasta que me dormí... cuando preparó el desayuno... cuando fue detrás de mí en el restaurante porque me vio enfadada... Siento cosas que no quería sentir.

Scarlet tomó mi mano.

—Vi... tal vez este acuerdo ya no es solo un acuerdo desde hace tiempo.

—¿Y si me enamoro de verdad y él solo está fingiendo? ¿Y si para él todavía es solo estrategia para engañar a su padre?

Scarlet suspiró.

—Entonces vas a tener que decidir si quieres seguir fingiendo... o si quieres descubrir qué es lo que realmente está pasando entre ustedes.

Me quedé callada, mordiéndome el labio.

Miré la camiseta que todavía estaba sobre mi cama, ese gran
27.

—Creo que ya estoy jodida, Scarlet.

Ella me abrazó de lado.

—Bienvenida al club, novia de Noah Whitmore. El club de las que juraban que lo odiaban... y terminaron gimiendo su nombre. Si quieres puedes poner el banner en tu habitación.

Me reí, aunque no quería, pero por dentro, mi corazón era un completo desastre.

Porque por más que intentara negarlo...

Quería que Noah volviera.

Y eso me asustaba más que cualquier tormenta.



19

ADMITIR PARA MÍ MISMO

NOAH WHITMORE



Cerré la puerta del apartamento de ella con el máximo cuidado posible, como si cualquier ruido pudiera romper lo que acababa de pasar. Mi cuerpo todavía estaba en llamas, mi polla latía dentro del pantalón, mi boca aún tenía su sabor, y mi mente no paraba de repetir la imagen de Violet corriéndose en mi lengua, tirando de mi cabello y gimiendo mi nombre.

Bajé las escaleras despacio, el corazón latiendo fuerte, entré en el coche, pero no encendí el motor. Me quedé allí, sentado en la oscuridad, mirando la ventana iluminada de su habitación en el segundo piso.

—¿Qué me estás haciendo, Harper? —murmuré solo, pasándome la mano por el rostro.

Había ido solo a llevarle chocolate y ver cómo estaba. Y terminé con la cara hundida entre sus piernas, devorándola como si fuera mi última comida. Lo peor (o lo mejor) era que ella me había pedido que parara... y paré, sin quejarme, sin insistir. Porque era Violet y no quería joderlo todo con ella.

Me quedé unos minutos más mirando su ventana hasta que la luz se apagó, solo entonces encendí el coche y me fui, con una sonrisa idiota en el rostro que no podía quitarme.

Cuando llegué a La Casa, la sala todavía estaba encendida. Hunter estaba tirado en el sofá enorme, jugando videojuegos con un vaso de refresco en la mano.

Pausó el juego en cuanto me vio entrar.

—Mira quién llegó tarde... y con cara de quien hizo una mierda o casi hizo una mierda. Desembucha.

Tiré las llaves en la mesa y me dejé caer a su lado, apoyando la cabeza en el sofá con un suspiro largo.

—Fui a llevarle chocolate a Violet, tenía dolor de cabeza, conversamos... luego nos besamos, luego terminé bajando... y me la comí con la boca hasta que se corrió. Fuerte. Y cuando me pidió que parara... paré. Simplemente paré y me vine.

Hunter me miró varios segundos, luego soltó una carcajada baja, negando con la cabeza.

—Tío... ¿cuándo vas a admitir para ti mismo y para ella que estás enamorado?

Giré la cabeza rápido, frunciendo el ceño.

—No estoy enamorado ni de coña. Deja de volar, Hunter.

Se rio más fuerte y tiró el control a un lado.

—Noah, por el amor de Dios... mírate. Fuiste a llevarle chocolate de madrugada porque tenía dolor de cabeza. La hiciste correrse y paraste cuando te lo pidió, aunque estabas loco por meterle la polla. Te importa lo que ella siente, lo que ella piensa de

ti, el hecho de que no sea solo una más. Si eso no es estar enamorado, ya no sé qué es, joder.

Me quedé en silencio, mirando al techo.

Hunter continuó, más serio ahora:

—Nunca hiciste esto por nadie. Nunca. Con las otras ya te la habrías follado y mandado a la mierda. Con Violet... estás diferente. Estás cuidadoso. Estás queriendo protegerla. Estás corriendo detrás. Solo no tardes mucho en darte cuenta, tío, porque si sigues fingiendo que es solo un acuerdo, puedes perder la mejor cosa que te ha aparecido en la vida.

Se levantó, me dio una palmada en el hombro y subió las escaleras.

—Buenas noches, hermano. Y piensa en lo que te dije.

Me quedé solo en la sala enorme, el silencio pesando. Tomé el celular y vi un mensaje nuevo de mi padre:

Papá: Te espero aquí el 4 de julio, tu madre quiere verte y yo quiero ver si realmente has cambiado como dijo tu hermana que cambiaste.

Sonreí de medio lado, era la oportunidad perfecta.

Abrí el chat con Violet, empecé a escribir, borré, escribí de nuevo, borré... y decidí que hablaría en persona.

Tomé una ducha larga y caliente, el agua cayendo en mi espalda mientras cerraba los ojos y recordaba cada detalle: la forma en que gimió mi nombre, cómo sus muslos apretaron mi cabeza, su sabor, su olor, el temblor de su cuerpo cuando se corrió. Me dormí con el cuerpo todavía tenso y la cabeza completamente tomada por Violet Harper.



Al día siguiente, el campus estaba agitado como siempre. La encontré saliendo del edificio de Periodismo, caminando con Scarlet. En cuanto me vio, disminuyó el paso.

Caminé hasta ellas y sonreí.

—Oye... ¿cómo estás hoy?

Violet miró a los lados, claramente incómoda con el tema.

—Estoy bien.

—Sobre anoche... —empecé, bajando la voz.

—No quiero hablar del tema —me interrumpió rápido, roja.

Asentí, respetando su espacio.

—Está bien, sin presión. Cuando quieras hablar, estoy aquí.

Nos quedamos en silencio un momento. Scarlet notó la tensión y se alejó discretamente, diciendo que iba a buscar un café.

Aproveché el momento.

—¿Qué vas a hacer el 4 de julio?

Violet se encogió de hombros.

—Todos los años voy con Scarlet al Hollywood Bowl a ver el espectáculo de fuegos artificiales. Es como una tradición nuestra, comemos porquerías, bebemos vino barato y vemos los fuegos.

Me acerqué un paso, mirándola a los ojos.

—Mi padre me llamó para pasar el feriado en la casa de la familia. Es una buena oportunidad para que me vea con alguien... de verdad. ¿Irias conmigo?

Violet me miró durante largos segundos, analizando mi rostro como si buscara alguna trampa.

—¿Quieres que vaya a la casa de tus padres fingiendo ser tu novia de verdad?

—Sí, pero no tiene que ser solo fingimiento, puede ser... lo que tú quieras que sea.

Se mordió el labio inferior, pensando. Luego soltó un suspiro resignado.

—Está bien, iré contigo.

Una sonrisa enorme se apoderó de mi rostro.

—¿En serio?

—En serio, pero vamos a tener reglas, Whitmore. Muchas reglas, hablamos de eso después.

—Trato hecho —respondí, feliz de cojones.

Sujeté su mano allí mismo, en medio del camino lleno de estudiantes, y apreté suavemente.

—Gracias, Violet. De verdad.

Ella puso los ojos en blanco, pero no soltó mi mano.

—No te acostumbres con esto. —Dijo soltando mi mano.

Mientras la veía alejarse para encontrar a Scarlet, me quedé parado, mirando.

Y por primera vez, ya no pude mentirme más a mí mismo.

Me estaba enamorando de Violet Harper.

Y eso se estaba volviendo cada vez más peligroso... y cada vez más imposible de parar.



20

HOLLYWOOD HILLS

VIOLET HARPER



Miré de nuevo la pequeña maleta abierta encima de mi cama y suspiré por décima vez.

Era solo un fin de semana.

Solo dos días y medio en la mansión de la familia Whitmore, en Hollywood Hills.

Nada del otro mundo.

Pero mi estómago no lo creía. Estaba hecho un nudo desde que había aceptado la invitación de Noah. Debería haber dicho que no, debería haber inventado cualquier excusa, dolor de cabeza, trabajo de la universidad, muerte súbita de mi abuela imaginaria, cualquier cosa, pero cuando me miró con esa mirada de cachorro

abandonado y dijo “¿vienes conmigo?”, las palabras simplemente no salieron.

—¿Lo tienes todo? —Scarlet entró en mi habitación sin llamar, como siempre—. No estarás llevando esos pijamas anti-sexo de Stitch, ¿verdad?

La miré feo.

—No voy de luna de miel, Scarlet.

—¡Pero es como si lo fuera! —Se tiró en mi cama, al lado de la maleta—. Vas a pasar un fin de semana entero al lado del guapísimo de Noah, alias tu novio falso, en la mansión de su familia. Vi un artículo en una revista... el lugar es absurdamente bonito. Piscina infinita con vista a toda la ciudad, arquitectura moderna, esas escaleras de vidrio... parece de película.

Tomé una blusa doblada y la metí en la maleta con más fuerza de la necesaria.

—Pero eso no significa que tenga que usar encajes y transparencias para dormir.

Scarlet se rio, echando el cabello rojo hacia atrás.

—Tienes razón, amiga. Mejor no uses nada.

—¡Scarlet!

—¿Qué? ¡Es una sugerencia válida! —Guiñó un ojo, maliciosa—. Aprovecha, Vi. Ya pasaron de la fase del “solo un beso técnico”. Ahora es hora de vivir el guion de verdad.

Me senté en el borde de la cama, frotándome el rostro con las manos.

—Estoy perdiendo la cabeza. Perdiendo la cabeza de verdad. Ayer él... ya sabes lo que hizo. ¿Y ahora voy a dormir en la casa de sus padres? ¿Fingiendo ser la novia perfecta? Ni siquiera sé actuar tan bien.

Scarlet se puso más seria y tomó mis manos.

—Oye, respira. No necesitas actuar todo el tiempo. Solo... déjalo pasar. Noah ya no es el idiota arrogante que odiabas y tú tampoco eres la chica que solo miraba de lejos. Los dos están cambiando y eso es aterrador, pero también es bueno.

Antes de que pudiera responder, mi celular que estaba encima de la cama vibró con un mensaje.

Noah: Estoy aquí.

Mi corazón dio un salto.

Scarlet abrió una sonrisa enorme.

—Tu príncipe encantado llegó, con su bello carruaje deportivo negro.

—¿En serio, Scarlet?

—¿Qué? ¿Ya te fijaste en ese coche?

—Sabes que los Whitmore son dueños de una industria de autos deportivos de lujo, ¿no? Ese ya es el tercer coche solo este año.

—¿No eras tú la que no prestaba atención en él?

Bufé y puse los ojos en blanco, tomando la maleta de la cama.

Caminé por el pasillo con las piernas extrañamente débiles, abrí la puerta y bajé las escaleras todavía con el corazón acelerado. Cuando llegué a la acera, mis ojos traidores examinaron lentamente la escena. Noah estaba apoyado en el coche, usando jeans oscuros, camiseta negra ajustada y gafas de sol. Sonrió al verme, esa sonrisa lenta que hacía cosas extrañas en mi estómago.

—¿Lista, Harper?

—Tan lista como puedo estar —respondí, intentando sonar casual.

Tomó mi maleta y la puso en el maletero. Scarlet vino corriendo a despedirse, dándome un abrazo dramático y una mirada significativa a Noah.

—Cuídala bien, Whitmore. O te mato.

—Puedes estar tranquila —respondió él, riendo.

Entramos en el coche. Noah encendió el motor y el sonido suave del auto de lujo llenó el interior. El camino hasta Hollywood Hills era lo suficientemente largo como para que empezara a ponerme nerviosa otra vez.

—¿Quieres elegir la música? —preguntó, entregándome el celular.

Tomé el aparato y la pantalla se encendió. Mi corazón se detuvo por medio segundo.

El fondo de pantalla era una foto nuestra, una foto que alguien había tomado en la pista, en el momento exacto en que me besó por encima de la barrera después del partido. Yo estaba sujetando su rostro, los ojos cerrados, y él me sostenía como si yo fuera lo más importante del mundo.

—¿Qué es esto? —pregunté, girando la pantalla hacia él.

Noah miró rápidamente y esbozó una media sonrisa.

—La gente tiene que creer que estamos enamorados, Violet. Y las parejas tienen fotos juntos de fondo de pantalla. Por cierto, envíatela también.

Abrí la aplicación de mensajes y fui a los contactos. Mi nombre en su lista no era "Violet" ni "Harper" como solía llamarme. Estaba guardado como "Borboletinha" con un emoji de mariposa azul.

—¿Por qué "Borboletinha"? —pregunté, levantando una ceja.

Noah sonrió, mirando la carretera mientras conducía.

—Porque eres como una mariposa, Harper. Si te ahogo, querrás huir de mí, pero si me quedo muy quieto y respeto tu espacio... puedes elegir quedarte a mi lado.

Me quedé sin palabras. Miré el apodo unos segundos más antes de salir de la aplicación, sintiendo un calor extraño subir por mi pecho.

Puse una canción que me encantaba. "Marry You" de Bruno Mars, le di play.

Los primeros acordes empezaron y Noah me miró de reojo, sonriendo.

—Buena elección.

Y entonces, sin ponernos de acuerdo, los dos empezamos a cantar juntos.

“It’s a beautiful night, we’re looking for something dumb to do...”

Nuestras voces se mezclaron, la de él grave y afinada, la mía más ligera. Cuando llegó al estribillo, los dos estábamos cantando alto, riendo en medio de las palabras:

“I think I wanna marry you!”

Noah marcaba el ritmo en el volante, yo gesticulaba dramáticamente con las manos. Por unos minutos, el coche se convirtió en un karaoke particular. Me reí tanto que casi lloré. Era ridículo. Era ligero. Era... bueno.

Cuando la canción terminó, el silencio que vino después fue cómodo.

—Cantas bien —dijo él, mirando la carretera.

—Tú también, no esperaba eso de un jugador de hockey.

—Ya te dije que hay muchas cosas que todavía no sabes de mí, Violet.

No respondí, solo miré por la ventana mientras Los Ángeles pasaba afuera, las colinas empezando a aparecer.

Finalmente, Noah giró en una calle privada, subiendo una pendiente empinada. Y entonces la casa apareció.

Era impresionante, tal como Scarlet había dicho.

Una mansión moderna de líneas limpias, con fachadas blancas y enormes paneles de vidrio que reflejaban el cielo del atardecer. La propiedad era enorme, con jardines bien cuidados, una piscina infinita que parecía caer directamente al horizonte de Los Ángeles. Incluso yo, que crecí rodeada de lujo, tuve que admitir: el lugar era

espectacular, elegante sin ser ostentoso. El tipo de casa que gritaba dinero mezclado con buen gusto.

Noah detuvo el coche en la entrada circular.

—Llegamos.

Bajé despacio, mirando alrededor. El aire era más fresco allí arriba en las colinas. Se podía ver toda la ciudad extendiéndose allá abajo, las luces empezando a encenderse con el atardecer.

—Es preciosa —admití, sincera.

Noah se detuvo a mi lado, observando mi reacción.

—Mi madre diseñó la mayor parte de la reforma. Le encanta la arquitectura.

Antes de que pudiera responder, la puerta principal se abrió. Una mujer elegante, con el mismo cabello oscuro de Noah y una sonrisa cálida, vino hacia nosotros.

—¡Noah! ¡Por fin! —Abrazó a Noah con fuerza, luego se giró hacia mí—. Y tú debes ser Violet, es un placer finalmente conocerte. Soy Katherine, la madre de este muchacho.

Sonreí, devolviéndole el abrazo.

—Igualmente, Sra. Whitmore.

—Llámame Katherine, por favor. Pasen, entren, su padre está en la terraza de atrás.

Mientras entrábamos, no podía dejar de mirar alrededor. El interior era aún más impresionante: piso de mármol claro, escalera de vidrio suspendida que parecía flotar, sala de estar abierta con vista panorámica a la ciudad. Era lujoso, pero acogedor.

Noah sostuvo mi mano mientras caminábamos por la casa.

—¿Todo bien? —preguntó bajito.

Apreté su mano de vuelta.

—Todo bien.

Pero por dentro, sabía que no lo estaba.

Porque cada minuto que pasaba a su lado, fingiendo ser su novia, hacía más difícil recordar que esto era solo un acuerdo.

Y yo estaba empezando a no querer que lo fuera.



21

BIENVENIDA A LA FAMILIA

NOAH WHITMORE



La expresión en el rostro de Violet cuando vio la casa por primera vez me hizo sonreír. Intentó disimular, pero noté el leve brillo de admiración en sus ojos. Aunque era de familia rica, no era el tipo de persona que se deslumbraba fácilmente con el lujo. Eso solo lo hacía todo más interesante.

Mi madre ya había abrazado a Violet como si la conociera de toda la vida. Ahora, mientras entrábamos en la sala principal, mi padre apareció viniendo de la terraza de atrás, seguido de mi hermana Claire, que no podía ocultar la sonrisa animada.

—Papá —llamé, manteniendo la mano en la parte baja de la espalda de Violet—. Esta es Violet Harper.

Mi padre, Richard Whitmore, se detuvo frente a ella y la analizó por un segundo con esa mirada seria que usaba en las reuniones de negocios. Luego extendió la mano, firme.

—Violet, es un placer conocerte. Mi hijo ha hablado mucho de ti.

Violet apretó su mano con confianza, sonriendo educadamente.

—El placer es mío, Sr. Whitmore. Gracias por recibirme.

Claire no aguantó quedarse callada. Se acercó y le dio un abrazo rápido a Violet.

—¿No te dije que era preciosa, papá? ¡Mírala! Noah finalmente está con alguien que no parece salida de una revista de chismes.

Violet se puso roja al instante, mirando al suelo.

—Claire... —refunfuñé, pero estaba riendo.

—¿Qué? ¡Es verdad! —Claire le guiñó un ojo a Violet—. Eres preciosa de verdad e pareces inteligente. Eso ya es un milagro para mi hermano.

Mi madre se rio y le dio una palmadita en el hombro a Claire.

—Deja respirar a la chica, Claire. Violet, ven, vamos a sentarnos, la cena está casi lista.

La cena se sirvió en el comedor con vista panorámica a la ciudad. La mesa de madera clara estaba impecablemente arreglada, con velas encendidas y copas de cristal. Violet se sentó a mi lado, y no resistí: puse mi mano sobre la de ella encima de la mesa, un gesto simple, pero que hizo sonreír discretamente a mi madre.

Durante la cena, la conversación fluyó con naturalidad. Violet era educada, inteligente y respondía con calma a las preguntas de mi familia. Mi padre, que rara vez se impresionaba, parecía genuinamente interesado.

—¿Y estudias Literatura y Periodismo? —preguntó, cortando el filete.

—Sí, señor, estoy en el tercer semestre. Me gusta mucho la parte de escritura y análisis.

—Interesante. ¿Y tu familia? Tu padre es el Harper de Harper & Asociados, ¿correcto?

Violet asintió, sin dudar.

—Sí, es él.

Mi padre dio un gesto de aprobación.

—Buena familia. Sólida.

Claire se inclinó hacia adelante, emocionada.

—Violet, cuéntame: ¿cómo conseguiste domar a este? — Señaló el tenedor hacia mí—. Nunca había traído a nadie a casa. Nunca.

Violet me miró de reojo, una pequeña sonrisa apareciendo.

—Creo que todavía no ha sido domado. Estoy... trabajando en ello.

Todos se rieron, hasta mi padre soltó una risa baja.

Después de la cena, mi padre me hizo una señal discreta para que lo siguiera a la terraza. Violet se quedó conversando con mi madre y Claire en la sala.

Nos quedamos los dos apoyados en la barandilla, mirando la vista de la ciudad allá abajo. El aire de la noche estaba fresco.

—Es una buena chica —dijo mi padre, directo como siempre—. Educada, inteligente, viene de una buena familia, no parece ser una interesada cualquiera.

Asentí, sin decir nada.

Él continuó:

—Finalmente estás tomando a alguien en serio, Noah. Investigué sobre su familia, son sólidos, discretos, no viven de escándalos, eso me agrada. Si sigues así... tal vez reconsidere esa amenaza sobre el patrocinio.

Lo miré, sorprendido.

—¿En serio?

—Es en serio, pero no lo arruines todo. Esta chica parece ser del tipo que merece respeto.

—Lo sé, papá.

Me dio una palmada en el hombro y volvió adentro.

Me quedé unos minutos más solo en la terraza, procesando sus palabras. Cuando volví a la sala, Violet se reía de algo que Claire había dicho. Parecía... cómoda y eso me afectó de una forma que no esperaba.

Más tarde, subimos a mi habitación. Era grande, con una cama king size, vista a la ciudad y decoración minimalista y moderna. Violet se detuvo en medio de la habitación, mirando la cama.

—Hum... —murmuró.

Cerré la puerta detrás de nosotros y me rasqué la nuca.

—No puedo pedir una cama extra, se vería raro para mi familia. Pero no te preocupes... te voy a respetar. Puedo dormir en el sofá de ahí o en el suelo, si prefieres.

Violet se giró hacia mí, mordiéndose el labio inferior. Por un momento, el aire entre nosotros se cargó otra vez. Recordé la noche anterior, su boca, su sabor, sus gemidos...

—Noah... —empezó.

—Lo sé —respondí bajito—. No tenemos que hacer nada, solo estamos aquí para fingir, ¿verdad?

Ella asintió, pero no parecía muy convencida.

Me quité la camiseta y tomé una almohada, tirándola en el sofá cerca de la ventana.

—Puedes usar el baño primero. Yo espero.

Mientras ella se duchaba, me quedé mirando por la ventana, el corazón latiendo fuerte. Este fin de semana estaba cambiando todo y ya no sabía si quería que fuera solo un acuerdo.

Cuando Violet salió del baño, usando un camisón simple, sonreí.

—Te ves preciosa de cualquier manera.

Ella puso los ojos en blanco, pero vi que la comisura de su boca se levantó.

—¿Vas a dormir ahí? —me miró.

—No te preocupes, está todo bien.

—Sí que hay problema, no quiero ser responsable de que no juegues el próximo partido por tener dolor de cuerpo.

—¿Y qué sugieres?

—Bueno, la cama es grande, creo que cabemos los dos y podemos dividir así —dijo caminando hasta la cama e hizo una barrera de almohadas entre los dos lados. Me reí.

—Está bien, voy a ducharme y vuelvo.

Tomé una ducha rápida y me puse solo un short. Cuando volví a la habitación, Violet ya estaba acostada y tapada, la pila de almohadas bien en medio de la cama.

Me acosté y la miré, tan preciosa. Quería besarla, quería decirle que ya no quería fingir, que quería que todo fuera de verdad, porque ella no salía de mi cabeza, pero solo sonreí y dije:

—Buenas noches, Harper...

—Buenas noches, Whitmore.

Cerré los ojos, sabiendo que el sueño no vendría fácil.

Porque la chica con la que fingía salir estaba acostada a mi lado... y yo ya no sabía fingir más.



22

TENTACIÓN

VIOLET HARPER



Abrí los ojos despacio, sintiendo el peso de un cuerpo extraño a mi lado. Por un segundo, no supe dónde estaba. Entonces todo volvió: la mansión, la cena, su familia... y Noah.

Giré el rostro lentamente.

Él dormía profundamente a mi lado, boca arriba, con el rostro girado hacia mí. La sábana había bajado hasta la cintura, dejando el abdomen musculoso expuesto. Mi mirada bajó, casi contra mi voluntad: los abdominales bien definidos, los cuadritos marcados incluso en reposo, la línea de la V que desaparecía bajo la sábana... y el bulto evidente entre las piernas, grande y pesado incluso mientras dormía.

Tragué saliva.

Dios mío...

Me quedé mirando demasiado tiempo, tiempo suficiente para que mi cuerpo reaccionara, un calor traicionero extendiéndose por mi vientre.

De repente, la voz grave y ronca de sueño de él rompió el silencio:

—¿Disfrutando la vista, Harper?

Di un pequeño salto del susto, casi cayendo de la cama. Noah abrió los ojos, con una sonrisa perezosa y traviesa en los labios.

—¡No seas idiota! —repliqué, sintiendo el rostro arder.

Me levanté de la cama rápido, tomé la primera ropa que vi en la maleta y prácticamente corrí al baño, oyendo su risa baja y grave detrás de mí.

—No necesitas huir de mí, Violet... no muerdo. A menos que me lo pidas.

El desgraciado soltó una buena carcajada.

Cerré la puerta del baño con llave y apoyé la espalda contra la madera, respirando hondo.

Me miré en el espejo y señalé con el dedo a mi reflejo:

—Resiste, Violet. Solo un día más, no puedes caer en la tentación... sobre todo siendo la tentación quien es.

Tomé una ducha casi fría, me vestí con unos jeans y una blusita simple y salí del baño. Noah ya estaba vestido, cabello todavía húmedo, había ido a ducharse en otro cuarto.

—¿Vamos a desayunar? —preguntó, extendiendo la mano.

—Vamos —respondí, entrelazando mis dedos con los suyos.

Bajamos las escaleras despacio. Cuando llegamos al comedor, toda la familia ya estaba allí: Katherine, Richard, Claire y el novio de ella.

—¡Miren a nuestra pareja! —dijo Claire animada, aplaudiendo.

Nos sentamos y desayunamos mientras Katherine contaba historias vergonzosas de cuando Noah era niño.

—Era terrible! Una vez llenó la piscina de patitos de goma y dijo que iba a abrir un zoológico acuático —contó ella, riendo.

Noah puso los ojos en blanco, pero sonreía.

—Mamá, por favor...

Me reí con ellos, sintiendo una extraña sensación de pertenencia que me asustó.



El día pasó más rápido de lo que esperaba. Pasamos la tarde en la sala de juegos, que era enorme y equipada con todo: mesa de billar, flipper, un bar completo. Al comienzo de la noche, cuando el calor todavía era fuerte, Claire sugirió:

—¿Entramos a la piscina? El clima está perfecto!

Me cambié en la habitación y bajé con un bikini rojo que Scarlet había insistido en que llevara. Cuando llegué al área de la piscina, Noah ya estaba allí, solo con un bañador negro.

Dios mío.

Era ridículamente perfecto: hombros anchos, abdomen marcado, esa línea de la V que bajaba... No pude disimular la mirada. Y él tampoco, sus ojos bajaron por mi cuerpo lentamente, deteniéndose en el bikini rojo.

Claire y su novio ya estaban en el agua, y cuando nosotros entramos, ella gritó:

—¡Guerra de espaguetis!

Noah se acercó a mí, se agachó un poco y me levantó sobre sus hombros sin esfuerzo. Mis muslos quedaron a los lados de su

cabeza, el contacto de su piel con la mía era caliente.

—Sujétate fuerte, Harper.

La broma estuvo llena de risas. Noah era fuerte, estable y competitivo, y claro que ganamos a Claire y a su novio. Cuando me bajó, nuestros rostros quedaron peligrosamente cerca. Nuestras miradas se encontraron y, como imanes, nuestros labios se tocaron.

Fue un beso calmado, pero intenso. Eso definitivamente ya no era fingimiento. Mis manos fueron a su pecho, las suyas apretaron mi cintura.

Cuando nos separamos, yo estaba sin aliento.

El resto de la noche pasó en un borrón. Cenamos en la terraza, conversamos, reímos, pero mi cabeza no paraba de volver a ese beso en la piscina, que podía intentar engañarme diciendo que fue solo para engañar a sus padres, pero en el fondo sabía que fue porque los dos quisimos.



Me desperté en medio de la noche.

El lado de la cama de Noah estaba vacío. Miré alrededor, él no estaba en la habitación.

Me levanté, me pasé la mano por el cabello y bajé las escaleras guiada por un sonido suave que resonaba por la casa.

Un piano.

Seguí el sonido hasta la biblioteca, la puerta estaba entreabierta, la empujé despacio.

Noah estaba sentado al piano de cola, sin camiseta, solo con un short. Los dedos largos se movían por las teclas con una

delicadeza que nunca imaginé que tuviera. La melodía era preciosa, suave... "Can't Help Falling in Love", de Elvis Presley.

Me quedé parada en la puerta, admirándolo.

Terminó la canción y levantó la mirada, viéndome.

—¿Espíandome otra vez, Harper? —preguntó, con una sonrisa de medio lado.

—Tocas... —murmuré, entrando en la sala—. Ya sé que hay muchas cosas de ti que todavía no conozco.

—Exacto.

Empezó a tocar de nuevo, más bajo.

—¿Pero Elvis Presley? Es realmente sorprendente.

—Mi padre escuchaba mucho cuando yo era pequeño. Y creo que esta canción es preciosa...

—Es preciosa de verdad —respondí, acercándome.

Sin que lo esperara, Noah me tiró de la cintura, haciéndome sentar encima del piano, mi culo pasando sobre las teclas, haciendo un sonido apagado. Se levantó entre mis piernas, nuestros rostros tan cerca.

Y entonces me besó.

No fue un beso calmado, fue urgente, profundo, lleno de deseo. Sus manos bajaron por mis muslos, apretando mi culo con fuerza. Gemí contra su boca, tirando de él, queriéndolo más cerca, mis piernas rodearon su cintura.

—Te quiero, Harper... —su voz salió ronca, sexy, contra mis labios—. Te quiero de verdad.

Mi cuerpo entero respondió, estaba a punto de decir que sí cuando una voz resonó desde la puerta:

—¡No follen encima del piano de papá, te mata, Noah!

Claire estaba parada en la puerta, riendo alto.

Nos separamos rápidamente, mi rostro ardía de vergüenza.

Salí caminando rápido, pasando por ella casi corriendo en dirección a la habitación, porque ya no confiaba en mí misma. Si Claire no hubiera aparecido... habría dejado que me follara encima de ese piano.

¿Y lo peor?

Me habría gustado.



Al día siguiente, después del desayuno, la hora de irnos llegó más rápido de lo que esperaba.

Estábamos en la entrada de la mansión, al lado del coche de Noah. El cielo estaba despejado y el aire de la mañana en Hollywood Hills era fresco y perfumado. Katherine fue la primera en acercarse, tirándome para un abrazo apretado y largo.

—Violet, fue un enorme placer tenerte aquí —dijo, sujetando mis hombros con cariño—. Eres una chica adorable, inteligente, educada... y consigues lidiar con este hijo mío difícil. Eso ya es un milagro.

Me reí, sintiendo el rostro calentarse.

—Gracias por todo, Katherine. Ustedes fueron muy amables conmigo.

—Nada de eso, ahora eres parte de la familia —dijo, guiñando un ojo—. Y la familia siempre vuelve, puedes venir cuando quieras, ¿vale? Sin necesidad de invitación.

Richard se acercó luego, con ese estilo más reservado suyo, pero la mirada era visiblemente más suave que el primer día.

—Violet —dijo, extendiendo la mano. La apreté con firmeza—. Fue un placer conocerte de verdad. Mi hijo tiene suerte. Y yo...

bueno, espero que esto no haya sido solo una visita, eres bienvenida siempre.

Me quedé sin palabras por un segundo, sentí un nudo en la garganta, porque en realidad les estaba mintiendo, todo esto era una farsa, aun así sonreí.

—Muchas gracias, Sr. Whitmore. Yo... me gustó mucho estar aquí.

—Richard —corrigió, con una media sonrisa—. Y el placer fue nuestro.

Claire fue la última. Me dio un abrazo fuerte, casi levantándome del suelo.

—Sabía que eras perfecta para él —susurró en mi oído, solo para que yo escuchara—. Se queda bobo cuando te mira, nunca lo vi así con nadie, de hecho nunca había traído a nadie aquí. Cuídalo, ¿vale? Y vuelve pronto, porque necesito a alguien para burlarme de él conmigo.

Me reí, apretándola de vuelta.

—Puedes estar tranquila.

Noah estuvo a mi lado todo el tiempo, callado, solo observando. Cuando finalmente entramos en el coche, todavía sentía el calor de esos abrazos. Por primera vez en mucho tiempo, no me sentí como una intrusa. Me sentí... parte de algo.

Mientras Noah conducía de vuelta a la universidad, me quedé en silencio un buen rato, mirando por la ventana.

—Tu familia es increíble —dije bajito, sin mirarlo.

Me miró y sonrió.

—Les gustaste —dijo simplemente—. De verdad, mi madre no para de hablar de ti desde ayer. Mi padre... bueno, él no elogia a nadie y tú conseguiste sacarle un “eres bienvenida siempre”. Eso es raro.

Giré el rostro hacia él, sintiendo el pecho apretarse de una forma buena.

—Yo también me gustaron ellos. Fue... bueno estar allí. Me sentí en casa de una forma que no esperaba.

Noah sonrió de nuevo.

—Entonces vuelve cuando quieras, conmigo o sin mí. La puerta siempre va a estar abierta para ti.

No respondí con palabras, solo sonreí de vuelta y me quedé mirando por la ventana, con una sonrisa pequeña y verdadera en el rostro.

Noah condujo en silencio la mayor parte del resto del camino, a veces me mostraba algo en el paisaje. Cuando nos detuvimos frente a mi apartamento, apagó el motor y se giró hacia mí.

—Gracias por haber venido conmigo.

—Yo te agradezco —respondí, intentando sonreír—. Tu familia es... genial.

Sujetó mi mano.

—Violet...

—No —interrumpí suavemente—. Todavía no, necesito pensar.

Asintió, respetando mi espacio.

—Está bien, cuando quieras hablar, estoy aquí.

Bajé del coche y él también. Noah sacó mi maleta del maletero y antes de tomarla, lo miré una vez más.

—Adiós, Whitmore.

—Adiós, Harper.

Tomé la maleta y entré al edificio, el corazón latiendo tan rápido que podría jurar que Noah podía oírlo.

Porque sabía que, después de este fin de semana, fingir se iba a volver cada vez más difícil.



23

STAND BY ME

NOAH WHITMORE



Pasé la noche entera dando vueltas de un lado a otro en la cama.

Casi le mandé un mensaje unas diez veces. Escribí, borré, escribí de nuevo, quería saber si estaba bien, si había podido dormir, si estaba arrepentida de lo que pasó en el piano. Pero cada vez que iba a apretar "enviar", recordaba la voz de ella diciendo "necesito pensar".

Entonces no le mandé nada.

Le di espacio, aunque eso me estuviera matando.

Al día siguiente, pasé toda la mañana buscándola en el campus. Miré en el edificio de Letras, en la biblioteca, en el comedor

principal... nada. Violet parecía haber desaparecido y cada hora que pasaba sin verla, mi pecho se apretaba más.

En el almuerzo, me senté con Hunter en el rincón de siempre. Él me miró una vez y ya supo.

—Tienes cara de quien no durmió. ¿Qué pasó el fin de semana?

Me pasé la mano por el rostro, exhausto.

—Estoy jodido, Hunter.

Levantó una ceja.

—Habla ya.

Respiré hondo y lo solté todo de una vez:

—Creo que estoy enamorado de ella, de verdad. Ya no es el acuerdo, ya no es fingimiento. Pienso en ella todo el tiempo, cuando sonrío, cuando me insulta, cuando se enfada... solo quiero estar cerca. Ayer, en la casa de mis padres, la vi riendo con mi familia y... joder, quise eso para siempre. Estoy enamorado de Violet, tío.

Hunter se quedó en silencio un segundo, luego abrió una sonrisa enorme.

—Finalmente lo admitiste, estaba esperando esto desde hace días. ¿Y ahora? ¿Vas a decírselo?

Negué con la cabeza, mirando al suelo.

—¿Y si se aleja para siempre? ¿Y si me dice que para ella todavía es solo el acuerdo? No quiero perderla, Hunter, no quiero volver a ser solo el Noah Whitmore que todo el mundo quiere follarse, pero nadie quiere de verdad.

Hunter puso la mano en mi hombro.

—Entonces tienes que arriesgarte, hermano. Las cosas buenas de la vida dan miedo de verdad, pero si no se lo dices, te vas a arrepentir para siempre.

Me quedé pensando en sus palabras el resto de la tarde.

Al final de las clases, el cielo estaba oscuro como si fuera de noche, nubes pesadas, aire húmedo, olor a lluvia fuerte. Estaba caminando hacia el estacionamiento cuando la vi.

Violet caminaba apresurada por el camino principal, cabeza baja, hombros tensos. Miraba al cielo cada dos segundos, el rostro pálido.

Corrí detrás de ella.

—¡Violet!

Se detuvo, pero no se giró de inmediato. Cuando me acerqué, vi que estaba temblando.

—Oye... ¿qué pasa? —pregunté, preocupado.

—Necesito ir a casa —dijo, con voz baja y urgente, mirando de nuevo al cielo que se oscurecía rápido—. Ahora.

El primer trueno resonó alto. Violet dio un salto, abrazando su propio cuerpo. Empezó a llover fuerte, gotas gruesas cayendo como si el cielo se estuviera derrumbando.

Entró en pánico.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, la respiración se volvió corta y rápida. Intentó caminar más rápido, pero las piernas le fallaban.

—Violet... —la llamé, corriendo para ponerme delante de ella.

Estaba llorando ahora, las lágrimas mezclándose con la lluvia.

—Odio la lluvia... odio los truenos... no puedo...

No lo pensé dos veces, la atraje a mis brazos, abrazándola fuerte, protegiéndola del mundo entero si fuera necesario.

—Estoy aquí contigo —dije cerca de su oído, con voz firme y calmada—. No voy a irme, no necesitas tener miedo de la lluvia. Estoy aquí, Violet, estoy justo aquí y no voy a dejarte sola.

Ella agarró mi camiseta, enterrando el rostro en mi pecho, el cuerpo temblando contra el mío. La lluvia caía fuerte, empapándonos a los dos, pero no me moví. Solo la apreté más

fuerte, una mano en su espalda, la otra acariciando su cabello mojado.

—Respira conmigo. Despacio... eso. Estoy aquí, nada va a pasarte mientras yo esté contigo.

Sollozó contra mi pecho.

Saqué el celular del bolsillo, mojado, pero todavía funcionando. Abrí Spotify y puse la primera canción que me vino a la cabeza: "Stand By Me".

La melodía suave empezó a sonar a pesar de la lluvia.

Sujeté su mano y di un paso atrás, sonriendo incluso con el agua corriendo por mi rostro.

—Ven aquí.

—Noah... ¿qué estás haciendo?

—Creando recuerdos felices en la lluvia —respondí, tirando de ella suavemente—. Para que nunca más tengas que tener miedo.

Empecé a bailar con ella allí mismo, en medio del camino del campus, bajo la tormenta, despacio, sin prisa. Solo nosotros dos, la música, la lluvia y el mundo desapareciendo alrededor.

Violet me miró como si estuviera loco... y luego sonrió. Una sonrisa pequeña, mojada de lluvia y lágrimas, pero verdadera.

Me dejó girarla despacio, me dejó tirarla de vuelta a mi pecho, me dejó cantarle bajito al oído:

"When the night has come... and the land is dark... and the moon is the only light we'll see..."

Se rio entre lágrimas, apoyando la frente en mi pecho mientras bailábamos.

Cuando la canción casi llegó al final, sujeté su rostro con ambas manos, los pulgares limpiando la lluvia mezclada con lágrimas.

Y la besé.

No fue un beso urgente, fue lento, profundo, lleno de todo lo que ya no podía esconder. La besé como si quisiera que sintiera todo: el miedo que tuve de perderla, las ganas locas de protegerla, y lo enamorado que estaba.

Cuando nos separamos, ella estaba jadeando, los ojos brillando.

La lluvia seguía cayendo, pero ya no temblaba.

Apoyé mi frente en la de ella y susurré:

—Estoy aquí, Violet, siempre que me necesites. Para la lluvia, para la tormenta... para todo.

Cerró los ojos y sonrió.

Y en ese momento, bajo la lluvia, con ella en mis brazos, supe que ya no quería fingir.

Quería todo.

De verdad.

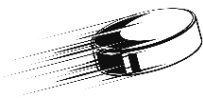




24

MARIPOSITA

VIOLET HARPER



La lluvia todavía caía fuerte cuando Noah dejó de bailar conmigo en medio del camino del campus. Todo mi cuerpo temblaba, pero ya no era de miedo, era diferente, algo caliente, aterrador y maravilloso.

Lo había conseguido.

Noah Whitmore, el chico que juraba que odiaba, había conseguido que bailara bajo la lluvia. Había conseguido transformar mi mayor terror en algo casi... bonito. La canción "Stand By Me" todavía sonaba bajito en su celular.

Lo miré. El agua corría por su rostro hermoso, cabello pegado a la frente, ojos brillando incluso en la oscuridad de la tormenta.

—Tú... lo conseguiste —susurré, con voz ronca de tanto llorar.

Sonrió de esa forma que hacía que mi corazón doliera de una forma buena.

—Te dije que iba a crear recuerdos felices en la lluvia para ti. Promesa cumplida.

Me atrajo a un abrazo apretado, protegiéndome del mundo entero si fuera necesario. Me hundí en su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo incluso bajo el agua fría. Por primera vez en años, la lluvia no me hizo querer desaparecer.

Caminamos hasta mi apartamento en silencio, de la mano. Yo estaba empapada, él también. Cuando entramos, el silencio del apartamento contrastó con la tormenta afuera.

—Toma —dije, tomando una toalla grande del armario y tirándosela—. Sécate un poco.

Me dio las gracias y, sin ceremonia, se quitó la camiseta mojada por la cabeza. Mi mirada me traicionó y bajó por su pecho definido, por los abdominales marcados, por la línea que bajaba...

Desvié la mirada rápido, sintiendo el rostro arder.

Puse su camiseta en la secadora y fui a cambiarme de ropa en la habitación. Cuando volví a la sala con una blusa holgada y short, Noah estaba sentado en el sofá, el cabello todavía mojado.

Tomé el secador y empecé a secarme el cabello. Él me observó un momento, luego se levantó.

—Déjame hacer eso.

—¿Qué?

—Déjame secarte el cabello.

Dudé, pero terminé entregándole el secador. Me senté en el suelo, frente a él. Noah se arrodilló detrás de mí en la alfombra, encendió el secador y empezó a pasar los dedos despacio por mis mechones, secando con una delicadeza que me desarmó por dentro.

Era tan cuidadoso, tan gentil.

—¿Ya le has secado el cabello a muchas mujeres, Whitmore?

—Solo a dos, solo a las que son importantes: mi madre y mi hermana.

Después de un rato, habló bajito, casi un susurro, incluso con el ruido del secador y la lluvia afuera:

—Tú eres importante, mariposita...

Lo escuché, cada palabra. Mi corazón dio un salto tan fuerte que dolió.

Cuando terminó, apagó el secador y se sentó en la alfombra, frente a mí. Nos quedamos mirándonos un largo rato. La lluvia seguía cayendo afuera, pero yo ya no sentía pánico. Solo una tristeza antigua que necesitaba salir.

Noah me miró con cariño y dijo suavemente:

—Violet... si no quieres contármelo, está bien. Te juro que entiendo. Pero... ¿por qué tienes tanto miedo de la lluvia?

Respiré hondo, miré hacia la ventana donde la lluvia corría por el vidrio y sentí que las lágrimas volvían. Me acerqué más a él. Noah abrió los brazos y me acurruqué en su regazo, apoyando la cabeza en su pecho.

Y entonces se lo conté.

Se lo conté todo.

—Cuando tenía nueve años... volvíamos de un viaje de fin de semana a la playa. Una tormenta fuerte cayó de la nada. Mi padre perdió el control del coche, hydroplanó y salimos de la carretera, caímos por un barranco.

Mi voz falló. Noah me apretó más contra él.

—Quedamos atrapados ahí abajo casi cuatro horas. Yo estaba en el asiento de atrás, consciente. El agua de la lluvia empezó a entrar en el coche. Escuchaba a mi padre gritando, intentaba despertar a mi madre que se había golpeado la cabeza y se había desmayado... Pensaba que íbamos a morir ahogados. Los truenos eran tan fuertes que el coche entero temblaba. Yo gritaba, lloraba...

me sentía completamente impotente. Pensaba que iba a perder a mis padres allí, sola.

Las lágrimas corrían por mi rostro sin parar.

—Los bomberos nos rescataron en medio de la madrugada. Mi madre estuvo en coma dos días, mi padre se rompió varias costillas y el brazo. Yo salí físicamente bien... pero desde entonces, cualquier lluvia fuerte o trueno me lleva de vuelta a ese coche, y siento que voy a morir otra vez.

Noah me abrazó con más fuerza, una mano acariciando mi espalda, la otra sujetando mi nuca. Besó mi cabello y susurró contra mi cabeza:

—No necesitas tener miedo nunca más, Violet. Estoy aquí y no me voy a ir, ni de la lluvia, ni de ti.

Me quedé en silencio un rato, solo sintiendo su calor, su olor, la seguridad que me daba.

Levantó mi barbilla con delicadeza, mirándome a los ojos.

—Violet... los dos sabemos que esto ya no es solo un acuerdo. Yo ya no puedo fingir más y tú tampoco. He cambiado, tú me cambiaste. Ya no soy ese idiota arrogante que pensabas que era. En realidad... creo que nunca lo fui. Solo quería una vida normal, una vida como la que estoy viviendo ahora, contigo. Amo el hockey... pero también te amo a ti.

Mi corazón se detuvo.

Lo miré, las lágrimas todavía cayendo, pero ahora mezcladas con una sonrisa.

—Ah, Whitmore... —susurré, con voz embargada—. Yo también te amo.

Noah sonrió, esa sonrisa hermosa y verdadera, y me besó.

Fue un beso lento, profundo, lleno de todo lo que ya no podíamos contener. Un beso que ya no era de mentira, que ya no era de acuerdo.

Era real.

Y yo ya no tenía miedo.



25

TODO BIEN

NOAH WHITMORE



Todavía estaba intentando procesar lo que ella acababa de decir cuando Violet sonrió contra mis labios y repitió bajito:

—Realmente te amo, Whitmore.

Mi pecho se apretó de una forma que nunca había sentido antes. Era como si todo lo que había estado conteniendo dentro de mí finalmente hubiera encontrado un lugar donde quedarse. La besé de nuevo, más despacio esta vez, saboreando cada segundo. Su sabor, la forma en que me apretaba como si no quisiera soltarme.

Cuando nos separamos, apoyé mi frente en la de ella y sonreí como un idiota.

—Me gustaría quedarme contigo todo el día... —murmuré, pasando el pulgar por su labio inferior—. Pero tengo entrenamiento

en media hora, y el entrenador me mata si llego tarde.

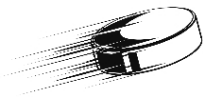
Violet se rio, esa risa ligera y agradable que quería oír todos los días de mi vida.

—Ahora tenemos todo el tiempo del mundo, ¿no? —dijo, todavía con los brazos alrededor de mí—. Ve al entrenamiento, Whitmore, yo sobreviviré.

La besé una vez más, rápido e intenso, luego tomé la camiseta que ya estaba seca y me la puse.

—¿Te veo después?

—Te veo después —confirmó, sonriendo.



El vestuario estaba ruidoso cuando llegué. Hunter y Tyler estaban poniéndose las protecciones cuando entré. En cuanto me vieron, los dos se detuvieron.

—Mira quién llegó con cara de quien ganó la lotería —dijo Hunter, sonriendo de medio lado.

Me senté en el banco y me pasé la mano por el cabello todavía húmedo.

—Se lo conté —dije, directo—. Le dije que estaba enamorado, que ya no era el acuerdo. Y ella... ella dijo que también me ama.

Tyler casi dejó caer el stick.

—¡Joder, Whitmore! ¡Por fin!

Hunter me dio una palmada fuerte en la espalda, riendo como un niño.

—¡Lo sabía! Sabía que te ibas a volver loco con esa chica. Lo tienes escrito en la cara desde el primer día que te mandó a la mierda en el pasillo.

Me reí, negando con la cabeza, no podía parar de sonreír. Por primera vez en mucho tiempo, parecía que todo estaba en su lugar: el hockey, la familia y ahora... Violet.

Todo tenía sentido.

El entrenamiento fue una de las mejores sesiones que había tenido en meses.

El entrenador nos hizo hacer jugadas de ataque y defensa, y yo estaba volando. Cada pase salía limpio, cada finalización acertaba en la esquina. En determinado momento, detuvo el entrenamiento y me señaló:

—¡Whitmore! ¡Eso es jugar con ganas, joder! ¡Sigue así que ganamos el campeonato este año!

Hunter y Tyler empezaron a hacer corazoncitos con las manos cada vez que pasaba cerca de ellos, imitando besos al aire. Les mostré el dedo medio, pero estaba feliz de cojones.

—Váyanse a la mierda, idiotas —grité, pero no pude ocultar la sonrisa.

Por primera vez, no estaba jugando solo por jugar. Estaba jugando ligero, feliz, como si nada pudiera derrumbarme.



Cuando el entrenamiento terminó, me quedé hablando con el entrenador sobre unas jugadas nuevas que quería probar en el próximo partido, terminé atrasándome. Cuando salí de la pista, el vestuario ya estaba vacío, la mayoría de los chicos ya se habían ido, e incluso el entrenador ya había salido.

Tomé una ducha larga, dejando que el agua caliente cayera en mi espalda. Mi cuerpo estaba cansado de una forma buena, pero mi cabeza estaba ligera.

Cuando salí de la ducha, envuelto en la toalla, el celular vibró encima del banco. Lo tomé y abrí el mensaje.

Era una foto.

Violet.

Estaba sentada en la barra de la sala VIP de la pista, usando mi camiseta de los Wolves. La camiseta enorme en ella, las piernas cruzadas, el cabello todavía un poco mojado.

Me puse duro al instante.

Sonreí como un idiota y respondí rápido:

Noah: Voy para allá.

Tiré la toalla en el banco, me puse el short y la camiseta, tomé mi bolsa y salí corriendo.

Cuando llegué a la sala VIP, la puerta estaba entreabierta. Entré y cerré con llave detrás de mí.

Violet estaba exactamente como en la foto, sentada en la barra debajo del enorme ventanal, usando solo mi camiseta. Los botones estaban abiertos lo suficiente para mostrar el comienzo de sus pechos, las piernas cruzadas, pero cuando me vio, las abrió despacio, sin prisa.

La piel rosada apareció.

—¿Querías verme usando solo esta camiseta, no? —preguntó, con voz baja y ronca.

Sonreí, ya sintiendo la sangre hervir.

—Ah, Violet...

Me acerqué a ella quitándome la camiseta con una sola mano, la tiré al suelo y la besé con urgencia, con hambre.

El beso fue brusco, lleno de deseo acumulado. Ella gimió en mi boca, las manos bajando directo a mi short. Tiró de la cintura hacia abajo y mi polla saltó fuera, dura de cojones.

Se arrodilló frente a mí sin decir una palabra.

Su boca caliente envolvió mi polla en un movimiento lento y profundo. Gemí su nombre, sujetando su cabello en una coleta improvisada. Ella clavó las uñas en mi culo, tirándome más profundo en su garganta. Gemí de nuevo, echando la cabeza hacia atrás.

—Joder, Violet... así...

—Yo realmente no me gusta recibir órdenes, Whitmore, pero si me mandas ponerme en cuatro ahora, me veré obligada a obedecer.

—Ponte en cuatro para mí, Harper...

Aguanté lo máximo que pude antes de tirarla hacia arriba, le quité la camiseta con un movimiento rápido, dejándola completamente desnuda frente a mí. Violet se posicionó en cuatro sobre la barra, y yo empujé sus piernas para abrirla más, el culo empinado, el coño mojado brillando para mí.

Me arrodillé detrás de ella y empecé a chuparla con ganas, mi lengua profunda dentro de ella, chupando el clítoris, lamiendo todo. Violet gimió alto, las manos abiertas contra el vidrio frío frente a ella, la pista completa a nuestros pies.

Mi nombre salió de su boca con una voz melosa y llena de deseo.

—Noah... ay, joder...

Me levanté, tomé la bolsa que había tirado al suelo y saqué un condón de la cartera, me lo puse rápido, sujetando la base de la polla. Me posicioné en su entrada y entré de una vez, profundo, sin parar.

Violet gritó, todo su cuerpo arqueándose.

—Noah... eres enorme... joder...

—Y tú estás rica de cojones —respondí, embistiendo profundo, sujetando su cintura con fuerza—. Tan apretada... tan mojada... apretándome como si quisieras tragarme entero.

Empecé a follarla con fuerza, el sonido mojado de nuestros cuerpos resonando en la sala vacía. Con cada embestida, ella gemía

más alto. Mis manos apretaban su culo, abriéndola más para ver mi
polla entrando y saliendo de ella.



26

TODO DE TI

VIOLET HARPER



Estaba de cuatro sobre la barra de la sala VIP, las manos abiertas contra el vidrio frío, todo el cuerpo temblando mientras Noah embestía profundo dentro de mí. La sensación de él llenándome por completo era casi demasiado. Era grande, muy grande, y cada embestida parecía abrirme más, marcarme por dentro.

—Noah... —gemí, con la voz fallando—. Eres enorme... joder...

Sujetó mi cintura con más fuerza, los dedos clavándose en mi piel, y embistió profundo de nuevo, arrancando un grito ronco de mi garganta.

—Y tú estás rica de cojones —respondió, con voz grave y sucia, casi un gruñido—. Tan apretada... tan mojada... apretándome

como si quisieras tragarme entero.

Salió casi todo y volvió de una vez, profundo, la cadera chocando contra mi culo con un sonido mojado y obsceno. Me arqueé más, empujando la cadera para él, pidiendo más sin palabras. Noah entendió, siempre entendía.

Una de sus manos bajó entre mis piernas, los dedos encontraron mi clítoris hinchado y lo frotaron en círculos rápidos mientras seguía follando sin parar. Todo mi cuerpo reaccionó, gemí alto, las uñas arañando el vidrio.

—Eso... así... no pares...

—No voy a parar —prometió con voz ronca—. Quiero sentirte corriéndote en mi polla, Violet. Quiero que te corras para mí.

Cambió el ángulo y acertó ese punto dentro de mí que hizo que mis piernas temblaran. Grité su nombre, todo mi cuerpo contrayéndose. El orgasmo me tomó por sorpresa, fuerte, intenso, haciendo que lo apretara con tanta fuerza que él gimió mi nombre como una oración.

—Violet... joder... me vas a matar...

Todavía estaba temblando cuando salió de dentro de mí. Antes de que pudiera quejarme por la pérdida, me giró de frente a él, me sentó en la barra y abrió mis piernas de nuevo. Se arrodilló en el suelo de una vez, sin dudar, y hundió la boca en mi coño.

—Ah, Dios mío... —gemí, echando la cabeza hacia atrás, las manos yendo directo a su cabello.

Chupó mi clítoris con ganas, su lengua trabajando sin piedad, dos dedos entrando y saliendo de mí al mismo ritmo. Estaba demasiado sensible después del primer orgasmo, pero él no disminuyó el ritmo. Al contrario, chupó más fuerte, los dedos curvados en el lugar correcto, y sentí el segundo orgasmo acercándose demasiado rápido.

—Noah... voy a... voy a correrme de nuevo...

—Córrete para mí —murmuró contra mi piel, su voz vibrando—. Córrete en mi boca, mariposita.

Y me corrí fuerte, todo mi cuerpo arqueándose, mis piernas apretando su cabeza, un gemido largo y quebrado saliendo de mi garganta mientras me corría en su boca por segunda vez en menos de diez minutos. Noah lamió todo, despacio, como si quisiera prolongar mi placer lo máximo posible.

Cuando finalmente se levantó, el rostro brillante, los labios hinchados y mojados, me besó. Pude sentir mi propio sabor en su lengua. Fue sucio, fue íntimo, fue perfecto.

—Aún no he terminado contigo —murmuró contra mis labios, con voz ronca de deseo.

Me giró de nuevo, colocándome de cuatro sobre la barra y posicionó su polla en mi entrada. Entró despacio esta vez, centímetro por centímetro, dejándome sentir cada pedacito de él abriéndome. Cuando estuvo completamente dentro, se detuvo, una mano en mi espalda baja, la otra sujetando mi cadera.

—Tan rica... —gimió—. Tan perfecta para mí.

Empezó a follarme despacio, profundo, cada embestida calculada para volverme loca. Gemía con cada movimiento, el cuerpo demasiado sensible, pero queriendo cada vez más. Noah aumentó el ritmo poco a poco, hasta estar follándome con fuerza, el sonido mojado de nuestros cuerpos resonando en la sala vacía.

—Tócate el coño para mí —pidió, con voz ronca—. Quiero sentirte corriéndote de nuevo.

Obedecí sin pensar, una mano bajando entre mis piernas, los dedos frotando mi clítoris hinchado mientras él follaba sin parar. El placer era casi demasiado. Estaba llorando de deseo, gimiendo sin control, todo mi cuerpo suyo.

—Noah... voy a correrme... voy a correrme de nuevo...

—Córrete, amor —pidió, con voz embargada—. Córrete en mi polla.

Me corrí por tercera vez, todo mi cuerpo contrayéndose, apretándolo con tanta fuerza que él gimió mi nombre como si estuviera en dolor. Embistió tres veces más, profundo, y se corrió también, la polla pulsando dentro de mí, el calor del condón llenándome.

Nos quedamos así un largo momento, él dentro de mí, nuestros cuerpos sudados y temblando, la respiración pesada.

Noah salió despacio, se quitó el condón y lo tiró a la basura. Luego me giró y me atrajo a un abrazo apretado, besando mi cabello, mi frente, mis labios con una delicadeza que contrastaba completamente con la forma en que me había follado hacía segundos.

—¿Estás bien? —preguntó bajito, el pulgar acariciando mi mejilla.

—Estoy... más que bien —respondí, todavía sin aliento—. Me destruiste.

Se rio, esa risa grave y satisfecha, y me besó de nuevo.

—Bien. Porque pretendo hacer esto muchas veces.

Nos vestimos despacio, riendo como adolescentes cuando intenté ponerme las bragas y casi me caí porque las piernas todavía estaban débiles. Noah me sujetó por la cintura, besando mi cuello mientras intentaba equilibrarme.

—Deja de distraerme —me quejé, riendo.

—No puedo, te ves demasiado sexy cuando intentas enfadarte.

Cuando finalmente salimos de la sala VIP, la pista estaba silenciosa y oscura. La mayoría de las luces ya estaban apagadas. Caminamos de la mano por el pasillo vacío, nuestros pasos resonando.

—Sabes... —empecé, mirándolo de reojo—. Nunca imaginé que terminaría follando en la sala VIP de la pista de los Wolves.

Noah se rio, apretando mi mano.

—Pues sí. Y yo nunca imaginé que estaría tan feliz por eso.

Salimos por la puerta lateral de la pista. La noche estaba fría después de la lluvia, el aire limpio. Noah me atrajo a un abrazo antes de entrar en el coche, besándome despacio, sin prisa.

—Te amo —murmuró contra mis labios.

—Yo también te amo —respondí, sintiendo el pecho calentarse.

Entramos en el coche, encendió el motor y me miró antes de salir.

—¿Vamos a tu casa?

—Vamos —respondí, sonriendo—. Pero mañana me llevas a entrenar de nuevo.

Noah se rio, echando la cabeza hacia atrás.

—Trato hecho, Harper.

Mientras conducía por el campus iluminado, miré por la ventana y sonreí sola.

Todo parecía estar exactamente donde debía estar y en el fondo eso me asustaba. En mi vida nada había sido fácil, siempre había algún problema, pero ahora, después de todo esto, después de Noah, todo parecía estar bien.

Y yo finalmente estaba sintiendo esa sensación maravillosa de saber que había caído en el plato de un carnívoro faminto.



27

PARTE DE MÍ

NOAH WHITMORE



Dos semanas habían pasado desde el fin de semana en la casa de mis padres, y todavía no podía creer lo mucho que mi vida había cambiado después de eso.

Los Wolves seguían invictos en la temporada, cada partido era una victoria segura. El equipo estaba más unido que nunca, y yo... yo estaba diferente. Ya no era ese tipo que llegaba al vestuario con resaca y salía directo a la fiesta. Ahora, las fiestas en La Casa sucedían con menos frecuencia y cuando ocurrían, Violet siempre estaba allí. Sentada en el sofá conmigo, riendo de algo que Hunter había dicho, o bailando en medio de la sala con Scarlet mientras yo la observaba de lejos, sintiendo un orgullo idiota solo por saber que era mi chica.

Nunca había sido así, nunca había querido que alguien formara parte de mi rutina como Violet lo hacía, y lo más loco era que ella parecía gustarle. De mí y de este mi mundo idiota.



El partido de hoy era importante, uno de los más importantes de la temporada en realidad. Estábamos jugando contra el equipo que estaba justo detrás de nosotros en la clasificación, y una victoria hoy prácticamente sellaría nuestro liderazgo. La pista estaba llena, la afición gritando sin parar. Yo estaba en el banco antes del inicio, ajustando los guantes, cuando levanté la mirada y la vi.

Violet estaba en la zona VIP, usando mi camiseta y unos jeans, el cabello recogido en un moño desordenado. Me vio y sonrió, una sonrisa pequeña, solo para mí. Le devolví la sonrisa, sintiendo el pecho apretarse de una forma buena.

El silbato sonó y el partido comenzó.

Estaba jugando como si tuviera algo que probar, no para el entrenador, no para mis compañeros de equipo, sino para ella. Cada vez que atrapaba el disco, pensaba en ella sintiendo orgullo de mí.

En el primer período, hice dos goles. El primero fue un tiro de larga distancia que tomó por sorpresa al portero. Después de celebrar con el equipo, patiné hasta la barrera y apunté hacia ella. Violet se rio, negando con la cabeza, pero vi la forma en que se mordió el labio, intentando disimular la sonrisa.

El segundo gol fue más bonito, un contraataque rápido. Driblé a dos defensores y atravesé al portero con un movimiento que ni yo sabía que era capaz de hacer. Cuando la afición explotó, no celebré con el equipo, solo la miré a ella e hice el gesto de beso al aire. Violet cubrió su rostro con las manos, avergonzada, pero sabía que estaba riendo por debajo.

En el segundo período, hice uno más. Un gol de rebote, después de que Ryan defendiera un tiro imposible. Ni siquiera lo pensé, solo apunté hacia las gradas de nuevo, directo hacia donde ella estaba. La afición gritó mi nombre, pero yo solo tenía ojos para ella. Violet estaba de pie ahora, aplaudiendo, el rostro iluminado, el orgullo estampado. Ella estaba allí, mi chica estaba allí animándome.

Al final del tercer período, el marcador era 6 a 2 para nosotros. Tres goles había hecho. Cuando sonó el silbato final, todo el equipo se abrazó. Celebramos una vez más mirando la gran bandera de los Wolves extendiéndose por las gradas, el lobo plateado surgiendo, Ghost el mascota del equipo, mirándonos, como si estuviera aprobando nuestro desempeño.

Pero yo solo quería una cosa.

Patiné hasta la barrera y ella ya estaba allí, esperando. Me quité el casco, sujeté su rostro con los guantes y la besé. Fue un beso largo, apasionado, sin importarme la afición gritando alrededor. Violet sujetó mi camiseta, tirándome más cerca, y sentí el sabor de su gloss mezclado con la adrenalina de la victoria.

—Estuviste increíble —dijo cuando nos separamos, los ojos brillando.

—Todo por ti —respondí, y era verdad. Estaba cambiando por esa chica, y estaba feliz de cojones.



Después del partido, el entrenador me llamó en el vestuario. Estaba quitándome las protecciones cuando se acercó, el rostro serio, pero no enfadado.

—Whitmore, ven un segundo.

Lo seguí hasta el rincón del vestuario, lejos de los demás. Cruzó los brazos y me miró un largo momento.

—Vi la forma en que jugaste hoy. Sin duda fue uno de los mejores partidos de tu vida.

—Gracias, entrenador.

—Y sé por qué. —Suspiró, pasándose la mano por la barbilla—. Es bueno verte feliz, Noah, de verdad. Has cambiado en las últimas semanas. Estás más enfocado, más ligero, más... completo. Pero necesito decirte algo.

Esperé, sintiendo el estómago apretarse.

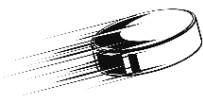
—Este noviazgo... no puede afectar tu rendimiento en el hielo. Los Wolves te necesitan más que nunca. Eres nuestro mejor delantero. Si esta relación empieza a distraerte, si empiezas a perder el foco... vamos a tener problemas. Y no quiero tener que elegir entre el equipo y tu felicidad. ¿Entendiste lo que te estoy diciendo?

Asentí, serio.

—Lo entendí, y no va a pasar. Violet... ella me hace mejor. No peor. Lo juro.

El entrenador me dio una palmada en el hombro.

—Espero que sí, chico. Ahora ve a celebrar, pero mañana volvemos al trabajo.



La fiesta en La Casa estaba llena cuando llegamos. La música alta, las luces de colores, el olor a cerveza y tragos extraños que Ryan debía estar preparando. Había tomado una ducha rápida en el vestuario y me había puesto una camiseta blanca con jeans. Violet estaba a mi lado, todavía usando mi camiseta, pero el cabello suelto ahora.

Me senté en el sofá con Hunter y Tyler, una cerveza en la mano, pero mis ojos no se despegaban de ella.

Violet estaba en medio de la sala, bailando con Scarlet. La camiseta grande en ella, las mangas dobladas, la forma en que movía las caderas al ritmo de la música. Estaba sonriendo. Una sonrisa amplia, genuina, de esas que iluminaban todo su rostro. Scarlet le dijo algo al oído y las dos estallaron en carcajadas. Violet echó la cabeza hacia atrás, el cabello volando, y sentí algo apretarse en mi pecho.

Haría cualquier cosa por ella.

El pensamiento vino de la nada, pero era verdadero. Haría cualquier cosa para mantener esa sonrisa en su rostro, cualquier cosa para que ella siguiera riendo así, ligera, feliz, sin miedo. Sería lo que ella necesitara que fuera: el novio paciente, el chico que sostenía su mano durante la tormenta, el que bailaba bajo la lluvia, el que le hacía olvidar el pasado. Todo. Porque verla así... era todo lo que quería.

Hunter me dio un codazo.

—Límpiate la baba, Whitmore.

—Cállate —respondí, pero estaba sonriendo.

Tyler se rio.

—Míralo, el tipo que juraba que nunca se iba a apegar. Ahora está ahí, viendo a su novia bailar como si el mundo dependiera de eso.

Me encogí de hombros, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Tal vez mi mundo dependa de eso.

Se rieron, pero yo no estaba bromeando.

Violet me vio mirando y sonrió, haciéndome señas para que fuera con ella. Negué con la cabeza, señalando el sofá. Hizo puchero y siguió bailando, pero sabía que me estaba provocando. Y me encantaba.

Más tarde, cuando la fiesta empezó a vaciarse, vino hasta mí y se sentó en mi regazo, los brazos alrededor de mi cuello.

—Me estuviste mirando toda la noche —murmuró en mi oído.

—Es que te ves aún más linda cuando estás bailando —respondí, besando su cuello—. Y me gusta verte feliz.

Violet se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos.

—Estoy feliz —dijo, simple—. Más feliz de lo que he sido en mucho tiempo.

La besé allí mismo, en medio de la sala que todavía tenía algunas personas. No me importaba, dejé que todo el mundo viera, dejé que ella sintiera, porque ya no quería esconder nada.

Cuando nos separamos, apoyó su frente en la mía y sonrió.

—¿Me llevas a la cama, Whitmore?

—Te llevo —respondí, ya levantándome con ella en brazos.

Y mientras subía las escaleras, con ella riendo contra mi cuello, supe que haría cualquier cosa para mantener esto, cualquier cosa para que ella siguiera sonriendo así.

Porque Violet Harper ya no era solo parte de un acuerdo.

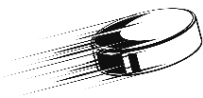
Era parte de mí.



28

SIN MIEDO

VIOLET HARPER



Noah me cargó escaleras arriba. Yo reía contra su cuello, las manos metidas en su cabello húmedo, su olor invadiendo todos mis sentidos. Cuando llegamos a la habitación, pateó la puerta para cerrarla y me apoyó contra ella, besándome con un hambre que me dejó sin aliento.

El beso ya no era solo deseo, era algo más profundo, más urgente, como si quisiera marcarme, demostrarme que todo era real.

—Me vuelves loco, ¿sabías? —murmuró contra mis labios, las manos apretando mi cintura por debajo de su camiseta que todavía llevaba puesta.

Sonreí, tirando de su cabello con fuerza.

—Qué bueno. Porque yo también estoy loca por ti.

Se rio bajito, ese sonido grave que vibraba en mi pecho, y me cargó hasta la cama. Me tiró en el colchón con cuidado, subiendo enseguida encima de mí. Su peso era perfecto. Caliente. Seguro.

Nuestros besos se volvieron más intensos, sus manos exploraban mi cuerpo por debajo de la camiseta, subiendo por mis muslos, apretando mi culo. Gemía en su boca, las piernas ya abriéndose instintivamente para encajarlo entre ellas.

Pero antes de que las cosas se calentaran demasiado, se apartó un poco, respirando agitado, la frente apoyada en la mía.

—Vamos a ducharnos primero —dijo, con voz ronca—. Quiero lavarte, quiero cuidarte.

Me mordí el labio, sintiendo un calor diferente extenderse por mi pecho. No era solo deseo. Era algo más dulce.

—Está bien.

Se levantó, tirándome de la mano. Fuimos juntos al baño de él, que era enorme, con un box de vidrio amplio y una ducha que caía como una cascada del techo.

Noah abrió el agua, ajustando la temperatura hasta que saliera lo suficientemente caliente para levantar vapor. Luego se giró hacia mí y empezó a quitarme la ropa despacio. Primero su camiseta, luego el pantalón. Cada prenda que caía iba acompañada de un beso: en el hombro, en el cuello, en la clavícula.

Cuando quedé desnuda frente a él, me miró de arriba abajo como si estuviera memorizando cada detalle.

—Eres tan preciosa —murmuró, pasando los dedos por mi cintura—. A veces todavía no creo que seas real.

Pasé las manos por su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo la piel.

—Yo tampoco creo que tú seas real a veces.

Sonrió y se quitó su propia ropa. Cuando quedó desnudo frente a mí, no pude disimular la mirada que bajó por su cuerpo. La

polla ya estaba medio dura, pesada entre las piernas. Pasé la mano por ella despacio, sintiéndola palpar en mis dedos.

Noah soltó un gemido bajo y me tiró dentro del box.

El agua caliente cayó sobre los dos. Tomó el jabón y empezó a enjabonarme con cariño: los hombros, los brazos, los pechos, la barriga. Cada toque era lento, casi reverente. Cuando llegó entre mis piernas, no se apresuró. Solo pasó los dedos despacio, abriendo mi coño, sintiendo lo mojada que ya estaba, incluso sin haber hecho nada más que besarnos.

—Ya estás así... —murmuró, los dedos deslizándose por mi entrada—. Tan mojada para mí.

Gemí, apoyando la frente en su pecho.

—Es culpa tuya.

Se rio bajito y se arrodilló frente a mí, sin aviso. El agua caía sobre nosotros, corriendo por su cuerpo mientras abría mis piernas y pasaba la lengua por mí despacio.

Solté un gemido alto, las manos yendo directo a su cabello.

—Noah...

No respondió con palabras, solo chupó mi clítoris con calma, la lengua trabajando en círculos lentos y precisos. Una de sus manos subió por mi muslo y sujetó mi culo, tirándome más hacia su boca. La otra mano subió hasta mi pecho, apretando el pezón entre los dedos.

Me apoyé en la pared del box, las piernas ya temblando. Lamió, chupó, metió la lengua en mí, y yo gemí sin control. Cuando metió dos dedos dentro de mí mientras chupaba mi clítoris con más fuerza, casi me derrumbé.

—Noah... voy a correrme...

No paró. Al contrario. Aumentó el ritmo, los dedos entrando y saliendo de mí mientras la boca trabajaba sin piedad. Me corrí con un grito, todo mi cuerpo contrayéndose, las piernas casi cediendo. Noah sujetó mi cintura con fuerza, manteniéndome de pie mientras

lamía todo, prolongando el placer hasta que estuve demasiado sensible y tuve que tirar de su cabello.

Se levantó, el rostro mojado, los labios brillantes. Me besó, haciéndome sentir mi propio sabor en su lengua. Gemí en su boca, todavía temblando.

—Date la vuelta —pidió, con voz ronca.

Obedecí, girándome de frente al vidrio del box. Noah posicionó mi cuerpo, una mano en mi nuca, la otra en mi cintura. Sentí la cabeza de su polla rozar mi entrada, deslizándose por mi coño mojado.

—Noah... —gemí, empujando la cadera.

—Dime qué quieres —dijo, con voz baja y sucia contra mi oído.

—Te quiero... todo dentro de mí... ahora.

Entró despacio, llenándose centímetro por centímetro, hasta estar completamente dentro. Gemí alto, las manos abiertas contra el vidrio. Él sujetó mi cabello en una coleta y tiró, haciendo que mi cabeza se inclinara hacia atrás mientras empezaba a follarme.

Las embestidas eran profundas, rítmicas, cada una arrancándome un gemido. La mano que no estaba en mi cabello bajó entre mis piernas, los dedos frotando mi clítoris mientras follaba sin parar.

—Eres tan buena... tan apretada... —gemía contra mi cuello—. Me aprietas tan rico...

No podía formar frases, solo gemía su nombre, todo mi cuerpo era de él. El agua caliente caía sobre nosotros, el sonido mojado de nuestras pieles chocando. Cuando tiró de mi cabello más fuerte y mordió mi hombro, me corrí de nuevo, apretándolo con tanta fuerza que casi perdió el ritmo.

—Violet... joder... —gimió, las embestidas volviéndose más cortas y profundas.

Se corrió poco después, la polla pulsando dentro de mí, todo su cuerpo presionado contra el mío. Nos quedamos así un largo rato,

solo respirando, el agua cayendo sobre nosotros.

Noah salió despacio y me giró hacia él, besándome con cariño ahora, las manos pasando por mi cabello mojado, por mi rostro, por mi cuerpo como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—¿Todo bien? —preguntó bajito, el pulgar acariciando mi mejilla.

—Todo perfecto —respondí, sonriendo.

Tomó el jabón de nuevo y terminó de lavarme, despacio, con cariño, y yo hice lo mismo con él. Cuando salimos de la ducha, me envolvió en una toalla grande y me cargó de vuelta a la habitación.

Nos vestimos solo lo básico: yo con una camiseta de él y unas bragas, él solo con un short. Nos acostamos en la cama. Me giré de lado y él se encajó detrás de mí, abrazándome por la cintura, el rostro enterrado en mi cabello. La cuchara perfecta.

Me dormí con su olor, su calor, el sonido de su respiración contra mi cuello.



Me desperté en medio de la noche.

La lluvia había vuelto. Escuchaba el sonido contra la ventana, el viento golpeando los árboles afuera. Abrí los ojos despacio, sintiendo el cuerpo de Noah todavía enrollado en el mío.

Pero él no estaba dormido.

Sentí el movimiento cuando se movió, el brazo que estaba en mi cintura se apretó un poco más. Se levantó despacio, como si intentara no despertarme, y se sentó en el borde de la cama. Miró hacia la ventana, luego hacia mí.

Me moví, girando el rostro hacia él.

—¿Noah?

Me miró, sorprendido.

—Perdón... no quería despertarte.

—Está todo bien —dije, sentándome también—. ¿Estás bien?

Se pasó la mano por el rostro, pareciendo un poco avergonzado.

—Yo... me desperté con la lluvia. Y quise ver si estabas bien, si estabas teniendo una pesadilla o algo así.

Mi corazón se apretó. Me acerqué por detrás y pasé los brazos alrededor de su cintura, apoyando el rostro en su espalda.

—Estoy bien —respondí bajito—. De verdad.

Giró el rostro, intentando verme mejor en la oscuridad.

—¿Segura? Porque si tienes miedo...

—No tengo miedo —lo corté, besando su hombro—. No más.

Se quedó en silencio un segundo.

—¿Por qué?

Sonreí contra su piel.

—Porque estás conmigo. Y cuando estás conmigo... la lluvia ya no me asusta. Solo... existe, como cualquier otra cosa.

Noah se giró completamente, tirándome a su regazo. Me abrazó fuerte, el rostro enterrado en mi cabello.

—Te amo —murmuró contra mi piel—. Un montón.

Sonreí, apretándolo de vuelta.

—Yo también te amo. Y estoy bien, puedes dormir tranquilo.

Me acostó de nuevo, encajándose detrás de mí como antes. Su brazo volvió a mi cintura, tirándome contra su pecho. Sentí el beso que me dio en la nuca, suave, prolongado.

—Buenas noches, mariposita —susurró.

—Buenas noches, Whitmore.

Cerré los ojos, escuchando la lluvia afuera, sintiendo su calor contra mi espalda, y por primera vez en muchos años, el sonido de la tormenta no me hizo querer desaparecer.

Él estaba conmigo.

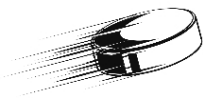
Y eso era suficiente.



28

SIN MIEDO

VIOLET HARPER



Noah me cargó escaleras arriba. Yo reía contra su cuello, las manos metidas en su cabello húmedo, su olor invadiendo todos mis sentidos. Cuando llegamos a la habitación, pateó la puerta para cerrarla y me apoyó contra ella, besándome con un hambre que me dejó sin aliento.

El beso ya no era solo deseo, era algo más profundo, más urgente, como si quisiera marcarme, demostrarme que todo era real.

—Me vuelves loco, ¿sabías? —murmuró contra mis labios, las manos apretando mi cintura por debajo de su camiseta que todavía llevaba puesta.

Sonreí, tirando de su cabello con fuerza.

—Qué bueno. Porque yo también estoy loca por ti.

Se rio bajito, ese sonido grave que vibraba en mi pecho, y me cargó hasta la cama. Me tiró en el colchón con cuidado, subiendo enseguida encima de mí. Su peso era perfecto. Caliente. Seguro.

Nuestros besos se volvieron más intensos, sus manos exploraban mi cuerpo por debajo de la camiseta, subiendo por mis muslos, apretando mi culo. Gemía en su boca, las piernas ya abriéndose instintivamente para encajarlo entre ellas.

Pero antes de que las cosas se calentaran demasiado, se apartó un poco, respirando agitado, la frente apoyada en la mía.

—Vamos a ducharnos primero —dijo, con voz ronca—. Quiero lavarte, quiero cuidarte.

Me mordí el labio, sintiendo un calor diferente extenderse por mi pecho. No era solo deseo. Era algo más dulce.

—Está bien.

Se levantó, tirándome de la mano. Fuimos juntos al baño de él, que era enorme, con un box de vidrio amplio y una ducha que caía como una cascada del techo.

Noah abrió el agua, ajustando la temperatura hasta que saliera lo suficientemente caliente para levantar vapor. Luego se giró hacia mí y empezó a quitarme la ropa despacio. Primero su camiseta, luego el pantalón. Cada prenda que caía iba acompañada de un beso: en el hombro, en el cuello, en la clavícula.

Cuando quedé desnuda frente a él, me miró de arriba abajo como si estuviera memorizando cada detalle.

—Eres tan preciosa —murmuró, pasando los dedos por mi cintura—. A veces todavía no creo que seas real.

Pasé las manos por su pecho, sintiendo los músculos tensos bajo la piel.

—Yo tampoco creo que tú seas real a veces.

Sonrió y se quitó su propia ropa. Cuando quedó desnudo frente a mí, no pude disimular la mirada que bajó por su cuerpo. La

polla ya estaba medio dura, pesada entre las piernas. Pasé la mano por ella despacio, sintiéndola palpar en mis dedos.

Noah soltó un gemido bajo y me tiró dentro del box.

El agua caliente cayó sobre los dos. Tomó el jabón y empezó a enjabonarme con cariño: los hombros, los brazos, los pechos, la barriga. Cada toque era lento, casi reverente. Cuando llegó entre mis piernas, no se apresuró. Solo pasó los dedos despacio, abriendo mi coño, sintiendo lo mojada que ya estaba, incluso sin haber hecho nada más que besarnos.

—Ya estás así... —murmuró, los dedos deslizándose por mi entrada—. Tan mojada para mí.

Gemí, apoyando la frente en su pecho.

—Es culpa tuya.

Se rio bajito y se arrodilló frente a mí, sin aviso. El agua caía sobre nosotros, corriendo por su cuerpo mientras abría mis piernas y pasaba la lengua por mí despacio.

Solté un gemido alto, las manos yendo directo a su cabello.

—Noah...

No respondió con palabras, solo chupó mi clítoris con calma, la lengua trabajando en círculos lentos y precisos. Una de sus manos subió por mi muslo y sujetó mi culo, tirándome más hacia su boca. La otra mano subió hasta mi pecho, apretando el pezón entre los dedos.

Me apoyé en la pared del box, las piernas ya temblando. Lamió, chupó, metió la lengua en mí, y yo gemí sin control. Cuando metió dos dedos dentro de mí mientras chupaba mi clítoris con más fuerza, casi me derrumbé.

—Noah... voy a correrme...

No paró. Al contrario. Aumentó el ritmo, los dedos entrando y saliendo de mí mientras la boca trabajaba sin piedad. Me corrí con un grito, todo mi cuerpo contrayéndose, las piernas casi cediendo. Noah sujetó mi cintura con fuerza, manteniéndome de pie mientras

lamía todo, prolongando el placer hasta que estuve demasiado sensible y tuve que tirar de su cabello.

Se levantó, el rostro mojado, los labios brillantes. Me besó, haciéndome sentir mi propio sabor en su lengua. Gemí en su boca, todavía temblando.

—Date la vuelta —pidió, con voz ronca.

Obedecí, girándome de frente al vidrio del box. Noah posicionó mi cuerpo, una mano en mi nuca, la otra en mi cintura. Sentí la cabeza de su polla rozar mi entrada, deslizándose por mi coño mojado.

—Noah... —gemí, empujando la cadera.

—Dime qué quieres —dijo, con voz baja y sucia contra mi oído.

—Te quiero... todo dentro de mí... ahora.

Entró despacio, llenándose centímetro por centímetro, hasta estar completamente dentro. Gemí alto, las manos abiertas contra el vidrio. Él sujetó mi cabello en una coleta y tiró, haciendo que mi cabeza se inclinara hacia atrás mientras empezaba a follarme.

Las embestidas eran profundas, rítmicas, cada una arrancándome un gemido. La mano que no estaba en mi cabello bajó entre mis piernas, los dedos frotando mi clítoris mientras follaba sin parar.

—Eres tan buena... tan apretada... —gemía contra mi cuello—. Me aprietas tan rico...

No podía formar frases, solo gemía su nombre, todo mi cuerpo era de él. El agua caliente caía sobre nosotros, el sonido mojado de nuestras pieles chocando. Cuando tiró de mi cabello más fuerte y mordió mi hombro, me corrí de nuevo, apretándolo con tanta fuerza que casi perdió el ritmo.

—Violet... joder... —gimió, las embestidas volviéndose más cortas y profundas.

Se corrió poco después, la polla pulsando dentro de mí, todo su cuerpo presionado contra el mío. Nos quedamos así un largo rato,

solo respirando, el agua cayendo sobre nosotros.

Noah salió despacio y me giró hacia él, besándome con cariño ahora, las manos pasando por mi cabello mojado, por mi rostro, por mi cuerpo como si quisiera asegurarse de que estaba bien.

—¿Todo bien? —preguntó bajito, el pulgar acariciando mi mejilla.

—Todo perfecto —respondí, sonriendo.

Tomó el jabón de nuevo y terminó de lavarme, despacio, con cariño, y yo hice lo mismo con él. Cuando salimos de la ducha, me envolvió en una toalla grande y me cargó de vuelta a la habitación.

Nos vestimos solo lo básico: yo con una camiseta de él y unas bragas, él solo con un short. Nos acostamos en la cama. Me giré de lado y él se encajó detrás de mí, abrazándome por la cintura, el rostro enterrado en mi cabello. La cuchara perfecta.

Me dormí con su olor, su calor, el sonido de su respiración contra mi cuello.



Me desperté en medio de la noche.

La lluvia había vuelto. Escuchaba el sonido contra la ventana, el viento golpeando los árboles afuera. Abrí los ojos despacio, sintiendo el cuerpo de Noah todavía enrollado en el mío.

Pero él no estaba dormido.

Sentí el movimiento cuando se movió, el brazo que estaba en mi cintura se apretó un poco más. Se levantó despacio, como si intentara no despertarme, y se sentó en el borde de la cama. Miró hacia la ventana, luego hacia mí.

Me moví, girando el rostro hacia él.

—¿Noah?

Me miró, sorprendido.

—Perdón... no quería despertarte.

—Está todo bien —dije, sentándome también—. ¿Estás bien?

Se pasó la mano por el rostro, pareciendo un poco avergonzado.

—Yo... me desperté con la lluvia. Y quise ver si estabas bien, si estabas teniendo una pesadilla o algo así.

Mi corazón se apretó. Me acerqué por detrás y pasé los brazos alrededor de su cintura, apoyando el rostro en su espalda.

—Estoy bien —respondí bajito—. De verdad.

Giró el rostro, intentando verme mejor en la oscuridad.

—¿Segura? Porque si tienes miedo...

—No tengo miedo —lo corté, besando su hombro—. No más.

Se quedó en silencio un segundo.

—¿Por qué?

Sonreí contra su piel.

—Porque estás conmigo. Y cuando estás conmigo... la lluvia ya no me asusta. Solo... existe, como cualquier otra cosa.

Noah se giró completamente, tirándome a su regazo. Me abrazó fuerte, el rostro enterrado en mi cabello.

—Te amo —murmuró contra mi piel—. Un montón.

Sonreí, apretándolo de vuelta.

—Yo también te amo. Y estoy bien, puedes dormir tranquilo.

Me acostó de nuevo, encajándose detrás de mí como antes. Su brazo volvió a mi cintura, tirándome contra su pecho. Sentí el beso que me dio en la nuca, suave, prolongado.

—Buenas noches, mariposita —susurró.

—Buenas noches, Whitmore.

Cerré los ojos, escuchando la lluvia afuera, sintiendo su calor contra mi espalda, y por primera vez en muchos años, el sonido de la tormenta no me hizo querer desaparecer.

Él estaba conmigo.

Y eso era suficiente.



30

MI VIOLET

NOAH WHITMORE



Detuve el coche frente a su apartamento y dejé el motor encendido. Violet no bajó de inmediato. Se quedó mirando al frente, las manos entrelazadas en el regazo, el cabello todavía un poco revuelto después de todo lo que pasó en The Den.

—¿Vas a estar bien? —preguntó bajito, sin mirarme.

Giré el rostro hacia ella y sujeté un mechón de su cabello entre los dedos.

—Voy a estar bien, Harper. No necesitas preocuparte por mí.

Finalmente me miró. Sus ojos todavía estaban un poco rojos, pero ahora tenían algo más fuerte. Preocupación. Amor. Miedo.

—No quiero que te jodas por mi culpa, Noah.

Sonreí de medio lado y llevé su mano hasta mis labios, besando sus dedos.

—Ya te dije, haría cualquier cosa por ti. Cualquier cosa.

Violet se mordió el labio inferior, como hacía cuando intentaba contener las emociones. Luego asintió despacio.

—¿Me llamas cuando llegues a casa?

—Te llamo.

Se inclinó, me dio un beso lento y dulce en la boca, y salió del coche. Me quedé allí, con el motor encendido, mirando hasta que entró al edificio y encendió la luz del apartamento. Solo cuando la cortina se cerró puse el coche en movimiento.

La casa estaba silenciosa cuando llegué, pero las luces de la sala estaban encendidas. Cuando abrí la puerta, vi a Tyler, Hunter y Ryan sentados en la cocina, cada uno con una cerveza en la mano. Levantaron la vista al mismo tiempo.

—Llegó —dijo Hunter, empujando una silla con el pie—. Siéntate.

Tiré las llaves en la encimera y me senté. Tyler empujó una cerveza hacia mí sin decir nada. Ryan fue directo al punto.

—El tipo al que casi mataste hoy... es reserva del equipo. El entrenador ya debe haberse enterado. Puedes ser sancionado, Noah.

Abrí la botella y di un trago largo antes de responder.

—No me importa.

Tyler frunció el ceño.

—El equipo te necesita, tío. Eres nuestro mejor delantero. Si el entrenador te suspende...

—¿Qué querían que hiciera? —lo corté, la voz saliendo más alta de lo que pretendía—. Ese hijo de puta es un cabrón. Un abusador de mierda. Tenía las manos en Violet. En mi Violet. La tiró al suelo. Iba... iba a hacerle mierda. Yo no iba a dejarlo. Nunca.

El silencio cayó sobre la cocina por unos segundos.

Hunter fue el primero en hablar, con voz baja y firme:

—Estamos contigo, Noah. Vimos lo que pasó, vamos a hablar con el entrenador. Somos familia. Y la familia se apoya.

Tyler levantó la botella hacia él.

—Juntos siempre.

Ryan hizo lo mismo.

—Juntos siempre.

Asentí, sintiendo el pecho apretarse. Ryan y Tyler se levantaron después de unos minutos más, dándome palmadas en la espalda antes de subir a sus habitaciones. Hunter se quedó, como siempre se quedaba.

Los dos nos quedamos en silencio un rato, solo el ruido de la nevera y el viento afuera. Hunter estaba apoyado en la encimera, mirándome con esa expresión que usaba cuando sabía que estaba a punto de perder la cabeza.

—La amas, ¿verdad? —preguntó de repente.

Giré el rostro hacia la ventana de la cocina. Las luces de la ciudad parpadeaban a lo lejos. Respiré hondo y respondí sin mirarlo:

—No pensé que fuera capaz de amar a alguien como amo a Violet, tío. Ella me hace sonreír solo de pensar en ella. Haría cualquier cosa por ella. Alejaría a cualquiera que pudiera hacerle daño... y eso me incluye a mí también.

Hunter se quedó callado un largo momento. Cuando habló, su voz estaba más baja:

—Me alegra verte enamorado, hermano. De verdad. Solo no quiero que sufras en el camino.

Me giré hacia él. Hunter no era de demostrar mucho, pero veía la preocupación genuina en sus ojos. Nos conocíamos desde hacía años. Había visto todas las versiones malas de mí. Y ahora estaba viendo esta versión... la que estaba amando de verdad.

Me levanté y lo abracé. Un abrazo corto, pero fuerte. Hunter me dio dos palmadas en la espalda.

—Ve a dormir, Whitmore. Mañana resolvemos lo que se pueda resolver.

Asentí y subí las escaleras.

En mi habitación, tomé una ducha larga, dejando que el agua caliente golpeará mi espalda hasta que la piel se pusiera roja. Cuando salí, me acosté en la cama solo en bóxer, el celular en la mano.

Abrí la galería de fotos.

La primera que apareció fue una que había tomado hace algunos días, sin que ella se diera cuenta. Violet estaba sentada en las gradas durante un entrenamiento, usando mi camiseta y un pantalón de algodón, el cabello recogido en un moño desordenado, mirando el celular con cara seria. Había tomado la foto porque... porque quise guardar ese momento. Porque ella parecía parte de mi vida de una forma que nunca había permitido que nadie fuera.

Deslicé más fotos. Había una nuestra en The Den, otra en el coche cantando "Marry You", otra de ella durmiendo en mi pecho después de aquella noche bajo la lluvia.

Pasé el dedo por la pantalla, deteniéndome en la foto de ella sonriendo.

—¿Qué me hiciste, mariposita? —murmuré al cuarto vacío.

Y sonreí.

Porque por primera vez en la vida, no tenía miedo de la respuesta.

Violet Harper me había cambiado, había cambiado mi mundo.

Después de mirar las fotos unos minutos más, tomé el celular y abrí su contacto. Sonreí solo y apreté para llamar.

Sonó tres veces hasta que contestó. Su voz salió baja, un poco ronca de sueño.

—¿Noah?

—Hola, amor... —respondí, con voz más baja también, como si no quisiera despertar al resto de la casa—. Iba a llamarte antes, pero terminé hablando con los chicos. Perdón.

Violet se quedó en silencio un segundo, e imaginé a ella sentada en la cama, tal vez con la luz del velador encendida, el cabello revuelto.

—Está bien. Estaba despierta de todos modos. No podía dormir bien... —admitió—. ¿Cómo estás?

Me acosté de lado, sujetando el celular contra el oído.

—Estoy bien. Los chicos estaban aquí cuando llegué. Hunter, Tyler y Ryan. Hablamos sobre lo que pasó en el bar. Ryan dijo que puedo ser sancionado, Tyler dijo que el equipo me necesita y Hunter... Hunter dijo que están conmigo. Que somos familia.

—¿Y tú? —preguntó bajito—. ¿Estás preocupado?

Respiré hondo, mirando al techo oscuro.

—No con la sanción. Lo haría de nuevo si fuera necesario. Lo que me preocupa eres tú. Si te dio miedo de mí... después de verme así.

—Noah —dijo mi nombre con firmeza, y sentí el pecho apretarse—. No me dio miedo de ti. Me dio miedo de lo que iba a pasarte después. Pero de ti... nunca. Sé quién eres, vi quién eres hoy. Y te amo por eso también, por protegerme, incluso cuando pierdes la cabeza.

Cerré los ojos, apretando el celular con más fuerza.

—Te amo, Violet. Un montón. Y odio que hayas pasado por eso hoy. Odio que alguien te haya puesto las manos encima.

—Pero llegaste a tiempo —respondió, con voz más suave ahora—. Siempre llegas. Y eso es lo que importa.

Nos quedamos en silencio unos segundos, solo escuchando la respiración del otro. Fue ella quien rompió primero.

—¿Vas a intentar dormir?

—Voy a intentarlo —respondí—. ¿Y tú?

—También. Ahora que sé que estás bien... consigo relajarme un poco más.

Sonreí en la oscuridad.

—Buenas noches, mariposita.

—Buenas noches, Whitmore. ¿Me llamas mañana por la mañana?

—Te llamo. En cuanto me despierte.

—Te amo.

—Yo también te amo.

Colgué el celular despacio y lo puse en la mesita de noche. Me quedé un rato más mirando al techo, el pecho todavía apretado, pero de una forma diferente ahora. Era un apretón bueno. De quien tiene algo, alguien que vale la pena proteger.

Me giré de lado, tiré de la almohada contra mi pecho y cerré los ojos.

Después resolvería cualquier mierda que tuviera que resolver.



31

LA CHICA DEL 27

VIOLET HARPER



Me desperté con el sol golpeando suavemente la cortina de mi habitación. El despertador ni siquiera había sonado todavía, pero mi cuerpo ya estaba despierto. Respiré hondo, estiré los brazos por encima de la cabeza y me quedé mirando al techo por unos segundos.

Dos meses atrás, un día normal de clase significaba despertarme temprano, tomar café sola, estudiar un poco antes de las clases y pasar el día entero enfocada en los libros. Hoy... hoy era diferente y ya no sabía si eso era bueno o malo.

Me levanté, me duché y elegí una ropa simple: jeans claros, blusita blanca de manga corta y mis tenis blancos favoritos. Me recogí el cabello en un moño desordenado y me pasé un gloss

rápido. Mientras me miraba en el espejo, no pude evitar la sonrisita tonta que apareció.

Ser la novia de Noah Whitmore había cambiado muchas cosas. Incluso mi sueño. Dormía menos, salía más, iba a fiestas que ni imaginaba frecuentar un día... y, en consecuencia, estaba bastante atrasada en las materias.

Tomé mi mochila, tiré los libros que necesitaba devolver y salí del apartamento. Scarlet todavía estaba durmiendo, ella y Tyler habían estado hablando hasta tarde ayer, así que caminé sola hasta el campus. El día estaba bonito, el cielo azul sin nubes, y el aire de Westbridge parecía más ligero de lo normal.

Entré en la primera clase del día, Teoría de la Comunicación, y me senté en medio del aula como siempre. La profesora ya estaba hablando sobre algún autor cuyo nombre ni siquiera recordaba. Intenté prestar atención, anoté algunas cosas, pero mi cabeza no paraba de viajar.

Necesitaba entregar un libro en la biblioteca hoy. Lo tenía desde hacía casi tres semanas y la multa ya debía estar alta. El problema era que apenas tenía tiempo de respirar últimamente. Ser “la chica del 27” era más cansado de lo que parecía.

Cuando la clase terminó, tomé mi mochila y caminé por el campus. El césped central estaba lleno de estudiantes esparcidos, algunos estudiando, otros solo conversando. Estaba casi llegando a mi próxima clase cuando lo vi.

Noah.

Estaba apoyado en el árbol grande cerca de la entrada de la biblioteca, conversando con Ryan y Tyler. Usaba una camiseta negra simple, jeans y la gorra de los Wolves puesta hacia atrás. Incluso de lejos, su sonrisa llamaba la atención y cuando me vio, la sonrisa se hizo más grande.

Cambie de dirección sin pensarlo dos veces.

—Hola —dije cuando me acerqué, sonriendo también.

Noah se apartó del árbol y vino hacia mí, pasando el brazo por mi cintura y tirándome para un beso rápido en la boca, justo allí, en medio del campus. No fue un beso largo, pero fue suficiente para que sintiera su olor y el sabor de chicle de menta.

—Hola, mariposita —respondió bajito, solo para mí. Luego miró a los chicos—. Ustedes vayan adelante, los alcanzo.

Ryan se rio y le dio una palmada en la espalda.

—Ve, Whitmore. No llegues tarde al entrenamiento otra vez.

Tyler solo puso los ojos en blanco, pero estaba sonriendo también. Los dos se fueron y Noah volvió toda su atención hacia mí.

—Tienes cara de quien no durmió bien —comentó, pasando el pulgar debajo de mi ojo.

—Porque no dormí bien —admití, suspirando—. Estoy bastante atrasada en las materias, Noah. En serio. Desde que empezamos a estar más... serios, he estado saltando lecturas, dejando trabajos para el último momento... y ahora estoy asfixiada.

Levantó una ceja, curioso.

—¿Y qué quieres que haga, amor?

Me mordí el labio y saqué de la mochila el libro que había estado cargando durante semanas.

—¿Puedes entregar esto en la biblioteca por mí? Iba a llevarlo hoy, pero tengo que ir a la oficina del profesor Mendes a resolver unas cosas y después todavía tengo que estudiar un poco antes de la próxima clase. Si pierdo más tiempo caminando hasta allá...

Noah tomó el libro de mi mano y miró la portada.

—Claro que lo entrego. No es nada.

—Gracias —dije, aliviada. Luego suspiré de nuevo—. Solo necesito ponerme al día con algunas materias. Porque, en serio... desde que me convertí oficialmente en la chica del 27, mi vida se convirtió en un caos organizado. Fiesta, entrenamiento, tú... y los libros quedaron en segundo plano.

Noah se rio. Una risa grave, agradable, de esas que hacían que mi pecho se apretara.

—¿La chica del 27, eh? —repitió, divertido—. Me gusta ese título.

Le di un golpe suave en el pecho.

—¡Deja de reírte! Hablo en serio. Nunca había quedado atrás en las materias y ahora estoy casi reprobando en dos. Esto es culpa tuya, ¿sabías?

—¿Culpa mía? —fingió estar ofendido, pero la sonrisa no se le quitaba del rostro—. Yo te llamé a la fiesta una sola vez. El resto fuiste tú quien quiso ir.

—Porque tú pones esa carita de “ve, ve conmigo” y yo termino cediendo —me quejé, pero también estaba riendo.

Noah se acercó más, sujetó mi barbilla con dos dedos y me dio un beso más largo esta vez. Un beso que hizo que mi estómago diera un salto.

—Te llevo el libro —murmuró contra mis labios—. Y después, si quieres, te ayudo a estudiar. Puedo quedarme calladito en tu casa mientras haces resúmenes. O puedo distraerte. Depende de tu humor.

Me reí contra su boca.

—Eres imposible.

—Y tú me amas por eso.

Le di un último beso, más rápido, y le entregué el libro de una vez.

—Gracias de verdad. ¿Te veo más tarde?

—Seguro, pero tengo entrenamiento, así que paso bastante tarde por tu casa —confirmó, guardando el libro debajo del brazo—. Ve a ponerte al día con las materias, chica del 27. No quiero que mi novia repruebe por mi culpa.

Puse los ojos en blanco, pero estaba sonriendo cuando se alejó. Noah se giró una sola vez, me guiñó un ojo y siguió por el camino hacia la biblioteca.

Me quedé parada allí unos segundos más, viéndolo irse. El día estaba caliente, el campus lleno de vida, y yo... me sentía extrañamente ligera. Incluso atrasada en las materias, incluso con la vida de cabeza desde que empecé a salir con el número 27 de los Wolves... estaba feliz.

Realmente feliz.

Sujeté mi mochila con más fuerza y caminé hacia la próxima clase, todavía con el sabor de su beso en la boca y una sonrisa tonta que ya ni intentaba ocultar.

Ser la chica del 27 tenía sus problemas.

Pero también tenía a Noah.

Y, por ahora, eso era más que suficiente.



32

LA BIBLIOTECA

NOAH WHITMORE



Salí del campus con el libro de Violet debajo del brazo, sintiendo el peso ligero del papel contra mi piel. El día estaba caliente, el sol golpeaba fuerte, y todavía podía sentir el sabor del beso que le di hace poco. Había sido un beso rápido, de esos que uno da en medio del camino, pero que todavía dejaba un calor agradable en el pecho.

Mientras caminaba hacia la biblioteca, no pude evitar la sonrisita tonta que apareció en mi rostro. Violet me había pedido que devolviera el libro como si fuera la cosa más normal del mundo. Como si fuéramos una pareja normal, de esas que comparten tareas tontas del día a día. Me gustaba eso.

Me gustaba un montón.

Entré en la biblioteca y, como siempre, el olor a papel viejo y polvo me golpeó en la cara. Confieso que evitaba este lugar lo máximo posible. Desde que llegué a Westbridge, solo había puesto los pies aquí unas tres veces. Prefería mil veces investigar todo en el portátil o en el celular que quedarme hojeando libros antiguos que olían a moho. Pero hoy era diferente, estaba aquí por ella.

Me acerqué al mostrador principal.

La señora Bennett estaba allí, como siempre, con esos lentes pequeños colgando de la punta de la nariz y el cabello gris recogido en un moño apretado. Me miró por encima de los lentes y levantó una ceja.

—Noah Whitmore —dijo ella, con voz seca, pero con un tono de diversión—. ¿Estás perdido aquí dentro?

Me reí bajito y puse el libro encima del mostrador.

—En realidad no, señora Bennett. Vine a devolver este libro que mi novia olvidó entregar.

Tomó el libro y miró la portada, luego escribió algo en el computador antiguo que estaba detrás del mostrador.

—¿Violet Harper es tu novia? —preguntó, claramente sorprendida.

—Créalo o no, lo es —respondí, riendo de nuevo—. A veces ni yo mismo lo creo.

La señora Bennett siguió escribiendo unos segundos más, luego levantó la mirada hacia mí con una expresión seria.

—Bueno, está bastante atrasada esta entrega. Cinco dólares por día de retraso, sumando un total de diez días... da cincuenta dólares, señor Whitmore.

Extendió la maquinita de tarjeta hacia mí. Antes de que pudiera responder, una voz conocida sonó justo detrás de mí.

—Eso no es problema para él, señora Bennett.

Giré el rostro y vi a Hunter parado allí, con las manos en los bolsillos y una sonrisita de medio lado. Vestía una camiseta gris

simple y el cabello rubio estaba perfectamente arreglado, como siempre.

La señora Bennett bufó, quitándose los lentes y señalándonos con ellos.

—No sabía que la biblioteca se había convertido en una extensión de la pista de los Wolves. Vamos, ustedes dos, siéntense en alguna mesa o salgan de la entrada. De un momento a otro mi biblioteca va a estar llena de esas fanáticas gritando sus nombres.

Me reí, pagué la multa y di un paso atrás.

—Perdón, señora Bennett —dije, todavía riendo—. Ya nos vamos.

Ella puso los ojos en blanco, pero vi una pequeña sonrisita en la comisura de su boca antes de volver nuestra atención al otro lado de la biblioteca. Hunter y yo caminamos hasta una mesa más apartada, cerca de las estanterías de libros de ingeniería.

—¿Qué viniste a hacer aquí? —preguntó Hunter, tirando de una silla y sentándose.

Me senté frente a él y apoyé los codos en la mesa.

—Vine a devolver un libro que Violet me pidió que devolviera. Pero la pregunta es... ¿qué estás haciendo aquí? Tú nunca pisas la biblioteca.

Hunter respiró hondo, pasándose la mano por el rostro. Parecía cansado. No el cansancio físico después de un entrenamiento pesado, sino algo más profundo. Miró las estanterías llenas de libros antes de responder.

—¿Recuerdas que te dije que estaba yendo mal en las materias? —dijo, con voz baja—. Es solo eso. No te preocupes por mis problemas.

Intentó levantarse, como si quisiera terminar el tema allí mismo, pero sujeté su brazo antes de que pudiera dar el primer paso.

—Hunter, para —dije, serio—. Te conozco, joder. Si el capitán de mi equipo tiene un problema, yo me preocupo. Y sobre todo, si mi mejor amigo tiene un problema, yo también tengo un problema. Estoy aquí, joder. Habla conmigo.

Hunter se quedó parado unos segundos, mirando al suelo. Luego soltó el aire despacio y se sentó de nuevo. Tardó un poco en empezar a hablar, como si estuviera eligiendo las palabras con cuidado.

—No, Noah... tú no estás aquí. Siempre estás con Violet. Y no pienses que estoy enfadado por eso. Nada me hace más feliz que verte feliz. En serio. Pero tú estás viviendo... y yo estoy sobreviviendo en esta mierda.

Fruncí el ceño, esperando que continuara.

—Arreglé el problema de las notas —continuó, riendo sin humor—. Pero me busqué un problema aún mayor. Y se llama Ivy Collins.

Lo miré y solté una carcajada sincera.

—¡Sabía que la nerd te iba a dar dolor de cabeza!

Hunter me miró como si quisiera darme un puñetazo en la cara.

—Vete a la mierda, Whitmore.

Nos levantamos y empezamos a caminar hacia la salida de la biblioteca. El aire afuera estaba más caliente, pero sentía que el ambiente entre nosotros había cambiado un poco. Hunter estaba callado, mirando al suelo mientras caminábamos.

—En serio ahora —dije, más bajo—. ¿Ivy Collins? ¿De verdad?

Se encogió de hombros, pero la sonrisita que apareció en su rostro no mentía.

—Es... diferente de todas con las que he estado. No le importa mi nombre, no le importa el equipo. Me trata como si fuera solo un idiota que no sabe usar el sistema de préstamo de libros. Y por algún motivo... me gusta eso.

Asentí, entendiendo más de lo que él imaginaba. Violet tampoco le había importado mi nombre al principio. De hecho, me odiaba. Y eso había sido exactamente lo que me hizo enamorarme de ella.

—Entonces... ¿te gusta de verdad? —pregunté.

Hunter tardó un poco en responder.

—Creo que sí. Y eso me está asustando de cojones. Porque nunca fui de apegarme. Tú sabes eso.

—Lo sé —respondí—. Pero si ella te hace querer pasar el día entero en la biblioteca... tal vez valga la pena arriesgarse.

Hunter se rio bajito y negó con la cabeza.

—Mírate tú dando consejos de amor. Quién lo diría, ¿eh?

Le di una palmada en la espalda mientras caminábamos hacia la arena.

—Aprendí con la mejor, joder.

Llegamos a la arena unos minutos después. El olor a hielo y goma ya estaba en el aire. Algunos jugadores ya estaban cambiándose en el vestuario cuando entramos. Hunter y yo fuimos directo a nuestros casilleros.

—El entrenamiento va a ser pesado hoy —comentó Hunter mientras se quitaba la camiseta—. El entrenador está cabreado porque el equipo del otro lado viene fuerte.

—Vamos a dar la talla —respondí, confiado—. Siempre lo hacemos.

Hunter se detuvo un segundo y me miró.

—Gracias por haber insistido en la biblioteca, Noah. En serio, necesitaba hablar.

Me encogí de hombros, pero sonreí.

—Siempre, capitán. Familia es familia.

Asintió y volvió a cambiarse. Yo hice lo mismo, sintiendo que, a pesar de todo lo que había pasado en las últimas semanas, algunas

cosas todavía estaban en su lugar.

Y una de ellas era esta: Hunter y yo siempre íbamos a estar ahí el uno para el otro.

Incluso cuando la vida se ponía de cabeza.



33

EL PADRE DE ELLA

NOAH WHITMORE



El entrenamiento había sido muy duro, el entrenador no dio tregua a nadie. Estábamos cerca del final de la temporada y quería que termináramos invictos. Cada ejercicio parecía una guerra, cada sprint, cada jugada, cada grito de él resonando por la arena. Mi cuerpo estaba destruido, las piernas pesadas, los hombros doliendo, el sudor corriendo como si hubiera tomado una ducha con manguera.

Cuando sonó el silbato final, solo quería tirarme al suelo y no levantarme más, pero no podía. No con todo el equipo mirándome. Así que hice lo que siempre hago: tragué el dolor, sonreí y seguí con los chicos al vestuario.

Tomé una ducha rápida, dejé que el agua caliente golpeará mi espalda hasta que la piel se pusiera roja. Me cambié, tomé mi bolsa

y caminé por el túnel con los demás.

Los chicos estaban riendo, burlándose unos de otros, contando tonterías sobre el entrenamiento. Tyler imitaba al entrenador gritando y Hunter ponía los ojos en blanco, pero hasta él estaba sonriendo. Me reí con ellos, pero mi cabeza ya estaba lejos de allí.

Saqué el celular del bolsillo mientras caminaba, quería mandarle un mensaje a Violet. Quería saber cómo había sido su día, si había conseguido estudiar un poco, si todavía estaba estresada con las materias. Ya iba a escribir cuando oí mi nombre.

—¿Noah Whitmore?

La voz era grave, seca, sin ninguna emoción. Levanté la mirada del celular y me detuve en medio del túnel.

Un hombre estaba parado unos metros adelante. Usaba un traje negro bien cortado, camisa blanca impecable y el cabello gris peinado hacia atrás con precisión. Debía tener unos cincuenta y tantos años. Tenía una postura erguida, casi militar, y los ojos... los ojos eran azules. Del mismo tono que los de ella, pero fríos. Muy fríos.

—Soy yo —respondí, deteniéndome. Los chicos continuaron caminando adelante, sin notar que me había quedado atrás.

El hombre dio dos pasos en mi dirección, las manos dentro de los bolsillos del pantalón del traje.

—Necesitamos hablar.

Entrecerré los ojos, sintiendo algo malo formándose en mi pecho.

—¿Y usted sería quién?

Respiró hondo, todavía mirándome sin parpadear.

—Soy Thomas Harper. Creo que eso basta para que sepas quién soy.

Tragué saliva, el nombre golpeó como un puñetazo en el estómago. Thomas Harper, el padre de Violet.

—Usted es el padre de Violet —dije, con voz más baja.

—Sí —respondió él, seco—. Y vine aquí para hablar sobre mi hija... y sobre la mierda que estás haciendo con su vida.

El aire pareció volverse más pesado. Apreté la correa de la bolsa con más fuerza, intentando mantener la calma.

—Con todo respeto, señor... no sé de qué está hablando.

Thomas Harper dio un paso más adelante. Era más alto de lo que imaginaba y tenía una presencia que llenaba el espacio.

—No necesitas fingir, Noah. Sé exactamente quién eres, el famoso número 27 de los Wolves. El chico que todo el mundo idolatra aquí dentro de esta universidad. El hijo de Richard Whitmore, pero ¿sabes qué veo cuando te miro? —Hizo una pausa, evaluándose de arriba abajo como si fuera un producto defectuoso—. Veo a un jugador de hockey, solo eso. Un tipo que golpea un disco en el hielo y cree que eso le da derecho a arruinar la vida de mi hija.

Sentí la sangre subir al rostro.

—Con todo respeto, señor Harper, no estoy arruinando la vida de nadie. Amo a Violet.

Soltó una risa baja, sin humor.

—Amor. Qué palabra bonita. ¿Realmente crees en eso? Déjame contarte algo, chico. Recibí una llamada hoy de la rectoría, parece que Violet está yendo muy mal en las materias. Reprobando trabajos, faltando lecturas, entregando cosas atrasadas. ¿Sabes qué me dijo la rectoría? Que desde que empezó a salir contigo, su desempeño cayó en picada. ¿Y crees que eso es coincidencia?

—Solo está un poco atrasada —respondí, intentando mantener la voz firme—. Vamos a resolverlo juntos.

—¿Juntos? —repitió Thomas, como si la palabra fuera ridícula—. ¿Realmente crees que puedes ayudarla en algo? Eres solo la mierda de un jugador de hockey, Noah, tu futuro es incierto. Una lesión y se acabó. Mientras tanto, Violet tiene un futuro brillante por

delante. O tenía. Antes de que aparecieras y la convirtieras solo en “la chica del 27”.

Dio un paso más, quedándose justo frente a mí ahora.

—Vine aquí para darte un consejo. En realidad, no, vine aquí para darte una orden. Aléjate de mi hija.

Sentí el pecho apretarse.

—No voy a hacer eso.

—Lo harás —dijo, con voz baja y cortante—. Porque si realmente la amas, te alejarás. La dejarás en paz. Violet ama esta universidad. Siempre soñó con estudiar aquí, pero si no te alejas de ella, la saco de aquí. Tengo ese poder y créeme que lo voy a usar.

Di un paso adelante, sintiendo la rabia subir.

—Usted no puede hacerle eso a ella.

—Puedo y lo haré. Porque soy su padre y sé qué es lo mejor para ella, y desde luego no eres tú. Solo vas a acabar con su vida, vas a distraerla, vas a hacer que pierda el foco, vas a hacer que renuncie a sus sueños por un jugador de hockey que probablemente ni siquiera llegue a la NHL. Y cuando te canses de ella, porque te vas a cansar, Noah, conozco tu fama, ella va a estar destruida. Sin notas, sin futuro, sin nada.

—La amo —repetí, con la voz fallando un poco—. Nunca me voy a cansar de ella.

Thomas Harper me miró durante largos segundos. Luego negó con la cabeza, casi con lástima.

—Si realmente la amas, entonces aléjate. Porque lo mejor que puedes hacer por Violet ahora es desaparecer de su vida.

Dio un paso atrás, ajustando la chaqueta.

—Piensa en eso. Y piénsalo bien. Porque no soy hombre de hacer amenazas vacías, y ni siquiera necesito decir que si Violet se entera de esta conversación, te vas a arrepentir aún más.

Sin esperar mi respuesta, dio media vuelta y empezó a caminar por el túnel. Me quedé parado, todo el cuerpo tenso, el corazón latiendo demasiado fuerte. Solo cuando desapareció de vista solté el aire que ni me había dado cuenta que estaba conteniendo.

Joder.

Salí de la arena todavía aturdido. El celular vibró en mi bolsillo, era Violet. Miré la pantalla, vi su nombre parpadeando, pero no pude contestar. No ahora. No después de eso.

Dejé que sonara hasta que saltó el buzón.

Entré en el coche y conduje hasta su apartamento sin pensarlo bien. Me detuve del otro lado de la calle, con el motor encendido, y me quedé mirando la ventana de su habitación. La luz estaba encendida. Podía ver su silueta caminando de un lado a otro.

El celular vibró de nuevo.

Violet: Noah, ¿dónde estás?

Violet: ¿Todo bien?

Violet: Desapareciste después del entrenamiento... estoy preocupada.

Miré los mensajes un rato. Luego escribí despacio:

Noah: Llegué a casa. Tengo un fuerte dolor de cabeza. Hablamos después, ¿vale?

Envié y apagué el celular, tirándolo en el asiento del copiloto.

Me quedé un rato más mirando la ventana. Vi cuando la luz del cuarto se apagó y encendió la de la sala.

Una lágrima corrió por mi rostro antes de que pudiera contenerla. Me pasé la mano por la cara rápido, enfadado conmigo mismo. Luego apreté el volante con tanta fuerza que los nudillos se pusieron blancos.

Golpeé el puño una vez en el volante, luego otra y otra.

—No puedo arruinar su vida... —murmuré, con la voz fallando—. No puedo.

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo el pecho doler como si alguien me hubiera clavado un cuchillo. La imagen del padre de ella diciendo esas cosas todavía estaba fresca en mi cabeza. Y lo peor era que, en el fondo, una parte de mí sabía que tenía razón en algunas cosas.

Violet era brillante. Tenía futuro. Y yo... yo era solo un jugador de hockey, un tipo que vivía de hielo y golpes. Que podía perderlo todo con una lesión.

Si seguía con ella, iba a terminar arrastrándola a mi mundo. Y el mundo de ella era mucho más grande que el mío.

Encendí el coche, di una última mirada a la ventana de su apartamento y salí del lugar.

Mientras conducía por la calle oscura, una sola frase no paraba de resonar en mi cabeza, repitiendo como un mantra doloroso:

No puedo arruinar su vida...

No puedo arruinar su vida...

No puedo...



34

MI MUNDO DESMORONANDO

VIOLET HARPER



Me quedé despierta hasta tarde aquella noche.

Después de que Noah respondió diciendo que estaba en casa con dolor de cabeza, intenté creerle. Realmente lo intenté, pero había algo en el mensaje que no sonaba bien. Era demasiado corto, seco, totalmente diferente a la forma en que solía hablarme.

Respondí rapidito:

Violet: ¿Quieres que pase por ahí? Puedo llevarte algo.

Tardó casi cuarenta minutos en responder:

Noah: No hace falta, voy a dormir. Hablamos mañana.

Me quedé mirando la pantalla un rato largo, la TV de la sala todavía estaba encendida, pasando un reality cualquiera. Después de

un tiempo fui a la habitación y me acosté de lado, abrazando la almohada. Intenté convencerme de que solo estaba cansado, que todo entrenamiento pesado le hacía eso, que todo estaba bien.

Pero una sensación extraña se quedó pegada en el pecho, como si algo estuviera mal y yo todavía no supiera qué.



Al día siguiente, no lo vi por ningún lado en el campus.

Pasé por la arena por la mañana, luego fui a la biblioteca, di una vuelta por el césped central... nada. Ni rastro de Noah. Hunter estaba con Tyler y Ryan cerca de la cafetería, riendo de algo. Me detuve un poco más lejos, observando. Los tres estaban allí, pero el cuarto miembro del grupo, y el más importante para mí, no estaba.

Tomé el celular y le mandé un mensaje:

Violet: Hola, desaparecido. ¿Todo bien? No te vi hoy.

La respuesta llegó casi una hora después:

Noah: Estoy en el entrenamiento. Necesito enfocarme para el partido de la semana que viene. Hablamos después.

Leí el mensaje tres veces. Luego guardé el celular en el bolsillo, intentando ignorar el apretón en el pecho. Nunca había sido tan seco conmigo. Ni cuando estábamos al principio del acuerdo.

Decidí hablar con Scarlet. Nos encontramos en la biblioteca después de la última clase. Estaba sentada en una mesa en el rincón, rodeada de libros a los que apenas podía prestar atención.

—Scarlet... ¿crees que Noah está extraño? —pregunté bajito, mordéndome el borde de la uña.

Levantó la mirada del cuaderno y frunció el ceño.

—¿Extraño cómo?

—Desapareció, no responde bien. Dijo que tenía dolor de cabeza ayer y hoy está en el entrenamiento todo el día. Ni respondió cuando le pregunté si nos íbamos a ver. Y los chicos estaban todos juntos hoy... menos él.

Scarlet cerró el cuaderno y se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa.

—Vi, él es el delantero principal del equipo, los partidos finales están llegando, el equipo está invicto. Tal vez solo esté realmente enfocado, sabes cómo se ponen los chicos cuando el campeonato está cerca.

—Lo sé... —murmuré—. Pero nunca me trató así, ni cuando estábamos fingiendo el acuerdo.

Scarlet se quedó callada unos segundos, luego se encogió de hombros.

—Mira, creo que estás creando cosas en tu cabeza. Te ama, todo el mundo lo ve. Tal vez solo esté estresado, déjalo respirar un poco. Y tú también aprovecha para estudiar, ¿eh? Tú misma dijiste que estás atrasada de cojones.

Asentí despacio, tenía razón. Realmente necesitaba ponerme al día con las materias. Si seguía distrayéndome con preocupaciones, iba a terminar reprobando de verdad.

Aun así, la sensación mala no pasó.



Día 2

Violet: Hola. ¿Cómo fue el entrenamiento hoy?

Noah: Cansado. Estoy muerto. Hablamos después.



Día 3

Violet: ¿Todo bien entre nosotros? Estás un poco distante.

Noah: Solo estoy cansado. Mucha cosa para resolver con el equipo. No te preocupes.



Día 4

Violet: Quería verte hoy. Aunque sea rapidito.

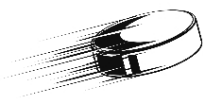
Noah: Hoy no puedo. Entrenamiento doble. Te aviso después.



Día 5

Violet: Noah... ¿me estás evitando?

Noah: No. Solo estoy muy ocupado. Juego importante acercándose. Hablamos después.



Día 6

Violet: Mañana es sábado. ¿Podemos hacer algo juntos? Solo nosotros dos.

Tardó casi dos horas en responder:

Noah: Voy a pasar el fin de semana en la casa de mis padres. Cosa de familia. No va a poder ser.

Leí el mensaje sentada en la cama, el celular temblando un poco en mi mano. Sentí el estómago revolverse.

Violet: ¿Quieres que vaya contigo?

La respuesta llegó rápido esta vez:

Noah: No. Es mejor que te quedes. Hablamos después.

Dejé caer el celular en la cama y me quedé mirando al techo. Las lágrimas vinieron sin aviso, no eran de rabia, eran de una tristeza pesada, que parecía estar acumulándose desde hacía días.

Me levanté, fui a la cocina y tomé el pote de helado de chocolate que Scarlet había comprado. Volví a la habitación, me metí debajo del edredón y puse una película de romance cualquiera en Netflix. No podía ni prestar atención a la historia.

Solo pensaba en lo mismo:

¿Por qué me está alejando?

¿Qué hice mal?

Scarlet llegó a casa alrededor de las ocho de la noche. Me encontró en la habitación, con el pote de helado vacío al lado y la película pausada. Se detuvo en la puerta, cruzó los brazos y me miró con esa cara de “ya sé lo que está pasando”.

—Violet Harper, levántate de esa cama ahora.

—No tengo ganas de salir —murmuré.

—Lo sé, y es exactamente por eso que vas a salir. Vamos al The Den a tomar un trago. Solo uno. Necesitas airear esa cabeza.

—Scarlet...

—No. Sin excusas. Te estás hundiendo en un agujero de helado y película de romance. Eso no va a resolver nada. Vamos, es solo un trago y ya le avisé a Tyler que vamos. Después vuelves aquí y lloras todo lo que quieras.

Sabía que tenía razón, y aunque no tenía ninguna gana, terminé cediendo.

Me cambié despacio, me puse unos jeans y una blusita negra simple. No me arreglé mucho, no tenía energía para eso.

Cuando llegamos al The Den, la música estaba alta y el lugar estaba más lleno de lo normal. Scarlet fue directo al bar a pedir nuestras bebidas. Me quedé parada cerca de la entrada, mirando alrededor sin mucha gana.

Fue entonces cuando lo vi.

En medio de la pista, bailando.

Noah.

Estaba riendo, de verdad. La cabeza un poco echada hacia atrás, la sonrisa amplia. Y frente a él, una chica, cabello largo, rubio, cuerpo pegado al suyo mientras bailaban. Ella le decía algo al oído y él se reía de nuevo, negando con la cabeza.

Mi mundo se derrumbó.

Me quedé parada como una estatua en la entrada del The Den, mirando fijamente la escena. El ruido de la música desapareció, las personas a mi alrededor se esfumaron.

Solo existía él y ella.

El pecho empezó a doler de una forma que nunca había sentido antes. Como si alguien hubiera metido la mano dentro y estuviera apretando mi corazón con toda la fuerza.

No podía moverme.

No podía respirar bien.

Solo podía mirar.

Noah Whitmore, el chico que me dijo que me amaba, que hacía todo por mí, que bailó conmigo bajo la lluvia, estaba allí, riendo y bailando con otra chica como si nada hubiera pasado.

Como si yo nunca hubiera existido.

Y en ese momento, con todo el cuerpo temblando, entendí que el mundo que había construido en los últimos meses se estaba derrumbando justo frente a mí.



35

EL PRECIO DE AMARLA

NOAH WHITMORE



Una semana.

Una larga y jodida semana sin ella.

Sentía como si mi corazón hubiera sido arrancado del pecho y tirado al suelo. Cada día era una lucha silenciosa. Por la mañana me despertaba y lo primero que hacía era tomar el celular y abrir la galería. Me quedaba mirando las fotos de ella como un maldito adicto: su sonrisa, los ojos azules, la forma en que se mordía el labio cuando estaba pensando, la forma en que me miraba cuando creía que no estaba prestando atención.

Luego entrenaba.

Entrenaba de cojones, porque era la única forma de no perder la cabeza. Corría hasta sentir las piernas quemando, hacía ejercicios

hasta que el cuerpo pedía misericordia. El entrenador elogiaba mi enfoque, decía que estaba en otro nivel. Solo no sabía que estaba intentando matarme de cansancio para no pensar en ella.

Por la noche, cuando todo el mundo dormía, volvía a la cama y miraba las fotos de nuevo. Y cada mensaje que tenía que ignorar o responder de forma seca partía mi corazón un poco más.

Pero no podía acabar con su vida.

Aunque eso me estuviera acabando a mí.

Hunter, Tyler y Ryan notaron mi comportamiento. Notaron las faltas en las clases, la forma en que llegaba destruido a los entrenamientos, el silencio. Una vez Hunter me apartó después del entrenamiento y me preguntó si estaba bien. Mentí. Dije que solo estaba enfocado en los partidos finales, que quería terminar la temporada invicto. Me miró desconfiado, pero no insistió. Tyler también intentó hablar conmigo algunas veces. Siempre respondía lo mismo: "Estoy bien, tío. Solo concentrado".

Les mentía a ellos.

Le mentía a Violet.

Y me mentía a mí mismo diciendo que todo estaba bien.

Cuando en realidad estaba destruido.

Nunca imaginé que Violet Harper cambiaría mi vida de esta forma, nunca imaginé que me volvería un hombre dependiente de su sonrisa, de su voz, de su olor, de esos ojos azules que parecían ver a través de toda la mierda que era. Pero aquí estaba yo, jodidamente enamorado de una chica que no podía tener.

Porque yo era solo la mierda de un jugador de hockey.

¿Y ella? Ella tenía un futuro brillante por delante. Universidad, carrera, una vida entera por venir. Y yo no tenía derecho a arruinar eso.

Después de que le mandé ese mensaje diciendo que iba a pasar el fin de semana en la casa de mis padres, no aguanté más

quedarme en casa. Necesitaba salir, necesitaba beber, necesitaba aliviar de alguna forma el dolor que latía dentro de mi pecho.

Fui al The Den solo.

Estaba en mi tercer trago cuando Tyler apareció a mi lado, apoyándose en la barra.

—Tío, acabo de ver a Violet y Scarlet entrando.

Mi cuerpo entero se tensó.

No lo pensé, solo actué. Y actué de la forma más idiota y cruel que existía. Pero era la única forma que se me ocurría para alejarla de mí de una vez.

Vi a Briana al otro lado del bar. Rubia, guapa, ya había estado en mi cama algunas veces antes de que Violet entrara en mi vida. Sería fácil, ella no haría preguntas difíciles.

Me levanté y fui hacia ella.

—¿Bailamos? —pregunté, directo.

Me miró sorprendida.

—¿Noah? Pensé que estabas fuera del juego. ¿No estás con Harper?

—¿Quieres bailar o no? —respondí, ya sin paciencia.

Dudó medio segundo, luego se encogió de hombros.

—Sí. Vamos.

Fuimos a la pista. Briana empezó a hablar sobre lo bueno que era en la pista, sobre los partidos, sobre cosas a las que ni siquiera estaba prestando atención. Fingía que todo me parecía gracioso. Reía alto. Bailaba con ella. Ponía la mano en su cintura y me movía al ritmo de la música, fingiendo que lo estaba disfrutando.

Fue entonces cuando la vi.

Por el rabillo del ojo, vi a Scarlet yendo al bar. Y justo detrás de ella... Violet.

Se detuvo en la entrada del The Den.

Sabía que me había visto. Sentí su mirada quemándome la piel incluso de lejos. Mi corazón latía tan fuerte que parecía que iba a salirse por la boca, pero no podía parar. No ahora.

La miré a los ojos por una fracción de segundo. Lo suficiente para ver el dolor en ellos, luego giré el rostro de vuelta hacia Briana y seguí bailando, riendo como si nada estuviera pasando.

—Voy a pedir una bebida —le dije a Briana, alejándome de ella e yendo al otro lado del bar.

Pedí una cerveza y esperé. Mi cuerpo estaba tenso, las manos sudando, sabía que ella iba a venir detrás de mí. Y vino.

—¿Entonces era esto? —su voz sonó detrás de mí, baja, pero temblando—. ¿Dices que vas a la casa de tus padres y estás aquí bailando con otra chica?

Me giré despacio. Y joder... estaba tan preciosa. Tan preciosa que dolía. Los ojos azules brillando de lágrimas que intentaba contener, el cabello recogido en un moño desordenado, la blusita negra que yo amaba en ella.

Solo quería besarla, quería decirle que esa chica no significaba nada, que estaba muriendo de ganas de ella, que la amaba un montón, pero no podía. Tenía que ser el idiota que ella necesitaba que fuera.

—¿Qué estás haciendo aquí, Harper? —pregunté, manteniendo la voz lo más fría que pude.

Ella dio un paso adelante, los ojos llenos de lágrimas.

—Yo te pregunto, Noah. Pasas la semana entera evitándome, respondes mis mensajes de cualquier manera y luego mientes diciendo que vas de viaje... ¿y te encuentro aquí?

—No hagas drama, Harper.

Las palabras salieron más duras de lo que quería. Vi cómo cambió su rostro, el dolor se volvió rabia.

—¿Drama? ¿En serio, Noah? Ignoré todo lo que me dijeron sobre ti. Tu fama, los rumores, las chicas... todo. Pero tú eres de

verdad un idiota arrogante de mierda. Un niño mimado que cuando se cansa del juguete, lo descarta. Y mira... yo fui un juguete para ti.

Cada palabra de ella era una puñalada. Sentía mi pecho siendo rasgado por dentro, pero mantuve la expresión dura.

—Ah, Harper... ¿qué pensaste? ¿Que sería para siempre? ¿Que ibas a vivir un cuento de hadas? Yo no soy un príncipe, Harper. Y todo esto solo era un acuerdo. Ya conseguí lo que quería. Ahora estamos libres para continuar con nuestras vidas. No le des más importancia de la que realmente tiene.

Vi cuando los ojos azules de ella se llenaron de lágrimas, vi también cuando una de ellas corrió por su rostro. Y entonces vino la bofetada.

Su mano acertó mi rostro con fuerza. Dolía, pero nada dolía más que lo que dijo después:

—¡Te odio, Noah Whitmore! ¡Y fuiste lo peor que me pasó en la vida!

Se giró y salió caminando rápido, empujando a las personas que estaban en el camino. Me quedé parado, sintiendo el ardor en el rostro y el sabor amargo en la boca. Vi cuando salió por la puerta, y junto con ella, parecía que se llevaba mi corazón también.

Esperé unos segundos, luego salí por la puerta de atrás, sin mirar atrás.

Entré en el coche y conduje a casa en silencio. El pecho dolía tanto que apenas podía respirar. Cuando llegué, subí las escaleras de dos en dos, entré en la habitación, cerré la puerta con llave y... me derrumbé.

Empecé a romper todo.

La lámpara voló primero, luego el control de la TV, el velador, el portarretratos con una foto de ella que todavía no había tenido el valor de guardar. Todo. Gritaba mientras tiraba las cosas al suelo, el ruido de vidrio y madera rompiéndose resonando por la habitación.

Cuando no quedó nada más que romper, caí de rodillas en medio del cuarto destruido. Las lágrimas que había estado conteniendo toda la semana finalmente bajaron. Gruesas. Calientes. Incontrolables.

Nunca había tenido a alguien en mi vida.

Alguien que realmente quisiera conmigo.

Alguien que me hiciera querer ser mejor.

Y ahora tuve que sacar a esa persona de mi vida porque no era lo suficientemente bueno para ella.

Había perdido a Violet.

Y me perdí con ella.

No quedó nada.

Solo el vacío en el lugar donde solía latir mi corazón.



36

CORAZÓN HECHO PEDAZOS

VIOLET HARPER



Salí del The Den como si estuviera huyendo de un incendio.

Las palabras que acababa de arrojarle a la cara todavía resonaban en mi cabeza, mezcladas con el ruido de la música y el zumbido de mis propios pensamientos. "Te odio, Noah Whitmore. Y fuiste lo peor que me pasó en la vida".

No podía creer que había dicho eso, pero tampoco podía creer lo que había visto.

Caminaba rápido por la acera, sin rumbo, sin saber siquiera hacia dónde iba. Las lágrimas corrían por mi rostro sin parar, calientes e incesantes. Mi pecho dolía de una forma física, como si alguien me hubiera clavado un cuchillo y estuviera girando mi corazón con toda la fuerza. Intentaba respirar, pero el aire no

entraba bien, era como si mi cuerpo hubiera olvidado cómo hacer las cosas más básicas.

Estaba bailando con otra chica.

Riendo con otra chica.

Después de una semana evitándome. Después de decirme que iba a la casa de sus padres.

Me detuve en medio de la acera, apoyé las manos en las rodillas y me incliné hacia adelante, intentando recuperar el aliento. Las imágenes no paraban de pasar por mi cabeza: la forma en que sonreía hacia ella, la forma en que sus manos estaban en su cintura, la forma en que se inclinó cuando ella le dijo algo al oído. Como si yo nunca hubiera existido, como si todo lo que vivimos hubiera sido solo un juego.

Sollocé alto, sin poder contenerme. Las personas que pasaban por la calle me miraban, pero ni siquiera me importaba. Dejé que las lágrimas cayeran, dejé que el llanto viniera fuerte, doloroso, de esos que salen del fondo del pecho.

¿Cómo fui tan idiota?

¿Cómo confié en él?

¿Cómo entregué mi corazón entero a alguien que, al final, era exactamente lo que todo el mundo decía que era?

Empecé a caminar de nuevo, más despacio ahora. Las piernas temblaban, llegué a casa sin recordar bien el camino. Subí las escaleras tropezando, entré en el apartamento y fui directo a mi habitación. Cerré la puerta con fuerza y me apoyé contra ella, todo el cuerpo temblando.

Fue entonces cuando lo vi.

La camiseta de él, el gran número 27 que parecía burlarse de mi cara ahora.

Estaba tirada en la silla al lado de mi cama. La misma camiseta que me titulaba la chica del 27, la misma camiseta que atestiguó mi estupidez durante todo este tiempo. Caminé hacia ella como si

estuviera hipnotizada, tomé la tela con ambas manos y la acerqué a mi rostro.

El olor de él invadió todo.

Y fue como si algo dentro de mí se partiera por la mitad.

Caí de rodillas al suelo, apretando la camiseta contra mi pecho, y empecé a llorar de verdad. Sollozos altos, descontrolados, que salían de mi garganta sin parar. Escondí el rostro en la tela, como si pudiera de alguna forma traerlo de vuelta a través del olor. Las lágrimas mojaban la camiseta mientras sollozaba sin control.

—¿Por qué...? —lloré, con la voz ahogada—. ¿Por qué me hiciste esto...?

Me incliné hacia adelante, todo el cuerpo doblado, apretando la camiseta con tanta fuerza que mis dedos dolían. Las imágenes seguían llegando: sus besos, las noches que pasamos juntos, la forma en que me miraba como si yo fuera la única persona en el mundo, la forma en que bailó conmigo bajo la lluvia y me hizo creer que no necesitaba tener miedo de nada mientras él estuviera conmigo.

¿Todo fue mentira?

¿Todo parte del acuerdo?

Sollocé más fuerte, sintiendo el pecho arder.

—Fui tan estúpida... —murmuré entre lágrimas—. Creí en ti. Confié en ti. Cambié toda mi vida por ti... y al final solo eras otro idiota que se cansa y descarta.

Me levanté con dificultad, todavía sujetando la camiseta, y me tiré en la cama. Enterré el rostro en la almohada y seguí llorando, todo el cuerpo temblando. No podía parar, cada vez que cerraba los ojos lo veía bailando con aquella chica, lo veía riendo, lo veía mirándome por una fracción de segundo antes de girarse de nuevo hacia ella, como si yo no valiera ni una explicación.

La puerta de la habitación se abrió despacio. Ni siquiera levanté el rostro. Reconocí los pasos de Scarlet.

—Vi... —me llamó bajito, con la voz llena de preocupación.

Seguí llorando, incapaz de responder. Scarlet se arrodilló a mi lado en la cama y pasó la mano por mi cabello, intentando calmarme.

—Vi todo —dijo bajito—. Vi cuando saliste corriendo, lo vi con aquella chica.

Me giré hacia ella, los ojos hinchados y rojos, el rostro mojado de lágrimas.

—Él... estaba bailando con ella, Scarlet —dije entre sollozos—. Riendo con ella, como si yo nunca hubiera existido. Después de todo lo que vivimos... después de que dijo que me amaba... después de que me entregué completamente a él...

Apreté la camiseta de él contra el pecho de nuevo, sintiendo una nueva ola de llanto subir.

—Fui tan idiota... —continué, con la voz fallando—. Ignoré a todo el mundo que me advirtió, ignoré los rumores, su fama, todo. Creí que había cambiado, creí que lo que teníamos era real. Y ahora... ahora estoy aquí, llorando por un chico que estaba bailando con otra chica menos de dos horas después de decirme que iba a viajar.

Scarlet me abrazó fuerte, meciéndome mientras lloraba contra su hombro.

—Violet... —murmuró, pasando la mano por mi espalda—. No fuiste idiota, amaste, confiaste. Eso no te hace estúpida, te hace alguien que creyó en algo bonito.

—Pero dolió tanto... —sollocé—. Dolió verlo con ella, dolió recordar todo lo que vivimos, dolió pensar que tal vez nunca fue real, que fui solo una más entre varias.

Me aparté un poco, sujetando la camiseta de él con ambas manos, mirando la tela como si pudiera darme alguna respuesta.

—Todavía siento su olor... —dije bajito, con la voz entrecortada—. Y eso me está matando, porque todavía lo amo, Scarlet. Incluso

después de todo, incluso después de haberlo visto con otra. Todavía lo amo... y eso duele de cojones.

Scarlet se quedó en silencio unos segundos, solo abrazándome. Luego habló, con voz suave pero firme:

—Tienes todo el derecho de llorar, de estar enfadada, de sentirte traicionada. Lo que hizo fue incorrecto, fue cruel. Y no lo mereces, pero tampoco puedes dejar que te destruya por completo. Eres más que eso, Violet.

Negué con la cabeza, las lágrimas volviendo con fuerza.

—Me siento pequeña... —admití—. Me siento estúpida, me siento como si hubiera renunciado a todo por él... de mis materias, de mi rutina, de mi paz... y al final solo me descartó como si yo nunca hubiera importado.

Me incliné hacia adelante de nuevo, apretando la camiseta contra mi rostro, y dejé que el llanto viniera sin control. Era un llanto pesado, doloroso, de esos que salen del fondo del alma. Un llanto de quien perdió algo que pensaba que iba a durar para siempre.

Scarlet siguió abrazándome, pasando la mano por mi cabello, murmurando palabras de consuelo que apenas podía procesar. Me quedé allí, acostada en su regazo, llorando hasta que no tuve más lágrimas que derramar. Hasta que todo el cuerpo dolió de tanto temblar, hasta que su camiseta estuvo completamente mojada de lágrimas.

En algún momento, susurré, con voz ronca:

—Realmente creí que él era diferente... Que lo que teníamos era real... Y ahora ya no sé qué fue verdad y qué fue mentira.

Scarlet apretó el abrazo.

—Lo que sentiste por él fue real, Violet. Nadie puede quitarte eso. Y lo que él hizo... eso dice mucho más sobre él que sobre ti.

Cerré los ojos, exhausta de tanto llorar. Todavía sujetaba su camiseta contra mi pecho, como si fuera lo único que quedaba de todo lo que vivimos.

Y por primera vez en mucho tiempo, ya no sabía quién era sin él.



37

HERMANO

NOAH WHITMORE



Estaba en el suelo de mi habitación, apoyado en la cama, con las rodillas levantadas y el rostro escondido entre los brazos. La habitación parecía una zona de guerra, todo estaba destruido. El velador roto, el control de la TV tirado en el rincón, el espejo rajado, la lámpara caída en el suelo. Había roto todo lo que tenía delante y aun así, el dolor no había pasado. Solo se había vuelto más fuerte.

Sujetaba el portarretratos con ambas manos, la foto de ella detrás del vidrio agrietado, aquella que tomé sin que se diera cuenta, cuando estaba sentada en las gradas durante un entrenamiento. Violet sonreía levemente, mirando el celular, el cabello recogido en un moño desordenado. Pasaba el dedo por la imagen como si pudiera tocarla de verdad.

Las lágrimas no paraban, lloraba como un niño, sollozos altos, descontrolados, que salían de mi garganta sin que pudiera contenerlos. El pecho me dolía tanto que parecía que iba a explotar, no podía respirar bien, cada vez que intentaba tomar aire, venía otro sollozo.

Había perdido a ella.

Había perdido a Violet.

Y había sido yo mismo quien lo hizo.

La puerta de la habitación se abrió de repente. Ni siquiera levanté el rostro, solo escuché los pasos pesados entrando y luego el silencio absoluto.

—Noah... —la voz de Hunter salió baja, impactada—. ¿Qué es esto, hermano? ¿Qué mierda pasó aquí?

Levanté el rostro despacio, los ojos hinchados, el rostro mojado de lágrimas. Hunter estaba parado en la puerta, mirando alrededor con los ojos muy abiertos. Vio el desastre, me vio en el suelo sujetando el portarretratos, y su rostro cambió completamente.

Cerró la puerta detrás de él y caminó hasta mí. Se arrodilló frente a mí, sin decir nada al principio, luego puso la mano en mi hombro.

—Noah... habla conmigo. ¿Qué pasó?

Sollocé una vez más, apretando el portarretratos contra el pecho.

—Perdí, tío... —mi voz salió ronca, casi irreconocible—. Perdí a Violet y ya no puedo respirar.

Hunter se quedó en silencio unos segundos, procesando. Luego se sentó en el suelo a mi lado y me atrajo a un abrazo fuerte. Me dejé caer contra él, llorando sin control, pasó la mano por mi espalda, sujetándose firme.

—Estoy aquí, hermano —dijo bajito, con voz firme—. Estoy aquí, siempre estuve, siempre voy a estar. Dime qué pasó.

Tardé un tiempo en poder hablar, las palabras salían mezcladas con sollozos.

—El padre de ella... vino a hablar conmigo la semana pasada, después del entrenamiento. Thomas Harper. Me encontró en el túnel de la arena, dijo que estoy arruinando la vida de Violet, que está yendo mal en las materias por mi causa, que soy solo un jugador de hockey y que no tengo futuro. Que voy a acabar con su vida.

Hunter se quedó callado, solo escuchando.

—Dijo que si no me alejo de ella, la saca de Westbridge. Que ella ama la universidad, pero que la va a sacar si sigo cerca. Yo... no podía dejar que eso pasara, Hunter. No podía ser el motivo de que ella lo perdiera todo.

—Noah... —Hunter empezó, pero seguí.

—Tuve que alejarla, tuve que hacer que me odiara. Fui al The Den hoy y cuando supe que iba a llegar, yo... llamé a una chica para bailar, a Briana. Sabía que Violet me iba a ver, lo hice a propósito. Para que pensara que soy exactamente el idiota arrogante que todo el mundo dice que soy, para que me odiara de verdad, para que no quisiera nada más conmigo.

Sollocé más fuerte, apretando el portarretratos.

—La amo, Hunter, la amo de cojones. Nunca amé a nadie así en mi vida, ella lo cambió todo, me hizo querer ser mejor y ahora tuve que tirar todo a la basura. Tuve que lastimarla, tuve que ver su mirada de decepción cuando me vio con otra. Nunca voy a olvidar eso.

Hunter apretó el abrazo.

—Hiciste esto porque la amas —dijo bajito—. Estás renunciando a ella para protegerla. Eso no es debilidad, Noah. Eso es amor. Amor de verdad.

Negué con la cabeza, llorando.

—Pero duele de cojones. Siento como si hubiera muerto por dentro, no puedo parar de pensar en ella, no puedo parar de

recordar su rostro cuando me dio la bofetada y dijo que me odiaba. Quería haberle dicho que era mentira, que la amaba, que todo lo que hice fue para protegerla, pero no podía.

Hunter se quedó en silencio un tiempo, solo sujetándome, luego habló:

—Estás demostrando cuánto la amas al alejarte, aunque duela, aunque te esté destruyendo. No es egoísmo. Es lo contrario.

Levanté el rostro, mirándolo con los ojos llorosos.

—Prometes que no le vas a contar la verdad? Por favor, Hunter, si ella se entera de que todo fue por culpa de su padre... va a quedar destrozada. Y no puedo dejar que eso pase. ¿Prometes?

Hunter me miró a los ojos y asintió sin dudar.

—Te prometo, no voy a contar nada. Tu decisión es tuya. La respeto.

Pasó la mano por mi cabello, revolviéndolo ligeramente.

—Ahora ve a ducharte. Estás destruido, después hablamos más.

Asentí despacio y me levanté con dificultad. Fui al baño y tomé una ducha larga, dejando que el agua caliente golpeará mi espalda. Cuando salí, envuelto en la toalla, me detuve en la puerta de la habitación.

Hunter lo había arreglado todo.

La habitación estaba limpia. Los pedazos de vidrio y madera habían sido tirados, el velador estaba en la basura, el control roto también. La cama estaba hecha, solo quedaba el portarretratos encima del escritorio.

Estaba sentado en la silla, esperándome.

—Al menos este desastre puedo arreglártelo, hermano —dijo, con una sonrisa cansada—. Solo no puedo arreglar el desastre que tienes ahí dentro.

Señaló mi pecho.

Me senté en el borde de la cama, todavía envuelto en la toalla, y bajé la cabeza.

—No sé cómo seguir adelante, Hunter. No sé cómo vivir sin ella.

—Vas a seguir —respondió, serio—. Porque la amas lo suficiente para querer lo mejor para ella. Y lo mejor para ella, en este momento, es que estés lejos, pero eso no significa que no vas a estar bien algún día. Va a doler de cojones. Va a doler todos los días. Pero vas a poder.

Se levantó y vino hacia mí. Yo también me levanté y lo abracé fuerte.

—Te amo, hermano —dije, con voz ronca—. Gracias por estar aquí.

Hunter me apretó de vuelta.

—Yo también te amo, tío. Solo quiero que estés bien, aunque tarde, aunque duela de puta madre. Estoy aquí. Siempre.

Me dio una palmada ligera en la espalda.

—Ahora duerme. Mañana es otro día. Y no necesitas resolver todo hoy.

Asentí, Hunter salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de él.

Me acosté en la cama, todavía con la toalla enrollada en la cintura, y me quedé mirando al techo. El pecho todavía dolía, y la nostalgia seguía quemando, pero esto era lo mejor para ella, y Violet siempre iba a estar en primer lugar para mí.



38

MIRADAS QUE DUELEN

VIOLET HARPER



Cuatro días.

Cuatro días desde que vi a Noah bailando con otra chica en The Den, cuatro días desde que me miró a los ojos y dijo que todo entre nosotros había sido solo un acuerdo, cuatro días desde que mi mundo pareció detenerse.

Seguía despertando todos los días con el pecho apretado, era como si una piedra se hubiera colocado encima de mí mientras dormía. El primer pensamiento de la mañana siempre era él, el segundo también y el tercero.

Intentaba levantarme, ducharme, arreglarme y fingir que todo estaba bien, pero la verdad era que estaba destruida por dentro.

Lo veía de lejos casi todos los días.

En el campus, en el césped, cerca de la arena, en la cafetería, siempre de lejos. Y cada vez que nuestras miradas se encontraban, aunque fuera por una fracción de segundo, él desviaba el rostro rápidamente. Como si yo fuera alguien que nunca hubiera conocido, como si todo lo que vivimos hubiera sido solo un sueño del que él ya hubiera despertado y yo estuviera intentando no hacerlo.

Intentaba convencerme de que eso era mejor, que era lo que él quería, pero dolía de cojones.



El lunes, estaba saliendo de la clase de Teoría de la Comunicación cuando lo vi. Noah estaba al otro lado del pasillo, conversando con Hunter. Usaba una camiseta negra simple y la gorra de los Wolves. Mi corazón dio ese salto doloroso que venía pasando cada vez que lo veía.

Me miró en mi dirección.

Por un segundo, solo un segundo, nuestras miradas se encontraron. Sentí que me faltaba el aire, quería sonreír, quería saludar, quería correr hacia él y preguntarle qué había pasado de verdad. Pero antes de que pudiera hacer nada, él desvió la mirada, como si yo no existiera, y siguió hablando con Hunter como si nada hubiera pasado.

Me quedé parada en medio del pasillo, sintiendo que las lágrimas subían. Apreté los libros contra el pecho y seguí caminando, intentando no llorar allí en medio de todos, al fin y al cabo ya era suficiente humillación, escuchaba los murmullos cuando pasaba y eso solo me lastimaba más.

El martes, pasó de nuevo.

Estaba sentada en el césped, intentando estudiar, cuando lo vi pasar con Tyler. Me miró en mi dirección por casualidad. Sostuve la

mirada, esperando, rogando, que se detuviera, que viniera a hablar conmigo, que explicara algo.

Pero solo apretó el paso y desvió el rostro, como si hubiera visto un fantasma.

Cerré el cuaderno y me fui a casa llorando.

El miércoles, ya estaba evitando los lugares donde sabía que podría estar, pero aun así, en el camino hacia la biblioteca, nuestras miradas se cruzaron una vez más. Esta vez, no pude contenerlo, una lágrima corrió por mi rostro antes de que pudiera limpiarla. Noah se detuvo medio segundo, como si lo hubiera visto, pero luego siguió caminando, el rostro cerrado, como si yo fuera solo una persona más en el campus.

Me senté en el primer banco que encontré y lloré hasta que no pude más.



Scarlet estaba preocupada por mí, lo veía en sus ojos cada vez que me miraba. El jueves, después de la última clase, me arrastró a sentarme en la cafetería y me miró fijamente.

—Violet... estás pésima —dijo ella, sin rodeos—. No comes bien, no duermes, no paras de llorar, esto ya pasó del punto de “dar tiempo”. Necesitas hablar con él.

Negué con la cabeza, mirando el vaso de café que ni siquiera toqué.

—Él no quiere hablar conmigo, Scarlet. Desvía la mirada cada vez que me ve, es como si yo fuera invisible, como si todo lo que vivimos nunca hubiera pasado.

—Pero necesitas respuestas —insistió—. No puedes seguir así. Te estás destruyendo.

—Lo sé —respondí, con voz baja—. Pero claramente él ya no quiere nada conmigo. Y yo... no voy a suplicar. Ya me humillé lo suficiente cuando le mandé mensajes y me respondió seco. Ya entendí el mensaje.

Scarlet suspiró, pasando la mano por mi brazo.

—Odio verte así, Vi. En serio. Eras tan... ligera cuando estabas con él y ahora parece que alguien apagó la luz dentro de ti.

No respondí, porque tenía razón. Me sentía apagada, como si una parte importante de mí hubiera muerto en The Den aquella noche.

Aun así, intenté sostenerme, intenté estudiar, intenté ponerme al día con las materias, pero era difícil. Todo me recordaba a él, la blusita que le gustaba, el olor a café que tomaba todas las mañanas, la forma en que me llamaba "mariposita" cuando quería provocarme.

Estaba intentando sobrevivir, pero lo estaba haciendo mal.



El sábado era el día del partido de los Wolves.

Me quedé todo el día dudando si iría o no. Una parte de mí quería ir, quería verlo jugar, quería sentir, aunque fuera de lejos, que todavía existía en mi vida de alguna forma. Otra parte de mí quería quedarme en casa, debajo de las cobijas, llorando hasta que no tuviera más lágrimas.

Al final, fui.

Pero no me senté en la zona VIP como había hecho en las últimas semanas, al fin y al cabo ya no era la chica del 27, había vuelto a ser invisible. Regresé a la fila 28, la misma fila de siempre, antes de que todo pasara. Me escondí entre la gente, con un hoodie grande y la capucha en la cabeza, intentando pasar desapercibida.

La pista estaba llena, la afición estaba animada. Los Wolves estaban invictos y este era un partido importante, pero apenas podía prestar atención al partido.

Solo podía mirarlo a él.

Noah estaba en el hielo, pero no era el mismo. Estaba jugando mal, muy mal, fallaba pases simples, perdía el disco con facilidad, parecía distraído. El entrenador gritaba desde el borde de la pista, Hunter intentaba hablar con él, pero nada parecía funcionar.

En determinado momento, en el segundo período, miró hacia las gradas. Y me vio.

Nuestras miradas se encontraron.

Estaba escondida entre la gente, pero me vio aun así. Se detuvo un segundo en medio de la pista, el disco pasando por él, sentí que me faltaba el aire. Una lágrima corrió por mi rostro sin que pudiera contenerla, no desvié la mirada, quería que él lo viera, quería que supiera cuánto dolía.

Pero él desvió primero.

Giró el rostro y volvió a jugar, como si nada hubiera pasado, como si yo fuera solo una espectadora más.

No aguanté quedarme hasta el final.

Cuando terminó el segundo período, me levanté y salí de la pista. No pude ver más, no pude verlo jugando mal, no pude verlo ignorándome como si yo nunca hubiera sido importante.

Mientras caminaba de vuelta al apartamento, las lágrimas volvieron. Intenté contenerlas, pero no pude. Llegué a casa, cerré la puerta de la habitación y me tiré en la cama, llorando en silencio.

No entendía.

No entendía cómo todo había terminado tan rápido. No entendía cómo podía mirarme a los ojos y luego actuar como si yo nunca hubiera existido. No entendía cómo el hombre que bailó conmigo bajo la lluvia, que se despertó en medio de la noche para ver si estaba bien durante la tormenta, que dijo que me amaba...

podía simplemente desaparecer de mi vida como si fuera descartable.

Me sentía pequeña, me sentía estúpida, me sentía usada.

Y lo peor de todo?

Todavía lo amaba.

Incluso después de todo, incluso después del dolor, incluso después de verlo bailar con otra chica, incluso después de que me tratara como si fuera invisible.

Todavía amaba a Noah Whitmore.

Y eso, de alguna forma, era la parte que más dolía.



39

EL MEJOR PARTIDO DE MI VIDA

NOAH WHITMORE



El disco pasó por mí.

Escuché los gritos de los chicos, al entrenador gritando mi nombre, a Hunter maldiciendo desde el otro lado de la pista, pero todo pareció desaparecer por una fracción de segundo, porque la vi.

Violet.

Estaba en la fila 28, la misma de antes, escondida entre la gente, usando un hoodie grande con la capucha puesta. Nuestras miradas se encontraron por menos de dos segundos, pero fue suficiente para que sintiera que el suelo se hundía bajo mis pies.

Ella estaba llorando.

Una lágrima corrió por su rostro justo en el momento en que nuestras miradas se cruzaron. Me congelé. El disco pasó derecho por

mí, los chicos gritaron, el entrenador vociferó mi nombre desde el banco... pero solo podía mirarla a ella, a esa lágrima, a la forma en que parecía tan pequeña allí, tan distante.

Y entonces se levantó y salió.

Todo empeoró después de eso.

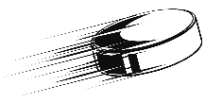
Recibí un golpe violento segundos después, no vi al tipo venir, fui lanzado contra la barrera con tanta fuerza que el aire salió de mis pulmones. Caí en el hielo, el cuerpo latiendo, Hunter vino corriendo hacia mí, arrodillándose a mi lado.

—¡Levántate, joder! —gritó, tirándome del brazo—. ¿Vas a dejar que el padre de ella tenga razón sobre ti?

Esa frase me golpeó como un puñetazo.

Me levanté con dificultad, el cuerpo doliendo, la cabeza latiendo, pero algo cambió dentro de mí, una rabia fría, un dolor que se transformó en combustible. Volví al juego como si tuviera algo que demostrar, no para el entrenador, no para el equipo, ni siquiera para ella, sino para mí mismo. Necesitaba demostrarme a mí mismo que no era la mierda de la que habló su padre.

Al final del tercer período, marqué el gol de la victoria. La pista explotó, los Wolves ganaron por un punto. Pero no sentí nada, ni alegría, ni alivio. Solo un vacío enorme en el pecho.



En el vestuario, después del partido, el entrenador me llamó aparte. Todavía estaba sudado, con el equipo medio tirado, cuando se detuvo frente a mí con los brazos cruzados.

—Noté que tu novia no estaba en la zona VIP hoy —empezó, directo como siempre—. Y vi cómo jugaste después de que ella se fue. Créeme, lo veo todo.

No respondí, solo bajé la cabeza.

—No tengo nada que ver con tu vida personal, Whitmore, pero te advertí: si este noviazgo, o el fin de él, empezaba a afectar tu rendimiento, tendría que tomar una decisión. Y no quiero hacer eso. Eres importante para este equipo, muy importante. Así que recomposite, chico, porque la próxima vez no voy a ser tan comprensivo.

Me dio una palmada en el hombro y se fue.

Me quedé parado allí, sintiendo el peso de sus palabras, sintiendo el peso de todo.



Cuando llegué a casa, Hunter, Tyler y Ryan ya estaban en la sala. Entré en silencio, tiré la bolsa al suelo y fui directo a la cocina a tomar una cerveza, pero antes de que pudiera abrir la nevera, la puerta principal se abrió con fuerza.

Scarlet.

Entró como un huracán, el rostro rojo de rabia. Hunter intentó sujetar su brazo, pero ella se soltó.

—¿En dónde tienes la cabeza, idiota?! —gritó tan pronto como me vio—. ¡Eres un cabrón! ¡Hijo de puta! ¿Cómo tuviste el valor de hacerle esto a ella?!

Me giré despacio, todavía sujetando la cerveza.

—Scarlet...

—¡No! —me cortó, señalándome con el dedo—. ¡No vengas con “Scarlet”! Pasaste toda la semana evitándola, mintiendo que ibas a la casa de tus padres y luego ella te vio en The Den bailando con otra chica como si nada hubiera pasado? ¡Violet está destrozada, Noah! ¡Destrozada! ¡Nunca la vi llorar de esa manera! ¡Nunca!

Hunter intentó intervenir.

—Scarlet, cálmate...

—¡No voy a calmarme! —gritó, girándose hacia él—. Violet es como una hermana para mí, no aguanto más verla sufrir de esta forma. Y tú —volvió a mirarme— eres un cobarde, Noah. Un cobarde que destruye a las personas y luego desaparece.

Aguanté todo en silencio hasta ese momento, pero cuando ella dijo “cobarde”, algo dentro de mí se rompió.

Golpeé la cerveza contra la encimera con fuerza y grité:

—¡AMO A VIOLET, JODER! ¡La amo más que a nada! Pero no soy bueno para ella, ¿ok?! ¡Soy solo la mierda de un jugador de hockey! ¡Y esta vez el apellido Whitmore no me ayudó en nada!

El silencio cayó en la sala.

Scarlet parpadeó, confundida.

—¿De qué estás hablando?

Hunter soltó el aire despacio y me miró. Asentí, podía contarle, ya no podía cargar con eso solo.

Hunter se giró hacia Scarlet y habló bajito:

—El padre de Violet buscó a Noah. Le dijo que se alejara o la sacaría de Westbridge. Dijo que Noah iba a arruinar su vida, que era solo un jugador y que iba a acabar con su futuro.

Scarlet se sentó en el sofá despacio, como si las piernas le hubieran fallado, se llevó la mano al rostro, impactada.

—Viejo hijo de puta...

Me senté en el sillón al lado, pasándome las manos por el rostro.

—¿Ahora entiendes por qué la alejé? —pregunté, con voz ronca, el llanto atrapado en la garganta.

Scarlet se quedó en silencio unos segundos. Luego me miró.

—¿Y la chica en The Den?

—No pasó nada —respondí—. Cuando Tyler dijo que ustedes estaban llegando, la única idea que pasó por mi cabeza fue esa. Hacer que ella me viera con otra y me odiara.

Scarlet se recostó en el sofá, llevándose las manos al rostro.

—Joder... está muy mal, Noah. Muy mal, de verdad. Deberías haberle dicho la verdad.

—Scarlet, tú conoces a Violet desde hace más tiempo que yo —dije, mirándola—. ¿Qué haría ella al minuto siguiente si le contara que su padre me buscó?

Se quedó callada.

—Iría a ver a su padre —respondió bajito.

—Exacto. Y él dejó muy claro que si ella se enteraba, las consecuencias serían las mismas. La iba a sacar de la universidad y yo no puedo ser el motivo de que ella lo pierda todo, Scarlet. No puedo. Prefiero verla de lejos que no poder volver a ver sus ojos nunca más.

Scarlet negó con la cabeza, los ojos llorosos.

—Noah... ella te ama. De verdad te ama, no tienes idea de cuánto.

Sentí el pecho apretarse tanto que casi no pude responder.

—Y yo la amo, Scarlet. Como nunca amé a nadie en mi vida, pero no podemos estar juntos. No tengo derecho a arruinar su vida.

Scarlet se quedó en silencio un rato, luego me miró con una expresión triste.

—Como si su vida estuviera muy bien, ¿no?

Se levantó despacio, tomó su bolso y se fue sin decir nada más. La puerta se cerró detrás de ella.

Me quedé sentado en el sillón, el silencio de la casa pesando sobre mí. Tyler y Ryan subieron a sus habitaciones después de un rato, Hunter se quedó un poco más, pero también terminó subiendo.

Me quedé solo.

Y fue cuando empecé a beber.

Abrí una botella de whisky que tenía guardada y empecé a beber directo del cuello, cada trago quemaba, cada trago intentaba apagar el dolor. Tomé el celular y abrí la galería, sus fotos, siempre sus fotos, me quedé mirando hasta que los ojos empezaron a arder.

No aguanté más.

Tomé las llaves del coche y salí.

Conduje hasta el apartamento de ella, estacioné del otro lado de la calle, con el motor apagado, y me quedé mirando la ventana de su habitación. La luz estaba encendida, podía ver su silueta caminando de un lado a otro, probablemente no podía dormir.

Las lágrimas empezaron a caer antes de que me diera cuenta, apreté el volante con fuerza, intentando contenerlas, pero no pude. Solloce bajito, apoyando la frente en el volante.

—Siento tanto tu falta... —murmuré—. Tanta nostalgia que parece que voy a morir.

Me quedé allí casi una hora, llorando, mirando esa maldita ventana. Imaginando cómo sería si pudiera subir, tocar la puerta y decir que todo había sido mentira, que la amaba, que había hecho todo para protegerla.

Pero no podía.

Entonces encendí el coche y me fui.

Conduje hasta un estudio de tatuajes que estaba abierto hasta tarde, entré sin pensarlo dos veces. Pedí un tatuaje simple, en el antebrazo izquierdo, justo donde pudiera verlo todos los días.

THE BEST GAME OF MY LIFE

Y justo debajo, pequeña, una mariposita.

El tatuador no preguntó nada, solo hizo el trabajo en silencio mientras yo miraba al techo, sintiendo la aguja marcar mi piel, y cuando terminó, pagué y salí.

Ya era casi medianoche.

Tomé el celular con la mano temblando y llamé a su número.
Contestó al segundo tono.

—¿Noah?

Me quedé callado, su voz dolió más que cualquier otra cosa.

—Noah? Háblame...

Intenté, intenté hablar, pero solo pude sollozar, las lágrimas volvieron con fuerza.

—Lo siento, mariposita... —logré decir, con la voz fallando—.
No soy bueno para ti.

Y colgué.

Encendí el coche y conduje hasta la casa de mis padres sin avisar a nadie, sin llamar a Hunter. Sin llamar a nadie más.

Solo necesitaba irme.

Porque estar cerca de ella, sin estar con ella, me estaba matando lentamente.

Y ya no sabía cuánto tiempo más podría aguantar.



40

EL 27 ESTÁ DE VUELTA

VIOLET HARPER



Ya pasaba de la medianoche cuando mi celular sonó. El nombre de él apareció en la pantalla y pensé que estaba soñando. Aun así, tomé el aparato y lo llevé al oído con las manos temblando.

Al principio solo había silencio, un silencio pesado, lleno de cosas no dichas. Luego vinieron los sollozos, el llanto bajo, roto, casi irreconocible. Y entonces su voz resonó, ronca, destrozada:

—Lo siento, mariposita... yo no soy bueno para ti.

Y la llamada cayó.

No lo pensé dos veces.

Di un salto de la cama, encendí la luz de la habitación y tomé la primera ropa que vi: unos jeans y una blusa de él que estaba tirada en la silla. Estaba lloviendo afuera, fuerte, pero ya no le tenía

miedo a la lluvia. Él se había llevado ese miedo y había dejado otro en su lugar: el miedo a perderlo.

Scarlet no estaba en casa, probablemente estaba con Tyler. Salí corriendo por el campus, mojándome los pies, el cabello pegándose al rostro. El camino hasta La Casa de los Wolves nunca había parecido tan largo. Cuando llegué, la puerta principal estaba abierta, como siempre, y entré sin tocar.

Y me topé con Scarlet y Tyler en el mayor beso en el sofá de la sala.

Scarlet se asustó cuando me vio, apartando a Tyler de encima de ella.

—¿Vi? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No paren por mí —respondí, ya subiendo las escaleras—. Necesito hablar con Noah.

Estaba en medio de la escalera cuando Hunter apareció en el último escalón, solo en short y camiseta, el cabello revuelto.

—Noah no está aquí, Violet —dijo, con voz baja—. Salió hace rato. Intenté llamarlo al celular, pero está apagado.

Solté el aire que estaba conteniendo y bajé despacio hasta el sofá, sentándome con las piernas débiles.

—Él me llamó... —dije, con la voz fallando—. Estaba llorando, dijo que no era bueno para mí y colgó. Está lloviendo y está por ahí solo.

Scarlet me miró un segundo, luego intercambió una mirada con Hunter. Pareció tomar una decisión.

—Violet, te voy a contar una cosa...

—Scarlet, no —la interrumpió Hunter, dando un paso adelante.

—A la mierda, Hunter. Ella tiene derecho a saber.

Levanté la mirada hacia los dos, el corazón acelerado.

—¿Qué es? ¿Qué tengo que saber?

Hunter soltó el aire que estaba conteniendo y se acercó al sofá también. Scarlet tomó mi mano con cariño.

—Amiga... Noah te ama. Más de lo que puedes imaginar. Fue tu padre...

—¿Mi padre? —corté, confundida—. ¿Cómo que mi padre?

Hunter se sentó en el sillón frente a mí y empezó a explicar, con voz baja y cuidadosa:

—Tu padre buscó a Noah después del entrenamiento hace unas dos semanas más o menos. Le dijo que se alejara de ti o te iba a sacar de Westbridge. Dijo que Noah era solo un puto jugador de hockey y no tenía nada que ofrecerte, que iba a acabar con tu futuro.

Me quedé en silencio, intentando procesar cada palabra.

—Noah no quería que tu padre te sacara de la universidad —continuó Hunter—. Entonces armó esa escena en The Den. Dijo todo eso para que lo odieras. Para que no quisieras nada más con él.

Miré al suelo, sintiendo que el mundo giraba despacio.

Mi padre.

Una vez más.

—Claramente no funcionó —murmuré, con voz baja—. Todavía lo amo.

Scarlet apretó mi mano.

—Y él te ama, Vi. Mucho.

Levanté la mirada, sintiendo una mezcla de rabia y dolor subir por el pecho.

—¿Cómo tuvo la valentía mi padre de hacer eso?

Ryan apareció en la puerta de la cocina sosteniendo una lata de refresco y me la extendió.

—Toma. Te ofrecería una cerveza, pero Noah acabó con todo.

Acepté el refresco con la mano temblando. Hunter tomó el celular del bolsillo, leyó un mensaje y habló:

—Está en la casa de sus padres. Claire me mandó un mensaje. Va a estar bien. Debe volver mañana por la mañana, al fin y al cabo tiene partido por la tarde.

Asentí despacio y me levanté.

—¿Puedo... dormir en su habitación?

Hunter me miró con cariño y asintió.

—Claro, la lluvia aumentó. Duerme en su habitación. Mañana resolvemos lo que necesitamos resolver.

Subí las escaleras despacio, como si cada paso pesara kilos. Entré en su habitación y su perfume me invadió inmediatamente. Me senté en el borde de la cama y miré alrededor. Las lágrimas volvieron sin aviso. Me acosté en la cama, tiré del edredón sobre mi cuerpo y enterré el rostro en su almohada. El olor era tan fuerte que pareció que él estaba allí.

Lloré hasta quedarme dormida.

Y en el sueño, él estaba conmigo. Estábamos juntos.



Me desperté al día siguiente con el sol golpeando suavemente la ventana. Por unos segundos, olvidé todo, luego la memoria volvió como un puñetazo en el estómago.

Me levanté, tomé una ducha rápida y bajé las escaleras. Hunter estaba en la cocina preparando café. Me miró y sonrió levemente.

—¿Dormiste bien?

—Más o menos —respondí, sentándome en la barra—. Hunter... ¿me puedes prestar tu coche?

Levantó una ceja.

—¿Mi coche? ¿Mi bebé? ¿Sabes manejar?

—Sí —respondí, firme—. Y manejo bien, puedes confiar.

Dudó un segundo, luego suspiró y me lanzó las llaves.

—Está bien, pero si lo rayas, vamos a tener un problema serio.

Tomé las llaves y lo miré.

—Y... por favor. No les digan a Noah que ya sé todo. Necesito hablar con mi padre primero.

Hunter asintió despacio.

—Está bien. Ve con calma, Violet.

Salí de La Casa y conduje hasta la casa de mis padres. El camino nunca había parecido tan largo. Cuando llegué, mi padre estaba en la sala, leyendo el periódico como siempre. Mi madre estaba en la cocina. Tan pronto como me vio, bajó el periódico.

—Violet. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿No tenías clases?

No respondí de inmediato. Me quedé parada en la sala, mirándolo. Luego hablé, con voz baja, pero firme:

—Fuiste a hablar con Noah.

No lo negó, solo cerró el periódico despacio.

—Sí. Fui.

—¿Cómo tuviste el valor? —pregunté, sintiendo la rabia subir—. ¿Cómo tuviste el valor de ir hasta él y amenazar con sacarme de la universidad? ¿Cómo tuviste el valor de humillarlo de esa forma? ¡Ni siquiera conoces a Noah!

—Hice lo que era mejor para ti —respondió, demasiado calmado—. Estabas yendo mal en las materias, estabas distrayendo tu vida por un jugador de hockey. Solo quise protegerte.

—¿Proteger? —repetí, incrédula—. No me protegiste, me lastimaste. Lo lastimaste a él. Y nos lastimaste a nosotros. Si realmente hubieras querido que fuera feliz, nunca hubieras hecho eso. Me hiciste pasar por el infierno lejos de él.

Mi madre apareció en la puerta de la sala, mirándonos asustada.

—¿Qué está pasando aquí?

Mi padre la miró.

—Violet está enfadada porque fui a hablar con su noviecito jugador de hockey para que se alejara de ella.

Mi madre se quedó parada unos segundos, procesando. Luego su rostro cambió completamente.

—¿Hiciste qué?

—Hice lo que había que hacer —respondió—. Por su bien y por su futuro.

Mi madre dio un paso adelante, los ojos brillando de rabia.

—Si te atreves a sacar a Violet de la universidad por esto... si te atreves a interferir en su vida por el chico que decidió salir... te vas a quedar solo, Thomas. Yo no voy a estar de tu lado. Deberías querer ver a tu hija feliz. No controlarla como si fuera una pieza de ajedrez.

Mi padre se quedó en silencio.

Miré a mi madre, sorprendida. Nunca le había hablado de esa forma.

Antes de irme, mi madre me apartó a un lado, en el pasillo.

—Violet... no dejes que el amor se escape —dijo bajito, tomando mis manos—. Porque el "y si" te va a perseguir el resto de tu vida. Si amas a ese chico... lucha. No dejes que el miedo o la interferencia de nadie decida por ti, aunque ese alguien sea tu padre.

Asentí, con los ojos llorosos, y la abracé fuerte.

Luego tomé el coche de Hunter y volví al campus.

Decidí ver el partido.

Esta vez, me puse su camiseta, la camiseta de los Wolves con el número 27 en la espalda. Me recogí el cabello y fui hasta la arena.

No fui a la zona VIP, me escondí entre la gente, en la tribuna común. Quería ver sin ser vista, al menos al principio.

En el primer tiempo, Noah jugó mal. Fallaba pases, perdía el disco, parecía distraído. La afición empezó a abuchear, cada abucheo me dolía como si fuera personal.

En el descanso, escribí un billete rápido y le pedí a uno de los guardias que se lo entregara.

Cuando el equipo volvió para el segundo tiempo, Noah buscó por mí en las gradas. No me encontró enseguida. Marcó un gol, pero la afición no celebró bien, el ambiente estaba extraño.

Fue cuando me levanté.

En medio de la multitud, usando su camiseta, empecé a aplaudir. Sola al principio, luego la gente a mi alrededor empezó a aplaudir también. Y pronto toda la tribuna estaba aplaudiendo.

Noah me vio.

Se detuvo en medio de la pista, miró en mi dirección y sonrió. Una sonrisa cansada, pero real.

El 27 estaba de vuelta.

Y la chica de él también.



41

MI MEJOR PARTIDO

NOAH WHITMORE



Cuando llegué a la casa de mis padres, ya era casi medianoche. La lluvia había parado, pero el frío todavía cortaba. Abrí la puerta principal y entré en silencio, esperando encontrarlo todo a oscuras. Pero la luz de la sala estaba encendida.

Claire estaba sentada en el sofá, con una taza de té en la mano. Tan pronto como me vio, se levantó. Mi rostro debía estar hecho una mierda, porque su expresión cambió al instante.

—Noah... —me llamó bajito, acercándose—. ¿Qué pasó?

No respondí, solo dejé caer la bolsa al suelo y caminé hasta ella. Claire me abrazó sin preguntar nada más. Me apoyé en ella como si fuera lo único que me sostenía en pie. Y entonces me derrumbé.

Me senté en el sofá y empecé a llorar. No fue un llanto controlado, fue de esos que salen del fondo del pecho, de esos que duelen en la garganta. Claire me atrajo a su regazo, como hacía cuando era pequeño, pasó la mano por mi cabello y se quedó callada, dejándome llorar.

—Te amo, Claire... —logré decir entre sollozos—. Amo a Violet más que a nada, pero no puedo estar con ella. Su padre no me cree lo suficientemente bueno, dijo que soy solo un jugador de hockey y que voy a arruinar su vida. Y yo... no puedo ser el motivo de que ella lo pierda todo.

Claire siguió pasando la mano por mi cabello en silencio, dejándome desahogarme. Cuando dejé de llorar, habló bajito:

—Estás sufriendo de cojones, ¿eh?

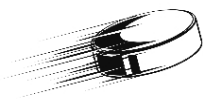
Asentí, limpiándome el rostro con el dorso de la mano.

—Nunca amé a nadie así. Nunca. Y ahora tuve que renunciar a ella para protegerla. Y eso me está matando.

Claire se quedó callada unos segundos, luego dijo:

—Eres un idiota por pensar que no eres lo suficientemente bueno para ella, pero también eres un idiota valiente por renunciar a ella para proteger su futuro. Solo... no te destruyas tanto, Noah. Tú también mereces ser feliz.

No respondí. Solo me quedé allí, acostado en el regazo de mi hermana mayor, hasta que pude volver a respirar.



Al día siguiente volví al campus. Tenía que seguir adelante aunque estuviera destruido por dentro. Era día de partido y el equipo me necesitaba.

El partido empezó y yo estaba hecho una mierda.

Fallaba pases simples, perdía el disco con facilidad. La afición empezó a abuchear. Cada abucheo parecía entrar dentro de mí. Me sentía asfixiado dentro del equipo. El entrenador gritaba desde el banco, Hunter intentaba pasarme el disco, pero no podía seguir el ritmo del partido.

En el descanso, un guardia de seguridad me entregó un billete. Lo abrí y leí:

“Yo siempre te voy a aplaudir tan fuerte, que ni siquiera te darás cuenta de quién no te aplaudió. Atte: La chica del 27.”

No entendí nada al principio. Solo guardé el billete en el bolsillo y volví a la pista.

Cuando marqué el gol, la afición casi no celebró. Escuché a alguien decir: “Por fin este idiota hizo algo”. Busqué por ella en las gradas, pero no vi a nadie. Empecé a pensar que había sido alucinación.

Fue entonces cuando la vi.

En medio de la afición, usando mi camiseta, Violet estaba de pie. Aplaudía. Sola al principio, luego la gente a su alrededor empezó a aplaudir también. Y pronto toda la tribuna estaba aplaudiendo.

Me sonrió.

Y en ese momento, el mundo volvió a tener sentido.

Volví a jugar. Volví a jugar de cojones. Los Wolves ganamos el partido, pero cuando la busqué después, no la encontré en ningún lado. Empecé a pensar que realmente había sido cosa de mi imaginación.

Me duché en el vestuario, me cambié y salí de la arena. Estaba yendo hacia el coche cuando la vi.

Violet estaba sentada en el capó de mi coche, usando mi camiseta. El cabello suelto, los ojos rojos, pero con una sonrisita pequeña en el rostro.

—Felicidades, Whitmore. Ganaron el partido —dijo, con voz baja.

Me detuve frente a ella, el corazón latiendo fuerte.

—Sí... ganamos.

Abrió la boca para hablar, pero la interrumpí:

—Violet, no podemos estar juntos. Yo no...

Ella me cortó:

—¿No eres bueno para mí? ¿Eso fue lo que mi padre te dijo?
¿Que eres solo un puto jugador?

Me congelé.

—¿Cómo lo sabes?

—No importa, Noah. Lo único que importa es que sé quién eres, sé la importancia que tienes en mi vida. Eres el número 27 de los Wolves, el mejor delantero de todos los tiempos. Y es el chico que amo. La opinión de mi padre no va a cambiar eso. Quiero estar contigo. Te amo. Y si tú me quieres a mí, voy a ir contigo hasta el final.

Me acerqué despacio, puse un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—Ah, mariposita... viví un infierno lejos de ti, pero no puedo dejar que él te saque de Westbridge. Porque verte de lejos es mejor que no verte.

Ella negó con la cabeza, los ojos brillando.

—No va a hacer eso. Fui a hablar con él esta mañana. Y literalmente lo amenazaron con mi madre, que no tenía idea de lo que había hecho. Así que no... no me va a sacar de la universidad por estar contigo. Entonces... si todavía me quieres... nada nos impide estar juntos. A menos que prefieras a la rubia de la otra noche.

Me reí. Una risa cansada, pero real. La atraje a mi regazo, ella envolvió las piernas en mi cintura y me besó. Fue un beso desesperado, lleno de nostalgia, de dolor y de amor. Cuando nos separamos, apoyé mi frente en la de ella.

—Te amo —dije—. Te amo de cojones.

—Yo también te amo —respondió, con los ojos llorosos.

—Vamos a salir de aquí.

La bajé al suelo, abrí la puerta del coche y la ayudé a entrar. Conduje hasta La Casa en silencio, con su mano entrelazada en la mía todo el camino.

Subimos las escaleras casi corriendo. Tan pronto como entramos en mi habitación, la apreté contra la puerta y la besé con hambre. Mis manos bajaron por su cuerpo, apretando su cintura, subiendo por debajo de la camiseta. Le quité la blusa de un movimiento rápido, luego el sostén. Me arrodillé frente a ella y bajé los jeans junto con las bragas, dejándola desnuda.

Levanté una de sus piernas sobre mi hombro y hundí la boca entre sus piernas. Lamí despacio al principio, luego con más ganas, chupando su clítoris mientras ella gemía mi nombre. Agarró mi cabello con fuerza, el cuerpo temblando contra la puerta.

—Noah... joder... —gimió.

Metí dos dedos dentro de ella mientras la chupaba, sintiendo cómo me apretaba alrededor. Cuando se corrió en mi boca, todo su cuerpo tembló.

Me levanté, me quité la ropa rápido. Ella vio el tatuaje nuevo en mi antebrazo y se detuvo, pasando los dedos por la frase:

Me miró con los ojos llenos de lágrimas.

—Noah...

—Eres, sin duda, el mejor partido de mi vida —dije, besándola despacio.

Se arrodilló frente a mí y tomó mi polla en su boca. La chupó despacio al principio, luego más profundo, gimiendo mientras lo hacía. Apoyé una mano en la pared, la otra en su cabello, gimiendo bajito.

—Joder, Violet... así...

La levanté, tomé un condón en el cajón al lado de la cama y la giré de cuatro sobre la cama. Entré en ella de una vez. Gimió alto. Sujeté su cintura y empecé a embestir profundo, rápido, sintiendo cómo me apretaba alrededor. Nos quedamos así un rato, y entonces la giré, le puse las piernas sobre mis hombros y seguí embistiendo, viendo su rostro contorsionado de placer.

—Te amo —gemía mientras la follaba—. Te amo, Violet Harper.

Salí de dentro de ella y me senté en la silla. La atraje a mi regazo. Ella bajó despacio sobre mí, las manos en mis hombros, moviéndose despacio al principio, luego más rápido. Sujeté su culo, ayudándola a subir y bajar, besando su cuello, chupando sus pechos.

—Noah... voy a correrme... —gimió.

La sujeté con más fuerza y embestí desde abajo, sintiendo cómo se corría encima de mí. Pocos segundos después me corrí también, hundiendo el rostro en su cuello.

Nos quedamos así un rato, jadeando, sudados, abrazados.

Le besé la frente y susurré:

—No voy a perderte más, mariposita. Nunca más.



42

EL MUNDO VOLVIÓ A TENER COLOR

VIOLET HARPER



Una semana ya había pasado desde el día en que mi mundo volvió a tener color. Y, de alguna forma, la vida parecía haber encontrado un nuevo ritmo, un ritmo más tranquilo, más real.

Estábamos al final de la temporada. Los Wolves seguían invictos y ahora caminaban rumbo a las semifinales. El clima en el campus estaba diferente, más animado, más eléctrico. Todo el mundo hablaba de los partidos finales, del título, de Noah y Hunter como los grandes destacados del equipo. Pero, para mí, lo que más importaba era que, después de tanto tiempo de dolor y confusión, finalmente podía despertarme al lado de él sin sentir ese apretón en el pecho.

Pasaba más días en La Casa de los Wolves que en mi propio apartamento. Era casi como si me hubiera mudado allí. Noah nunca

se quejó, al contrario, parecía gustarle verme circular por el pasillo con su bata, usando sus camisetas, dejando mi champú en el baño. Y, seamos sinceros, eso también ayudaba bastante a dar privacidad a Scarlet y Tyler.

Ellos juraban que no estaban juntos.

—Solo follamos de vez en cuando —había dicho Scarlet dos días atrás, mientras yo preparaba café en la cocina de La Casa—. No es nada serio.

Había puesto los ojos en blanco y respondido:

—Claro. Y yo soy la reina de Inglaterra.

Tyler, que estaba pasando por la sala, lo escuchó y gritó desde lejos:

—¡Es solo amistad con beneficios, Harper! ¡Deja de crear caso!

Scarlet le lanzó un trapo de cocina y yo me reí. Era bueno verla feliz también.



Los días se estaban dividiendo entre clases, noches de cine, algunos tragos en The Den y los entrenamientos de Noah.

Por la mañana, iba a clase sola o con Scarlet. Por la tarde, cuando no tenía entrenamiento, Noah me recogía en el campus y volvíamos juntos a La Casa. Por la noche, a veces nos quedábamos solos en su habitación viendo series o películas. Otras veces bajábamos a la sala y nos quedábamos con Hunter, Tyler y Ryan jugando videojuegos o simplemente conversando.

Una de esas noches, estábamos todos en la sala viendo una película de acción cualquiera. Yo estaba acostada en el sofá con la cabeza en el regazo de Noah, mientras él pasaba los dedos por mi

cabello de forma distraída. Hunter estaba sentado en el sillón con una cerveza en la mano y Ryan jugaba en el celular.

—Ustedes dos están asquerosos —comentó Tyler, lanzando una almohada encima de nosotros.

Noah se rio y me atrajo más cerca.

—¿Celos, Tyler?

—¿Celos de qué? Tengo a Scarlet —respondió demasiado rápido.

Hunter y yo intercambiamos una mirada y nos reímos. Ryan negó con la cabeza.

—Ustedes dos son tan malos escondiendo las cosas que hasta da lástima —dijo Ryan, sin levantar los ojos del celular.

Tyler le lanzó otra almohada.

Me levanté un poco y miré a Noah.

—Me gusta esto —dije bajito, solo para que él escuchara—. Quedarme aquí con todos. Parece... familia.

Sonrió y besó mi frente.

—Es porque es familia, mariposita.



Mi padre había llamado varias veces durante la semana. Veía su nombre parpadeando en la pantalla y sentía un apretón en el pecho. Todavía estaba demasiado dolida para contestar. No podía olvidar lo que había hecho, la forma en que humilló a Noah, las amenazas, la forma en que intentó controlar mi vida como si todavía tuviera doce años.

Mi madre me había mandado un mensaje dos días atrás:

Mamá: Tu padre está arrepentido de lo que hizo. No va a interferir más en tu vida, pero va a respetar tu tiempo. Cuando estés lista, quiere hablar.

Todavía no estaba lista.

Esa noche, mientras Noah se duchaba, me quedé mirando el celular un rato largo. Al final no le respondí a mi madre tampoco. Solo guardé el teléfono y me acosté en su cama, esperando que saliera del baño.

Cuando Noah salió del baño solo con la toalla, con el cabello mojado y el cuerpo todavía húmedo, no pude evitar mirarlo. Él lo notó y sonrió de medio lado.

—¿Me estás mirando así por qué?

—Porque eres guapo de cojones —respondí, sin filtro.

Se rio y vino hasta la cama, acostándose a mi lado y atrayéndome encima de él. Apoyé el mentón en su pecho y me quedé mirándolo a la cara.

—¿Estás bien? —preguntó, pasando el dedo por mi mejilla—. Te quedaste callada durante la película.

Respiré hondo.

—Mi padre llamó otra vez hoy.

Noah se quedó en silencio, solo mirándome.

—No contesté —continué—. Todavía estoy dolida. Mi madre dijo que está arrepentido, pero... no sé si estoy lista para hablar con él todavía.

Pasó la mano por mi cabello y habló bajito:

—No necesitas apresurarte. Cuando estés lista, decides. Y si quieres que esté contigo cuando hables con él, voy. Sin problema.

Sonreí levemente.

—Gracias.

Noah me besó despacio, un beso calmado, sin prisa. Luego me giró de lado y me abrazó por detrás, encajando su cuerpo en el mío.

Cerré los ojos, sintiendo su calor contra mi espalda.



Al día siguiente, después de clases, fuimos a The Den. Era una noche tranquila, la música no estaba tan alta y el lugar no estaba lleno. Yo estaba sentada en el regazo de Noah, con un trago en la mano, mientras él conversaba con Hunter y Tyler sobre el próximo partido.

En determinado momento, Hunter me miró y sonrió.

—¿Te está gustando vivir con nosotros, Harper?

Me reí.

—No vivo con ustedes... oficialmente.

—Mentira —dijo Tyler—. Ya dejaste cepillo de dientes, champú e incluso un cepillo de pelo en el baño de Noah. Eso es vivir juntos.

Noah apretó mi cintura y se rio contra mi cuello.

—Yo no me quejo.

Giré el rostro y le di un beso.

—Yo tampoco.

Scarlet llegó poco tiempo después y se sentó a nuestro lado, robando un sorbo de mi trago.

—Ustedes dos están asquerosos —comentó, pero estaba sonriendo.

—Mira quién habla —respondí, dándole un toque con el pie.

Puso los ojos en blanco, pero no lo negó.



Los días estaban pasando así.

Era simple. Era bueno. Era... normal.

Y después de tanto tiempo viviendo en medio de mentiras, confusión y dolor, lo normal era exactamente lo que necesitaba.

Noah todavía entrenaba pesado todos los días. Iba a ver algunos entrenamientos cuando podía, sentada en las gradas con un libro o con el cuaderno abierto. A veces él me miraba en medio del entrenamiento y sonreía. Yo le devolvía la sonrisa. Era un gesto pequeño. Era nuestro.

Una noche, después de un entrenamiento especialmente largo, llegó a casa exhausto. Se duchó y se tiró en la cama, atrayéndome con él. Me acosté con la cabeza en su pecho y pasé los dedos despacio por el tatuaje nuevo en su antebrazo.

—THE BEST GAME OF MY LIFE —leí en voz baja, sonriendo—. Eres muy cursi, ¿sabías?

Se rio, el sonido vibrando en su pecho.

—Y a ti te encanta.

—Me encanta —admití, besando el tatuaje.

Pasó la mano por mi espalda por debajo de la camiseta.

—Te amo, mariposita.

Levanté el rostro y lo besé despacio.

—Yo también te amo, Whitmore.

La vida estaba lejos de ser perfecta. Mi padre todavía era una herida abierta, la temporada estaba por terminar. Pero, por primera vez en mucho tiempo, me sentía en paz.

Y todo porque, incluso después de todo, todavía estaba aquí.

Con él.



43

EL PARTIDO QUE LO CAMBIÓ TODO

NOAH WHITMORE



El vestuario estaba demasiado ruidoso, siempre era así antes de los partidos importantes, pero hoy el ruido parecía diferente, más tenso, más cargado. Era el penúltimo partido de la temporada y todos sabíamos lo que estaba en juego.

Estaba encima del banco, usando una botella de agua como micrófono improvisado, narrando una jugada que solo existía en mi cabeza.

—Y Whitmore recibe el disco... regatea a dos... tres... marca el gol... salva a un cachorro de lobo que estaba en medio de la pista... ¡y todavía recibe un beso de la mujer más linda del campus!

Algunos de los chicos se rieron, Ryan me lanzó un guante. Hunter, que estaba sentado a mi lado poniendo cinta en el stick, ni

siquiera levantó la mirada cuando respondió:

—Mi mujer no va a besarte, Whitmore. Baja de ahí antes de que te caigas y necesites que te lleve el equipo médico solo por ser burro.

Lo miré por encima del hombro, sonriendo.

—Estoy hablando de mi mujer, Hunter. Y solo estás con envidia porque sabes que me vería increíble siendo cargado afuera en brazos del equipo médico.

Hunter negó con la cabeza, pero vi que la comisura de su boca se levantaba un poco. Siempre fingía que mis tonterías lo irritaban, pero conocía a mi mejor amigo, eso aliviaba un poco la tensión que se estaba apoderando del vestuario.

Miller entró unos minutos después y el ruido disminuyó al instante. El entrenador miró a todos y señaló el tablero táctico.

—Vamos a repasar una última vez.

Me incliné hacia Hunter y murmuré:

—Habla “una última vez” como si no lo hubiera hecho cuarenta y siete veces desde el lunes.

Hunter respondió sin desviar la mirada de Miller:

—Cállate antes de que te oiga.

—Todo lo oye —respondí—. Creo que duerme colgando del techo del alojamiento.

Hunter se mordió la comisura de la mejilla para no reírse. Sabía que estaba tenso. Todo el mundo lo estaba, pero también sabía que mi papel allí era exactamente ese: quitar un poco de peso de los hombros de los chicos.

Miller empezó a hablar sobre las líneas rivales, sobre cómo iban a intentar empujarnos hacia la banda y provocarnos. Cuando mencionó que iban a golpear fuerte a Hunter, algunas miradas se dirigieron hacia él.

Miré a mi mejor amigo. Hunter tenía esa cara de quien estaba listo para la guerra, pero lo conocía lo suficiente para saber que esa presión extra lo incomodaba.

Después de que Miller terminó de hablar, Hunter se levantó. El stick quedó apoyado en su mano y el vestuario empezó a quedarse en silencio.

—El entrenador tiene razón —empezó, mirando a los chicos y luego a mí—. Van a intentar sacarnos de quicio porque saben que somos mejores cuando marcamos el ritmo.

Siguió hablando, calmado, directo, como siempre hacía. Cuando terminó, golpeé el stick contra el suelo una vez, luego Carter hizo lo mismo. En poco tiempo todo el vestuario estaba golpeando los sticks contra el piso, creando un sonido rítmico que parecía un corazón latiendo al unísono.

Miller miró a Hunter con esa expresión de quien estaba orgulloso, pero no iba a decirlo en voz alta.

Antes de salir hacia el túnel, caminé al lado de Hunter. Golpeó el guante en mi hombro, firme.

—Vamos a acabar con ellos —dijo bajito, solo para mí.

Asentí.

—Lo sé.



La arena estaba llena, el ruido era ensordecedor. Cuando pisamos el hielo, busqué a Violet, que estaba en la tribuna central, sonriéndome y haciendo corazón con la mano. Le sonreí de vuelta y le murmuré un “te amo”. Di algunas vueltas rápidas, sintiendo el stick en la mano, intentando encontrar mi ritmo.

Miré a Hunter y lo vi mirando hacia el otro lado de la tribuna justo debajo del vidrio. Fue entonces cuando vi a Ivy Collins en las gradas.

Estaba usando la chaqueta de Hunter, el número de él en la espalda, su nombre. Casi me río en voz alta, pero recordé lo jodidamente increíble que era ver a nuestra chica usando nuestros números en la espalda. Miré a mi mejor amigo y él estaba intentando fingir que no la estaba mirando, pero era imposible no notarlo.

Deslicé hasta él y hablé solo para que él escuchara:

—Ah, cómo se pone lindo cuando está enamorado.

Hunter me miró de reojo.

—Ni empieces, el emocionado y loco de amor aquí eres tú.

Me reí y seguí calentando, pero por dentro estaba feliz por él. Hunter se merecía algo bueno, alguien que lo hiciera sonreír de esa forma tonta.

El silbato sonó y el partido comenzó.

Fue un partido feo desde el principio. El equipo rival vino golpeando fuerte, intentando sacarnos de quicio desde el primer minuto. En el primer período, robé el disco y levanté la cabeza buscando a Hunter. Nuestras miradas se encontraron por una fracción de segundo, él ni siquiera necesitó pedirlo, solté el pase fuerte, atravesando a dos jugadores. Hunter lo recibió limpio, protegió el disco con el cuerpo y disparó... ¡gol!, un gol de puta madre.

La arena explotó. Fui hasta él golpeando el guante en el casco.

—Pase perfecto —dije, sonriendo—. Remate aceptable.

—Eres insoportable incluso cuando ayudas —respondió, pero estaba riendo.

En el vestuario, después del primer período, el clima estaba más pesado. Miller reclamó algunas cosas y regañó a Carter por casi

comprar pelea. Me quedé sentado en el banco bebiendo agua, sintiendo que el segundo período iba a ser aún más difícil.

Y lo fue.

Las jugadas se volvieron más agresivas. En medio del segundo período, estaba presionando al portador del disco cuando vi a Hunter abriendo por la derecha. Recuperé la posesión y mandé el pase hacia él. Lo recibió bien, pero el número diez del equipo rival vino pegado a él, empujando demasiado fuerte.

Vi todo en cámara lenta.

El tipo golpeó por detrás. Hunter fue lanzado contra la banda en un ángulo malo. Vi cómo su rodilla se torcía de una forma que no era normal. Cayó de lado en el hielo y sentí que el estómago se me revolvía.

—¡Oye! ¿Qué mierda fue esa?! —grité, yendo directo hacia el tipo.

Agarré su camiseta, ciego de rabia. El árbitro pitó varias veces, pero apenas lo escuchaba. Dos de nuestros chicos me jalaban hacia atrás, pero seguía intentando avanzar.

Fue la voz de Hunter la que me detuvo.

—Noah...

Me giré al instante. Estaba en el hielo, sujetando la rodilla, el rostro pálido de dolor. El médico ya estaba arrodillado a su lado.

También me arrodillé, sintiendo el corazón acelerado.

—Hunter... ¿dónde te dolió?

Tragó saliva.

—Rodilla.

El médico tocó con cuidado y Hunter apretó la mandíbula. Le apreté el hombro.

—Tranquilo, tío. Va a estar todo bien.

Pero sabía que no estaba todo bien. Había visto la forma en que su pierna se dobló.

Cuando lo colocaron en la camilla, toda la arena aplaudió. Me quedé parado en el hielo, viéndolo ser llevado. Por un segundo pensé en salir del partido. Pensé en ir con él al hospital, pero entonces recordé sus palabras antes de ser llevado:

—Solo gana esta mierda y hazme sentir orgulloso.

Apreté el stick con fuerza.

Si Hunter quería que ganara este partido, entonces iba a ganar, aunque fuera el último partido de mi vida.

Transformé toda esa rabia, toda ese dolor, en foco. Volví al partido como si tuviera algo que demostrar. Y lo tenía, tenía que demostrarle a Hunter, al equipo y a mí mismo que podía ganar.

Empecé a robar el disco, a hacer jugadas arriesgadas, a presionar la defensa rival sin parar. Al final del tercer período marqué el gol de la victoria. La arena explotó, los Wolves ganamos.

Pero no pude celebrar bien.

Tan pronto como sonó el silbato final, salí del hielo lo más rápido que pude. Me duché en tiempo récord y salí de la arena con Violet, Scarlet, Tyler, Ryan y Miller. Fuimos directo al hospital.

Cuando llegamos, Hunter ya estaba en observación. El médico nos recibió y explicó la situación.

—Va a necesitar cirugía en la rodilla. La lesión fue seria, pero con el tiempo se va a recuperar.

Tiempo. Nosotros no teníamos tiempo. El equipo necesitaba al capitán y yo necesitaba a mi mejor amigo.

Asentí, pero sentía el pecho apretado. Violet me sujetó la mano con fuerza.

Después de que el médico se fue, me quedé en silencio un rato, mirando el suelo del pasillo. Violet pasó el brazo por mi cintura y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Va a estar bien —dijo bajito.

Asentí, pero no respondí. Porque por primera vez en mucho tiempo tenía miedo. Miedo de que el mejor amigo que había tenido en la vida acabara de jugar el último partido de su carrera y solo yo sabía cuánto significaba el hockey para Hunter Hayes.

Y no sabía cómo lidiar con eso.

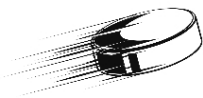
Parte de mí quería venganza, quería acabar con ese maldito tipo, pero sabía que la mejor venganza no era salir corriendo detrás del tipo que lastimó a Hunter. Fue ganar el partido que él me pidió que ganara. Fue honrarlo de la única forma que sabía: jugando.



44

EN VOZ ALTA

VIOLET HARPER



Dos días después del partido, la vida parecía haber entrado en un ritmo extraño. Como si todo el mundo estuviera intentando fingir que las cosas seguían siendo normales, incluso sabiendo que ya nada lo era.

Noah iba al hospital todos los días.

A veces por la mañana, antes del entrenamiento. Otras veces por la noche, después de pasar horas en la arena. Yo iba con él siempre que podía, y cada vez que entrábamos en aquel pasillo blanco y frío, veía el peso que cargaba en los hombros.

Intentaba disimular, sonreía a las enfermeras, hacía chistes con los chicos del equipo que iban a visitar a Hunter, pero lo conocía

demasiado bien como para no darme cuenta. Sus ojos estaban diferentes, más cansados, más pesados.

Aquella tarde estábamos sentados en la sala de espera del hospital. Noah tenía los codos apoyados en las rodillas y la mirada perdida en el suelo. Le pasé la mano por la espalda, despacio.

—¿Cómo está hoy? —pregunté bajito.

Tardó un poco en responder.

—El médico dijo que la lesión fue fea, muy fea. Si es tan grave como están diciendo... puede que nunca más vuelva a pisar una pista.

Sentí que el estómago se me revolvía.

—¿Nunca más?

Noah negó con la cabeza despacio, todavía mirando al suelo.

—No se trata de que el equipo necesite un capitán. No se trata de los Wolves. Se trata de lo que el hielo significa para él. Hunter... vive para esto, desde que era niño. Es la única cosa que siempre supo hacer de verdad. Si se lo quitan... no sé cómo va a lidiar con eso.

Le apreté la mano, entrelazando nuestros dedos.

—¿Y tú? ¿Cómo lo estás llevando?

Giró el rostro hacia mí. Sus ojos estaban rojos, como si hubiera llorado en algún momento antes de que yo llegara.

—Odio esto, Violet. Odio verlo acostado en esa cama, sabiendo que tal vez nunca más pueda hacer lo que más le gusta. Y odio todavía más saber que no hay nada que yo pueda hacer para cambiarlo.

Me acerqué y apoyé mi frente en la de él.

—Estás haciendo lo que puedes. Estar aquí todos los días... eso ya significa mucho para él.

Cerró los ojos un segundo.

—Solo quisiera poder cambiar de lugar con él.



Veinte días.

Veinte días separaban a los Wolves de la gran final.

Después de la lesión de Hunter, todo el equipo parecía caminar en cámara lenta. Seguían entrenando, seguían yendo a la arena, pero la tristeza era visible en los ojos de todos. Hunter siempre había sido el corazón del equipo, el chico que sostenía a todos cuando las cosas se ponían difíciles. Sin él en el hielo, el vacío era enorme.

Lo veía en el rostro de Tyler, en la forma en que Ryan se quedaba más callado que de costumbre. Incluso en Hunter, que intentaba sonreír cuando íbamos a visitarlo, pero los ojos decían otra cosa.

Noah intentaba mantener a todos unidos, pero sabía que también estaba roto por dentro.



Aquella misma tarde, mientras esperábamos en la sala de espera, vi a Ivy Collins llegar.

Llevaba una mochila grande en la espalda y un suéter demasiado ancho para su cuerpo. Caminó hasta la recepción, preguntó algo a la enfermera y luego se sentó en una de las sillas del otro lado de la sala. Parecía nerviosa, las manos apretaban la correa de la mochila con fuerza.

Miré a Noah.

—Es Ivy, ¿verdad?

Asintió.

—Viene todos los días también.

Me quedé observándola unos minutos. La forma en que miraba hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones, como si quisiera ir hasta allí, pero no estuviera segura si podía. Después de un rato levantó la mirada y me vio. Reconoció que estaba con Noah.

Se levantó despacio y caminó hasta donde estábamos. Se detuvo frente a nosotros, pareciendo un poco incómoda.

—Hola... —dijo, con voz baja—. Perdón por interrumpir.

Noah la miró.

—Todo bien. Ivy, esta es Violet. Violet, esta es Ivy.

Le sonreí.

—Hola.

Ivy miró a Noah, luego a mí, y respiró hondo antes de hablar.

—Yo... solo quería decir que él va a estar bien. Hunter. Es fuerte. Y... sé que esto debe estar siendo muy difícil para ustedes también.

Asentí, sintiendo una empatía inmediata por ella.

—Lo está. Especialmente para Noah.

Ella lo miró con cariño.

—Voy a hablar con Miller, ya vuelvo —dijo Noah levantándose e yendo hacia el entrenador, que estaba conversando con uno de los médicos de Hunter.

Ivy se sentó a mi lado. Parecía nerviosa, así que la miré y dije:

—Sé cómo es... enamorarse de un jugador y ver que la vida cambia completamente. Es aterrador al principio. Entrás en este mundo de pista, entrenamientos, presión, lesiones... y de repente todo gira en torno a eso. Es como si el hielo se convirtiera en parte de tu vida también, aunque nunca hayas pisado uno.

Ella se quedó callada, escuchando.

Continué con voz más suave:

—Pero al igual que en el juego... aprendemos a amar en voz alta. Incluso cuando da miedo. Incluso cuando no sabemos si después va a doler, animamos, nos quedamos, aplaudimos, incluso cuando todo el mundo está abucheando.

Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No tengas miedo, créeme, sé que es aterrador, nuestro mundo cambia completamente y el idiota arrogante del otro día se convierte en el amor de tu vida.

—¿Así fue con ustedes?

—Sí. Yo odiaba a Noah... y mírame ahora llevando el número 27 en la espalda como si fuera un trofeo.

—Yo solo quiero que Hunter esté bien —dijo con la voz entrecortada por el llanto.

—Va a estar bien. Todos vamos a estarlo —dije y la abracé.

Noah se acercó de nuevo y dijo:

—Ivy puede ir a verlo.

Ella asintió, dio una pequeña sonrisa y se levantó siguiendo por el pasillo que llevaba a la habitación de Hunter.

Me quedé mirándola unos segundos más. Luego me giré hacia Noah.

—A ella le gusta de verdad.

—Lo sé —respondió bajito—. Y él también le gusta a él.

Apoyé la cabeza en su hombro.

—Lo entiendo. Amar a alguien que vive encima de un hielo... a veces parece que en cualquier momento todo puede romperse.

Noah besó la parte superior de mi cabeza.

—Pero aun así seguimos aquí.

Cerré los ojos, sintiendo su calor.

—Seguimos.

Mientras esperábamos, pensé en cómo las cosas habían cambiado en tan poco tiempo. Hace algunas semanas estaba destruida, pensando que había perdido a Noah para siempre. Ahora él estaba a mi lado, sujetando mi mano, mientras enfrentábamos otro dolor juntos.

Hunter iba a necesitar cirugía. Eso era seguro. Y nadie sabía todavía cómo sería la recuperación, pero una cosa sí sabía: mientras él estuviera luchando, nosotros íbamos a estar aquí. Noah iba a estar aquí. Y yo también.

Porque eso era lo que hacíamos ahora.

Nos quedábamos.

Incluso cuando dolía.

Incluso cuando el miedo intentaba ganar.

Nos quedábamos.

Y amábamos en voz alta.



45

EL PESO DE LA "C"

NOAH WHITMORE



20 días Después...

Tres días antes de la final, Hunter me mandó un mensaje pidiendo que lo encontrara en la pista después del entrenamiento. El mensaje era corto, sin las bromas de siempre. Solo: "Necesito hablarte de algo, después de clase. En la pista."

Ya sabía que algo andaba mal.

Cuando llegué a la arena, la puerta lateral estaba entreabierta. Entré despacio, con la mochila colgada en un hombro, ya con alguna tontería en la punta de la lengua, pero la broma murió en el instante en que lo miré.

Hunter estaba en medio de la pista, mirando alrededor, apoyado en las muletas, con la puta rodillera inmovilizadora sujetando la pierna. Su rostro estaba serio de una forma que casi no reconocía. No tenía esa cara de quien iba a burlarse de mí o a provocarme, tenía cara de quien iba a entregarme una noticia que iba a doler.

Me detuve en la entrada unos segundos. La vacilación que sentí fue extraña, nunca dudaba. Normalmente entraba a los lugares como si el mundo debiera abrirme paso, pero allí, viéndolo así, con las muletas y la mirada pesada, sentí que algo iba a cambiar para siempre.

—¿Por qué siento que la conversación no va a ser buena? — pregunté, intentando mantener la voz ligera, pero falló al final.

Hunter me miró un rato antes de responder.

—Porque no lo es.

Caminé hasta él y me detuve a su lado. Mi mirada fue directa al hielo. La superficie estaba lisa, perfecta, sin ninguna marca de la noche en que había caído. El hielo era así: sangrábamos, nos rompíamos, nos arrastraban afuera... y después alguien pasaba la máquina por encima y listo, era como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué estamos aquí? — pregunté, deteniéndome a su lado.

Hunter tardó un poco en responder, y cuando habló, la voz salió baja.

—Porque necesitaba dejar de fingir.

Me giré hacia él.

—¿Fingir qué?

Respiró hondo antes de continuar.

—El médico fue directo conmigo después de la cirugía. La cirugía que les dije que no había pasado. Dijo que la reconstrucción fue posible, que voy a caminar normal, hacer fisioterapia, recuperar el movimiento, tal vez incluso patinar algún día, si no soy idiota.

No me moví, solo me quedé mirándolo.

Continuó:

—Pero hockey competitivo... no.

Parpadeé una vez, luego otra.

Me quedé parado, rígido. Había escuchado las palabras, pero seguía intentando entenderlas.

—No —dije por fin, con la voz seca—. Eso es solo el médico hablando del peor escenario.

Di un paso atrás, sacando una de las manos del bolsillo para pasarla por el cabello. Solté el aire por la nariz y miré de nuevo al hielo, como si la respuesta pudiera estar allí.

—Siempre hacen eso, Hunter. Hablan como si todo fuera el fin del mundo, asustan a todo el mundo. Después uno mejora.

Me dejó hablar, quizás él mismo estuviera intentando convencerse de eso.

Cuando finalmente lo miré de nuevo, había una especie de súplica disfrazada de irritación en mi rostro.

—¿Escuchaste solo una opinión?

Negó con la cabeza.

Eso me irritó aún más.

—¿Tres? ¿Cuatro, si cuento al especialista que mi padre metió en el hospital? Miller también habló con gente de recuperación deportiva. Ivy investigó todo lo que pudo. Todo el mundo cambió las palabras para que parecieran menos crueles, pero la respuesta fue la misma. —Suspiró antes de continuar—. Si vuelvo a la pista en ese nivel, el riesgo de joder mi rodilla para siempre es demasiado alto. No es solo perder otra temporada, es comprometer mi pierna para el resto de mi vida.

La rabia que apareció en mi rostro fue rápida. No contra él, sino por él. Me giré hacia el hielo y di dos pasos, luego volví como si no pudiera alejarme de la conversación aunque quisiera huir de ella.

—¿Entonces es eso? —Mi voz salió más alta, resonando en la arena vacía—. ¿Simplemente vas a aceptar?

Apretó la muleta con fuerza.

—Ya no hay nada que hacer, no del modo en que yo quería... pasé veinte días mintiéndoles porque no tuve el valor de ver exactamente esa cara.

Me quedé callado unos segundos.

—Veinte días —repetí.

—Noah...

—No. —Levanté la mano—. Pasé veinte días diciéndole a los chicos que ibas a volver. Veinte días sosteniendo ese vestuario entero cuando todo el mundo miraba tu silla vacía como si fuera a explotar. —Me reí, pero no había nada de gracioso en eso—. Te creí. Eres mi hermano, Hunter. ¿Cómo lograste mentirme?

La frase quedó entre nosotros, pesada.

Él miró al hielo porque mirarme en ese momento requería más valentía de la que tenía.

—Lo sé.

—No, tú no sabes —dije, y la voz salió más baja—. Porque si supieras, me lo habrías contado antes.

Cerró los ojos un instante. Tenía razón y él no tenía ninguna defensa que no sonara cobarde.

—Quería que siguieran haciendo todo normal, sin ese peso... pero ahora es diferente.

Entonces metió la mano en el bolsillo y sacó algo. Cuando abrió la mano, lo vi.

La letra "C".

Mi rostro cambió antes incluso de que él dijera nada.

—No —gruñí.

Él sostuvo la tela entre los dedos.

—Vas a liderarlos, Noah... eres el nuevo capitán.

Solté una risa sin sonido y di otro paso atrás, esta vez parecía físicamente incapaz de quedarme cerca.

—No me hagas esto, tío.

—Quería no tener que hacerlo.

—Quieres hacer que esto parezca algo bonito cuando en realidad es una mierda.

No intentó rebatir, porque sí, era una mierda.

—¿Crees que quiero esto?

Abrió la boca, pero no salió nada.

—¿Crees que quería llamarte aquí para decirte que se acabó para mí? ¿Crees que quiero quedarme afuera viendo cómo ustedes juegan?

Su voz falló al final.

—Hunter...

—No. Ahora tú escuchas.

Apoyó la muleta con más firmeza y respiró hondo, intentando mantener el control.

—Quería estar ahí, quería entrar a esa final con ustedes, quería fingir que el dolor va a pasar, que mi fuerza de voluntad va a resolverlo todo, pero no va a pasar. Y si entro al hielo de nuevo creyendo que soy invencible, tal vez pierda más que el hockey.

Bajé la mirada hacia la letra en su mano.

—No quiero quitártelo.

La frase salió baja, sin rabia ahora. Solo dolor.

—No lo estás quitando —corrigió—. Te lo estoy entregando. Porque no existe nadie más en el mundo a quien confiaría esto.

—No quería que esto fuera necesario... nunca quise esa responsabilidad.

No estaba rechazando un título, estaba rechazando su final.

—El equipo te necesita —dijo.

Apreté los labios y miré al techo, como si estuviera intentando impedir que algo cayera.

—El equipo nos necesita a los dos.

—Noah...

—No, déjame hablar. —Señalé al hielo, pero los ojos continuaron en él—. Todo el mundo piensa que nosotros somos solo dos tipos que juegan bien juntos, pero sabes que es mucho más que eso. Yo sé dónde vas a estar antes de que vayas. Tú sabes cuándo voy a arriesgarme antes de que decida. Nos peleamos, nos insultamos, nos provocamos, pero en el hielo... en el hielo siempre fuimos nosotros dos.

Mi voz se quebró.

Respiré hondo, intenté continuar, fallé por un segundo y me pasé la mano por el rostro con fuerza.

—¿Cómo voy a seguir sin mi mejor amigo a mi lado? ¿Cómo es que todo esto todavía va a tener sentido si siempre fuimos nosotros?

La pregunta salió sin orgullo. Sin defensa.

La mirada de Hunter dejaba claro que quería responder algo fuerte. Alguna frase que lo pusiera todo de vuelta en su lugar.

Pero no existía.

Entonces fue sincero.

—No lo sé. —Lo miré—. Tampoco sé cómo voy a ver sin estar ahí —continuó, tragando saliva—. No sé cómo voy a escuchar el silbato y no entrar, no sé cómo voy a verlos a ustedes con los chicos y no buscar mi stick. No sé cómo voy a ser yo sin esto.

—¿Qué mierda, Hunter... —dije—. Todos mis planes te incluían a ti...

—Es una mierda, pero vamos a lidiar con esto —dijo, extendiendo la mano con la pequeña tela hacia mí.

Finalmente tomé la letra.

Los dedos se cerraron sobre la tela despacio, como si necesitara acostumbrarme a la textura, al peso, al absurdo de aquello.

Y fue entonces cuando llegó el vacío.

Fue allí, sosteniendo la "C" en la mano, que alguna parte de mí entendió de verdad.

Hunter ya no era el capitán de los Wolves.

Sostuve la letra con ambas manos y bajé la cabeza.

—Quería que fuera diferente.

Se rio bajito, negando con la cabeza.

—Gran discurso, Hayes. Profundo. Voy a mandarlo bordar en una almohada.

—Vete a la mierda —respondí, sonriendo.

—Mejoró.

Cuando levanté el rostro, había lágrimas en los ojos, pero también algo más firme.

—Voy a ganar esta final —dije—. Voy a hacer que estés orgulloso, capitán.

Asintió.

—Lo sé.

Pasé la manga del hoodie por el rostro, sin importarme disimular.

—Por ti, por el equipo, por mí... por todo lo que fuimos hasta aquí. No voy a entrar a ese hielo como si hubieras terminado, Hunter. No voy a hacer de esto una despedida, porque siempre serás uno de nosotros.

Respiró hondo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y, para intentar hacerse el fuerte, tuvo que mirar al hielo.

—Eso fue casi demasiado bonito para haber salido de ti, Whitmore.

—No lo arruines, joder.

El silencio que vino después no estuvo vacío. Estaba demasiado lleno de significado como para necesitar más palabras.

Guardé la letra en el bolsillo del hoodie con un cuidado absurdo, como si estuviera guardando algo vivo. Luego me acerqué y lo abracé fuerte.

Cerró los ojos.

—Todavía estoy enojado contigo —murmuré, con la voz ahogada contra su hombro.

—Lo sé.

—Pero vamos a encontrar una forma de ajustar las cosas.

—¿Nosotros?

—¿Crees que ibas a tener una crisis existencial solo? Después de años arrastrándome a todos tus problemas? Qué egoísmo.

Esta vez se rio.

Me alejé primero, limpiándome el rostro con la manga del hoodie. Estaba irritado con mis propias lágrimas. Luego miré a la pista por unos segundos.

—¿Qué les digo a ellos?

—La verdad.

Me giré hacia él.

—¿Cuándo?

Respiró hondo.

—Después de la final.

Apreté la mandíbula.

—Hunter...

—Lo sé, pero necesitan jugar.

Me quedé mirándolo y sentí que la pelea volvía a comenzar dentro de mí. La voluntad de disentir.

Pero al final solo asentí.

No porque estuviera de acuerdo.

Sino porque entendía el motivo.

—Después de la final —repetí—. Pero vas a estar ahí cuando cuentes.

—Estaré.

Lo miré un rato más, luego di dos pasos atrás.

—Capitán —dije.

—Ese título es tuyo ahora —rebatí.

Negué con la cabeza.

—El título es mío, pero tú sigues siendo mi capitán.

No pudo responder.

Tampoco esperé.

Caminé hasta la puerta, pero me detuve antes de salir. Cuando miré por encima del hombro, sus ojos todavía estaban rojos, pero había firmeza allí. Esa terquedad que, en el fondo, siempre fue lo mejor de él.

Asintió levemente con la cabeza.

Le devolví el gesto y salí.

La puerta se cerró detrás de mí.

Me quedé parado afuera unos segundos, sintiendo el peso de la letra en el bolsillo. Luego empecé a caminar por el pasillo vacío de la arena, el sonido de mis pasos resonando en el piso.

No sabía hacia dónde iba, solo sabía que necesitaba caminar.

Porque, por primera vez en la vida, iba a tener que liderar al equipo sin mi mejor amigo a mi lado.

Y eso dolía de cojones.

Caminé por el campus casi una hora, el frío golpeando mi rostro. La pequeña letra estaba en el bolsillo, pero parecía pesar kilos. No podía dejar de pensar en Hunter, en cómo estaba intentando ser fuerte, en cómo había mentido durante veinte días solo para no afectar al equipo.

Y ahora iba a tener que cargar esa "C" sabiendo que él nunca más la usaría.

Cuando llegué a La Casa, Hunter todavía no había vuelto. Subí a mi habitación, me senté en el borde de la cama y saqué la letra del bolsillo. Me quedé mirándola un buen rato.

Nunca quise ser capitán así.

No de esta forma.

No con mi best friend afuera.

Pasé el dedo por la letra, sintiendo la tela. Luego cerré la mano en puño y apoyé la frente en los nudillos.

—Joder, Hunter... —murmuré.

Quería estar enojado con él por haber mentido, quería estar furioso, pero la verdad era que lo entendía. Hizo lo que creyó que era mejor para el equipo. Para mi bien. Y ahora iba a tener que hacer lo mismo.

Guardé la letra de nuevo en el bolsillo y me acosté en la cama. Me quedé mirando al techo un buen rato.

Eso no tenía sentido.

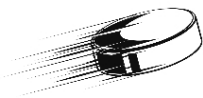
Mi vida parecía un cubo de Rubik: cuando arreglaba una parte, jodía otra.



46

NUESTRO JUEGO DE MENTIRA

VIOLET HARPER



Cuando llegué a La Casa de los Wolves ya pasaba de las ocho de la noche. El día había sido largo, lleno de clases y de una ansiedad extraña que no podía explicar. Algo me decía que necesitaba estar allí. Cuando abrí la puerta de la sala, encontré a Hunter y Ivy sentados en el sofá. Ivy tenía la cabeza apoyada en el hombro de él y los dos parecían exhaustos.

La televisión estaba encendida, pero no parecían estar prestando atención a lo que pasaba en la pantalla.

Hunter me miró tan pronto como entré y me dio una sonrisa cansada.

—Violet... —me llamó bajito.

—Hola —respondí, quitándome el abrigo—. ¿Noah está?

Asintió despacio.

—Está en su habitación. Fue bueno que vinieras. Él te necesita.
Fruncí el ceño, sintiendo que el estómago se me revolvía.

—¿Qué pasó?

Hunter intercambió una mirada con Ivy antes de responder.

—Hoy tuvimos una conversación. Fue... pesada.

No necesité más explicaciones. El tono de su voz ya decía todo. Agradecí con la cabeza y subí las escaleras rápido, sin siquiera respirar bien.

Cuando llegué a la puerta de la habitación de Noah, me detuve un segundo. Respiré hondo y abrí despacio.

Estaba sentado en la silla cerca de la ventana, mirando afuera. La habitación estaba casi oscura, solo con la luz del velador encendida. Cuando giró el rostro y me vio, sonrió, pero fue una sonrisa débil, de esas que no llegan a los ojos.

Caminé hasta él sin decir nada. Me senté en el suelo frente a la silla, entre sus piernas, y levanté el rostro para mirarlo.

—¿Qué pasó? —pregunté bajito.

Noah tardó unos segundos. Luego, como si algo dentro de él finalmente se hubiera rendido, sus ojos se llenaron de lágrimas. Bajó la cabeza y empezó a llorar. Un llanto silencioso al principio, que pronto se convirtió en sollozos bajos.

Me arrodillé y lo abracé, atrayendo su cabeza contra mi pecho. Le pasé los dedos por el cabello mientras lloraba.

—Shhh... está todo bien —murmuré—. Estoy aquí.

Entre los sollozos, logró decir:

—No quería que fuera de esta forma... —su voz salió ronca, rota—. No quería que Hunter tuviera que pasarme el título de capitán porque él ya no puede jugar. No era para ser así, Violet. No era para ser.

Apreté el abrazo, sintiendo que mi propio pecho dolía.

—Lo sé, amor... lo sé.

Noah lloró un poco más, todo su cuerpo temblando. Después de unos minutos se apartó un poco, se limpió el rostro con las manos y metió la mano en el bolsillo del hoodie. Sacó algo y abrió la palma.

Era la letra "C".

Miré la tela y luego a él.

—¿Te la dio hoy? —pregunté bajito.

Asintió, los ojos todavía rojos.

—Nadie puede saber que él ya no va a poder jugar más —dijo, con voz baja y cansada—. Nadie. Si el equipo se entera ahora, antes de la final... van a entrar destruidos. No puedo hacerles eso. Este es otro peso que voy a tener que cargar solo.

Tomé la letra de su mano y la sostuve con cariño. Luego lo miré a los ojos y hablé con firmeza:

—No estás solo, Noah. Ya no. Yo siempre voy a estar contigo. Siempre.

Me miró un buen rato, como si estuviera intentando guardar cada detalle de mi rostro. Luego pasó la mano por mi mejilla, el pulgar limpiando una lágrima que ni me había dado cuenta que había caído.

—Fuiste lo mejor que me pasó —dijo, con voz entrecortada—. Nunca imaginé que aquel juego de mentira... aquel acuerdo idiota que hicimos al principio... se fuera a convertir en el mejor juego de mi vida. Y el único que no pude ganar, porque era imposible no enamorarme de ti, Violet. Imposible.

Sentí las lágrimas bajando por mi rostro ahora. No pude contenerlas.

—Yo también me enamoré de ti sin querer —respondí, con la voz fallando—. Intenté tanto no gustarme de ti al principio, intenté tanto odiarte. Pero fuiste entrando despacio, hasta ocupar todo el espacio que tenía. Y ahora... ahora no puedo imaginar mi vida sin ti.

Noah me levantó, sentándome en su regazo. Envolví las piernas en su cintura y apoyé mi frente en la suya. Nuestras narices se tocaron.

—Te amo —susurró contra mis labios—. Te amo de cojones, mariposita.

—Yo también te amo —respondí, besándolo despacio—. Y voy a estar aquí, en todas las victorias, en todas las derrotas, en todos los momentos difíciles. No voy a dejarte cargar nada solo.

Me besó con más fuerza esta vez, un beso lleno de dolor, de amor y de gratitud. Cuando nos separamos, pasó los dedos por mi cabello, mirándome como si fuera lo más importante del mundo.

—No sé cómo voy a hacer esto sin él en el hielo —confesó bajito—. Pero sé que voy a ganar. Por él, por ti, por el equipo. Por todo lo que construimos hasta aquí.

Sonreí, aunque con los ojos llorosos.

—Y yo voy a estar aquí animándote. Siempre. Porque eres mi capitán ahora y yo soy tu chica, la chica del 27, el capitán de los Wolves.

Noah se rio bajito, una risa cansada, pero verdadera. Me abrazó con fuerza, escondiendo el rostro en mi cuello.

—Gracias por haber venido —murmuró—. Realmente te necesitaba hoy.

—Siempre voy a venir —respondí, pasando las manos por su espalda—. Siempre.

Nos quedamos así un rato, abrazados en la habitación oscura, mientras el peso del día parecía volverse un poco más ligero. Fuera de allí, el mundo seguía girando, el equipo todavía necesitaba un capitán, Hunter todavía necesitaba tiempo para aceptar su nueva realidad, pero allí, en esa habitación, solo existíamos nosotros dos.

Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que todo iba a estar bien.

Porque habíamos ganado el juego más difícil de todos.

El juego de mentira que se convirtió en el mayor amor de nuestra vida.



EPÍLOGO

EL ÚLTIMO PARTIDO

NOAH WHITMORE



La arena estaba llena. La afición organizada ya cantaba desde antes de que pisáramos el túnel. Banderas de los Wolves colgaban de las gradas, el lobo Ghost, nuestro mascota, caminaba de un lado a otro cerca de la entrada de la pista, y el ruido era ensordecedor. Era la final, el último partido de la temporada y yo iba a entrar con la "C" en el pecho.

En el vestuario, el clima estaba pesado, pero cargado de algo más fuerte que tensión: era orgullo. Miré a los chicos, todos ya con el equipo puesto, y respiré hondo antes de hablar.

—Sé que están sintiendo el peso hoy —empecé, mirando a cada uno—. Y no voy a quedarme aquí diciendo que no lo siento también. Estoy llevando esta "C" en el pecho con orgullo. Mucho orgullo, pero también con la conciencia de que no es solo mía,

pertenece a todos nosotros. Y hoy vamos a ganar, porque creo en este equipo, creo en cada uno de ustedes, creo que llegamos hasta aquí por una razón. Así que vamos con todo. Juntos.

Tyler golpeó el stick contra el suelo una vez, los demás lo siguieron. El sonido seco y rítmico llenó el vestuario.

Miller solo asintió, con esa mirada de quien confiaba en nosotros.

Salimos por el túnel. La luz de la pista ya golpeaba fuerte al final del pasillo. Uno a uno, los chicos fueron entrando. Yo me quedé al último y, antes de pisar el hielo, me detuve. Pasé la mano sobre la "C" cosida en mi jersey, sintiendo su peso de una forma que nunca había sentido antes.

Y entonces la vi.

En la zona VIP estaban Violet, Ivy y Scarlet. Y arriba, en las filas de atrás, mis padres, Claire y los padres de Violet. Todos usando la camiseta de los Wolves, con mi nombre y mi número estampados.

El pecho se me apretó.

Respiré hondo, toqué la "C" una vez más y entré a la pista.

La afición explotó. El coro empezó inmediatamente:

—¡VAMOS WHITMORE! ¡VAMOS WHITMORE! ¡VAMOS WHITMORE!

Levanté el stick en agradecimiento mientras patinaba. Cuando miré hacia las gradas, Violet estaba de pie, usando mi camiseta número 27, aplaudiendo con una sonrisa enorme en el rostro. Me vio y sopló un beso discreto. Le sonreí de vuelta.

Tyler se deslizó hasta mí y golpeó el guante en el mío.

—Confiamos en ti, capitán —dijo, serio.

Los demás chicos asintieron con la cabeza. Asentí.

El silbato sonó.

El partido comenzó.

Fue un partido duro desde el primer minuto. El equipo rival vino fuerte, intentando intimidarnos desde el principio. Pero nosotros no bajamos la cabeza. Cada jugada que hacía, miraba instintivamente hacia el banco. Y allí estaba Hunter, sentado al lado de Miller, con la mirada fija en la pista. Cada vez que hacíamos una buena jugada, sonreía. Una sonrisa orgullosa de quien todavía estaba dentro del juego, aunque no estuviera en el hielo.

En el primer período, robé el disco en zona defensiva y lancé un pase largo a Tyler, que hizo una pared conmigo y remató en el ángulo. ¡Gol! La arena explotó. Miré directo a Hunter. Él aplaudió, con una sonrisa amplia. Miller, a su lado, levantó los puños, celebrando como si él mismo hubiera marcado.

En el segundo período, el partido se volvió más físico. Ellos venían golpeando fuerte, intentando sacarnos del ritmo. En una de las jugadas recibí un golpe fuerte contra la banda, pero me levanté rápido y seguí. Cuando miré a las gradas, vi a mis padres y a los padres de Violet de pie, preocupados. Claire estaba a su lado, gritando mi nombre.

Violet seguía en la misma posición, aplaudiendo cada vez que tocaba el disco. La sentía allí, como si parte de la fuerza que tenía viniera de ella también.

En el tercer período, el marcador estaba empatado 2-2. Faltaban menos de cinco minutos. Estaba cansado, sudando de cojones, pero con la cabeza más clara que nunca. Miré una última vez al banco. Hunter estaba inclinado hacia adelante, los codos en las rodillas, la mirada intensa. Asintió hacia mí, como diciendo: "Vamos".

Y fui.

Recibí el disco en zona neutral, avancé, regateé a un defensor y lancé un pase perfecto a Tyler, que entraba en zona de ataque. Lo recibió, fintó al portero y marcó.

3-2.

La arena tembló.

Cuando sonó el silbato final, caí de rodillas en el hielo. Los chicos vinieron encima de mí, gritando, golpeando cascos, levantándose. La afición cantaba el nombre de todo el equipo. Miré una última vez al banco. Hunter estaba de pie, aplaudiendo, los ojos brillando. Miller tenía los brazos cruzados, sonriendo como un padre orgulloso.

Mis ojos se desviaron hasta la zona VIP y allí estaba ella. Violet estaba llorando, riendo, aplaudiendo de pie y gritando mi nombre. Mis padres aplaudían eufóricos, Claire gritaba a pleno pulmón y al lado los padres de Violet. La mirada del padre de ella cruzó con la mía por un segundo y lo que vi allí no fue rabia ni desprecio, sino un mirada de respeto... y podría decir que hasta un poco de orgullo.

¡Habíamos ganado!

¡Terminamos la puta temporada invictos!

En el vestuario, la fiesta ya había empezado. Los chicos gritaban, se echaban agua unos a otros, cantaban. Me quedé un poco más quieto, observando todo. Después de unos minutos, subí encima del banco y golpeé el stick contra el suelo varias veces hasta que todos se quedaron en silencio.

—Chicos... necesito decirles algo serio —dije.

El ruido bajó hasta que solo quedó el sonido de la respiración pesada de todos.

La puerta del vestuario se abrió. Miller entró, ayudando a Hunter a caminar. Todos se quedaron en silencio absoluto. Hunter se detuvo en medio del vestuario, apoyado en las muletas, y miró a todos nosotros.

—Sería hipócrita si dijera que nunca quise llevar esta "C" en el pecho. Todos los que estamos aquí lo hemos deseado en algún momento. Pero cuando Hunter la puso en el pecho por primera vez... me puse tan feliz o más que él. Porque este tipo creció conmigo, compartimos problemas, regaños de nuestros padres, castigos porque hacíamos travesuras juntos... y el sueño del hockey. Llevar

esta "C" hoy no me trae tanta felicidad como debería, porque sé que nunca más va a volver a Hunter. El hockey se acabó para él.

Vi a algunos chicos bajar la cabeza, otros intercambiaron miradas.

—Él ya sabía eso —continué—. De hecho, se operó y no nos lo contó. Lo hizo por nosotros. Para que no perdiéramos el foco, como un verdadero capitán hace. Pensando en el equipo antes que en todo, y espero honrar este título y ser tan bueno como él lo fue para los Wolves.

Hunter me miró y sonrió. Una sonrisa pequeña, pero verdadera.

Continué:

—Hoy ganamos, pero ganamos por él también. Porque siempre fue el corazón de este equipo y va a seguir siéndolo, aunque esté fuera del hielo.

Los chicos empezaron a golpear los sticks contra el suelo. Despacio al principio, luego más fuerte. Hunter bajó la cabeza un segundo, emocionado. Cuando levantó el rostro de nuevo, los ojos estaban llorosos.

Bajé del banco y fui hasta él. Lo abracé fuerte, en medio del vestuario.

—Gracias por todo, capitán —murmuré.

—Vas a ser mejor que yo —respondió bajito—. Lo sé.

Cuando nos separamos, miré a todos los chicos.

—Ahora vamos a celebrar de cojones, porque isomos campeones, joder!

La fiesta volvió a empezar más fuerte que antes, pero me quedé un poco más quieto, observando a Hunter riendo de algo que Tyler había dicho. Violet entró al vestuario poco después. Vino hasta mí y me abrazó por detrás, apoyando el rostro en mi espalda.

—Felicidades, capitán —dijo bajito.

Me giré y la besé, despacio, sin importarme nadie más.

—Te amo —dije contra sus labios.

—Yo también te amo —respondió, sonriendo—. Y estoy muy orgullosa de ti.

Miré alrededor una vez más. El vestuario lleno de chicos sudados, riendo, celebrando. Hunter riendo con Ivy, Miller dándole palmaditas en la espalda a los jugadores. Y yo allí, en medio de todo, llevando la "C" que un día fue de él.

Y por primera vez desde que todo esto empezó, sentí que todo estaba en su lugar.

Aunque el camino hasta aquí había sido una mierda.

Aunque hubiera perdido algunas cosas en el camino.

Había ganado otras mucho más grandes.

Y al final, después de todo el juego de mentira... había encontrado la verdad.

La había encontrado a ella.

Y había encontrado mi lugar.



CENA BÔNUS

O TÚNEL

NOAH WHITMORE



Después de la fiesta en el vestuario, tomé la mano de Violet y salimos juntos. Todavía estábamos sudados. Yo con la jersey pegada al cuerpo y la "C" en el pecho pareciendo pesar menos ahora. Violet caminaba a mi lado, todavía usando mi camiseta, el cabello revuelto y una sonrisa que no se le quitaba del rostro.

Seguimos por el túnel que llevaba a la salida de los jugadores. El ruido de la afición todavía resonaba a lo lejos, pero allí dentro estaba más silencioso. Fue entonces cuando los vi.

Los padres de Violet estaban parados cerca de la misma pared donde su padre me había confrontado meses atrás. La misma parte del túnel. La ironía no se me escapó.

Violet apretó mi mano cuando los vio. Me detuve un segundo, pero seguí caminando. No iba a huir.

Cuando nos acercamos, su padre dio un paso adelante. Estaba usando la camiseta de los Wolves con mi nombre y número, igual que todos en la familia. Por un momento pareció avergonzado, rascándose la nuca antes de hablar.

—Noah... —dijo, con voz más baja de lo normal—. Felicidades. Jugaron muy bien hoy. Tú... fuiste un gran capitán.

Me quedé sorprendido un segundo. No esperaba eso de él.

Asentí despacio.

—Gracias, señor Harper. Significa mucho escucharlo.

Violet se quedó callada a mi lado, solo observando.

Fue su madre quien rompió el silencio después. Miró a su marido y habló con firmeza, pero sin grosería:

—Vamos, di el resto.

El padre de Violet se rascó la cabeza otra vez, claramente incómodo. Me miró a mí, luego a su hija, y soltó el aire despacio antes de continuar:

—Siento lo de aquel día. Yo... solo quería proteger a Violet. Creí que estaba haciendo lo mejor para ella, pero me equivoqué. Ella te ama. Lo veo. Y tú también la amas. Eso es muy claro. Solo quiero que mi hija sea feliz. De verdad.

Se detuvo, pareciendo aliviado de haber logrado decirlo todo.

Lo miré unos segundos. La rabia que sentía hacia él había disminuido bastante con el tiempo, sobre todo después de que Violet habló con ellos. Todavía dolía recordar aquel día en el túnel, pero entendía que había actuado por miedo. Miedo a perder a su hija y algún tipo de protección idiota que, tal vez, algún día cuando tuviera hijos entendería.

—Acepto tus disculpas —respondí, sincero—. Y puedes quedarte tranquilo, voy a cuidarla. Siempre.

Violet apretó mi mano con más fuerza y dio un paso adelante, mirando a su padre.

—Papá... gracias por decir eso. De verdad.

La madre de Violet sonrió, aliviada, y vino a darme un abrazo rápido.

—Fuiste increíble hoy, Noah. Estamos muy orgullosos.

Su padre asintió, pareciendo más ligero ahora.

—Cuida bien de ella, capitán.

Sonreí de medio lado.

—Puedes estar tranquilo.

Se despidieron y siguieron por el túnel. Violet se quedó parada conmigo unos segundos más, mirando el lugar donde su padre me había dicho aquellas cosas duras meses atrás. Luego giró el rostro hacia mí y sonrió.

—Lo manejaste bien —dijo bajito.

Me encogí de hombros, atrayéndola por la cintura.

—Solo quiero paz ahora. Para nosotros. Para el equipo. Para Hunter. Basta de peleas.

Violet se levantó de puntillas y me dio un beso lento.

—Entonces vamos a casa, capitán. Hoy celebramos.

Me reí bajito y besé su frente.

—Vamos.

Mientras salíamos del túnel tomados de la mano, miré una última vez hacia atrás. Ese túnel ya no cargaba más el peso de antes. Ahora solo guardaba recuerdos. Algunos malos, pero la mayoría buenos.

Y lo más importante: guardaba el comienzo de todo lo que habíamos construido desde entonces.

FIN...

